

ÍNDICE

| | |
|---------------------|-------------|
| | <u>Pag.</u> |
| Presentación | 02 |

BAJO EL IMPERIO DE CORNELIUS

CAPÍTULO I

DE LOS POLÍTICOS RELIGIOSOS Y VICEVERSA

| | |
|--|----|
| Los religiosos políticos | 03 |
| Cuando el silencio era un tributo indispensable | 04 |
| Sobre la doble vía | 09 |
| Los curas del Hilo Rojo | 13 |
| Cuando el populismo ofertaba a Jeremías | 18 |
| La lucha política entre católicos y protestantes | 20 |

CAPÍTULO II

LOS CÁNDIDOS DESATINOS DE PLÁCIDO CORNELIO

| | |
|---|----|
| Un retrato de Cornelio | 24 |
| La imponencia del ceremonial | 28 |
| Vuelve la historia trágica de una Latinoamérica pisoteada | 32 |
| Los eficientes ministros de Almanzor | 37 |
| La perenne pantomima | 42 |

CAPÍTULO III

LOS VALORES CONCULCADOS

| | |
|--|----|
| La injusticia y los pantanos morales | 47 |
| La noche de los titiriteros | 49 |
| El ministro indígena y los candidatos presidenciales | 54 |

PRESENTACIÓN

Existe un sistema democrático vigente, auspiciado por una innegable realidad histórica llamada: El sujeto político, aquel hombre que según la concepción de Touraine se fundamenta en la libertad y la creatividad. Pero aquí hablamos de sistema y estructura; de un sistema concebido en muchos casos como un efecto de un mosaico de valores conculcados. -La moral- decía Nietzsche –nos ha enseñado a decir la verdad, pero ahora al tratar de decir la verdad, encontramos que los seres humanos no se rigen por esos ideales morales que le enseñaron a decir la verdad-

El prototipo de gobernante latinoamericano ha evolucionado a pequeños trancos de romero de Lhasa: “El mistagogo se las da de gran señor sin serlo y lo que viene a traer es una máscara”. La inmoralidad perversa acude a vulnerar todos los cimientos de una verdadera democracia. El pueblo confundido no sabe qué camino tomar por la ausencia de una educación aceptable y la vigencia de una relación comunitaria mezquinamente humanitaria.

Es obligación nuestra indagar y justipreciar los caminos de la historia; evaluar a sus actores y dar un veredicto imparcial e indeclinable. Los hombres públicos tienen la obligación de aceptar esos criterios para crear el escenario de un futuro posible. La sana tolerancia y la sabia permisividad deben ser la fuente inagotable del diario convivir democrático e institucional.

EL AUTOR.

BAJO EL IMPERIO DE CORNELIUS

CAPÍTULO I

DE LOS POLÍTICOS RELIGIOSOS Y VICEVERSA

LOS RELIGIOSOS POLÍTICOS

¡Asustan éstos!... muchos de ellos llevan una sombra de falsedad que se extiende hasta el último resquicio de su alma. Ellos dicen ser creyentes, algo así como beatos, pero en realidad sólo son oscuros novicios de aquelarre que se ahuyentan de la virtud mundana por obra y gracia del sectarismo religioso. Pero todos estamos seguros que su fe es herética y su pensamiento compulsivo. En verdad, dudosa es la fe de los políticos devotos que engañan por costumbre y mienten por ideología. No creemos en su palabra, no podemos creer en la fe ni en la buena voluntad de los que se reúnen para conspirar contra el buen juicio de los que se esfuerzan por llevar una vida ampliamente normal y generosa. Todos debemos detestar la falsa caridad de ciertos ricos, que haciendo “beneficencia pública”, ganan indulgencias políticas para hacerse del poder y embadurnar la democracia. Hablamos de los beatos del Opus Dei y su prelado Cornelio Noboa y Bejarano; los “protestantes” benefactores infiltrados en las comunidades indígenas; la injerencia de la Conferencia Episcopal en la vida política del Estado, y la falta de vocación evangélica de los curas de parroquia.

En nuestro desconcertado país, resulta que los curas no solo han sido políticos de barricada, sino que además han sido moldes profanos de hacer política, y en verdad, nos juegan a la descuidada. No conozco candidato Presidencial o Presidente alguno, que por lo menos no se haya persignado unas cien veces durante la campaña; uno que no se haya pegado unos tres golpes gregorianos en el pecho. Muchos de ellos son grotescos. El Abdullhá, por ejemplo, hace alarde de su superflua religiosidad convocando a todo el pueblo; a él le gusta que lo miren y sonrían, que se gocen, que hagan mofa vulgar de su insana tontería... y al que no asiente a la bufonada: al Orco. Este ilustre réprobo, hace de las suyas con el filibuste a sus espaldas; que da gracias a Dios dice, pero en realidad, él no sabe lo que es amor a Dios ni lo que es un sano arrepentimiento.

Viene a nuestra memoria Calvino, este religioso renegado que a más de cura era político; frío y fanático, teócrata, incapaz de diferenciar entre el rol fundamental de Dios y del Estado; creía con absoluta obstinación que ambos eran una misma cosa, con la cual se debía administrar sin límite alguno el orden y la vida de los hombres. Miguel Servet fue su inusitada víctima, tan solo porque se atrevió a contradecir la palabra sentenciosa de este déspota obsesionado. A Ginebra la convirtió en un sepulcro, en aquella espeluznante hecatombe con que Ajax desfoga su locura. James Morton por su parte, se ufanaba en ser su alumno, así de locuaz y todo; creía ver pecado en todos los actos normales de la gente; despavorido de crueldad acudía a la mala saña, a la perversidad, a la malicia. George Fox, aunque igual de severo era mucho más humano y místico; un religioso ensimismado cuyo delirio de santidad conmovió profundamente a Cromwell.

En nuestro sincrético país, la política y la religión le hacen al juego aventurero de los dióscuros. Durán Ballén, no solamente que usa la cinta pectoral de beato en su pecho, sino que babosea copiosamente cualquier anillo de cuanto obispo se cruza en su delante. Todo él es rezo, canto y villancico; baile con el rezo de la aurora y pecado en el murmullo de maitines. ¡Pero mírenlos haciendo política! quien no les conoce les

compra. Los viejos curuchupas siempre siendo los mismos en el fondo y en la forma, relevándose el poder entre godo y godo, con frenética mañosería; la ley sálica amparando la rústica costumbre de ver lo mismo y por la fuerza: Camilo I, Camilo II, Camilo III, hasta la N; y luego se repite la serie: Sixto María I, Sixto María II, Sixto María III, y así hasta la N. Por su parte, el pobre indio y el raquíptico mestizo no tienen mucha opción para variar sus nombres, y así se dicen: Segundo, José, Manuel. En pleno siglo XX la audacia conservadora ha galopado (con diferentes máscaras) sobre el anca escuálida de los Chiluzas y la brida de los jesuitas. Y luego, sigue la vigencia de la doctrina del poder absoluto, aquella que ha enmarcado por siglos nuestra mente y la de nuestros antepasados: “Lo que place al Príncipe, tiene fuerza de ley”. ¡Lo que le place a Cornelio, tiene la fuerza de insensatez santificada!

Cuando se lanzaba a la campaña electoral el candidato conservador, todo el mundo tenía “vela en el entierro”: Los curas eran los del perifoneo, los promotores, los orientadores políticos. Julio Alberoni dejaba su capa de cardenal para enseñar las mañoserías políticas a Isabel Farnesio. A nombre de Dios se ventilaba la lid electoral con la amenaza de condena eterna por delante; la herejía; el masonismo estigmatizado; el pecado de vivir sin Dios en la política. En el Ecuador no existía otra religión que no fuera la católica, por lo tanto, la intolerancia era la reina del asunto. Luego, los curas manoseados por los “neoimperios” del Este y del Oeste; metidos en la guerra fría (ya fuera de nuestro alcance) nos han dado en cucharadas venenosas, el agrio dogma de una fe política sin Dios o un Dios político sin fe.

CUANDO EL SILENCIO ERA UN TRIBUTO INDISPENSABLE

La época de la Independencia, es una época en que por ningún concepto había muerto el método religioso del cura José de Acosta y su “sabia” imposición de la “doctrina” cristiana: La fe por la paciente razón o por la fuerza bruta (Acosta creía que era inútil predicar por las buenas a los indígenas porque ellos estaban más cerca al asno que a Platón). Los célebres espectáculos de los autos de fe abarrotaban las tarimas de las plazas mayores, y todo el mundo se inclinaba de pena y recogimiento: Brujas quemadas, hechizos descompuestos, cepo de empotrada, rezos silenciosos. ¡Muerte a los herejes! se decía con frenético menosprecio. Doña Juana Ycha, india de Pomacocha, también murió por defender varonilmente el cúmulo de creencias que le legaron sus antepasados; pero no, ella era bruja para los gachupines; arreciaba la intolerancia de Zumárraga. Se decía que era moza de Apo Parato, ese demonio dulce que conquistaba a las indígenas más exuberantes y las hacía sus hembras incondicionales, y devoraba sexo incansablemente, hasta llegar a la sodomía natural de la perpetuación de la especie. Juana Ycha murió con su religión propia aunque descuartizada, Juana es coherente con su forma de religiosidad, con su moral, con la ética heredada de sus antepasados.

Bernardo de Sahagún también pretende decir algo, pero más puede el olvido misterioso del rechazo que la noble vigencia de sus limpias intenciones. La República amanece. El obispo Valencia tampoco ha muerto; se lo puede sentir y percibir en el lejano velo de la historia, pero todos guardamos el mismo silencio con las mismas formas, normas y costumbres. Dios ha creado el silencio para llenar de alegría a los cobardes. La época de la Independencia, era una época ingenua de largas hipocresías y connotados misticismos; época de abluciones, confesiones; monjas preñadas de frío y curas sedientos de vino. Así pasamos de una época colonial a una República feudalizada, ninguna diferencia. El mutismo una respuesta.

En aquella época de la Colonia, habla en la atmósfera latinoamericana el viento gélido de los “contrareformadores”; nos habla Suárez que hace del retorno ciego un

interesante proyecto de vida religiosa. Vivas le secunda; ningún religioso metropolitano entiende con claridad el nuevo proyecto gestado por el protestantismo, lo rechazan. Gregorio VII y Bonifacio II, hacen del poder temporal una vieja cancha de Uxmal en donde las cabezas chatas de los herejes sacrificados, giran cual pelota rústica, para alegrar la “pata” abominable de los supuestos culturizadores.

Ah, nada más común y corriente que la religión politizada, viviendo de los pálidos reflejos de un pueblo endémico y conformista. Wiclif por su lado, les dio “yuca” a los profetas de la verdad que profanaban el sepulcro de la libertad religiosa. Leighton, con menos suerte fue condenado a vivir sepulto de por vida porque dijo que los obispos de su época, eran una rémora abusiva y despreciable. Juan Huss siguió las ideas de Wiclif, y propuso de retorno los viejos preceptos de los padres de la Iglesia: Volver a la pobreza, a la humildad, al altruismo que debe reinar en el hombre monástico, pero nada: intolerancia y retaliación.

Los hombres que a través de la historia se han proclamado como poseedores únicos de la verdad revelada, flaco favor le han hecho a la razón humana y al derecho a la libertad del hombre. Salmerón no creía en la sensatez de la razón humana ni en la libertad del hombre; no creía en la alteridad religiosa ni en la tolerancia, pues siendo más radical que Ignacio de Loyola, diseñó la estrategia perfecta conque los jesuitas debían imperar en el mundo religioso. Los dominicos por su parte, tampoco creían en el hombre trascendental y libre; dados la potestad de manejar la santa causa del Santo Oficio (en América Latina), se encontraron pronto conque los indígenas americanos no solamente llevaban una bondad natural como sana expresión de todas sus relaciones, sino que profesaban la práctica de la paz y la libertad como una forma espontánea de ser y sentir la vida. Es por eso que la “Buena Nueva” que pregonaron los conquistadores y la importaron para América, no fue más que una metástasis espiritual contaminada de filosofía parlanchina y teología sepulcral. El derecho canónico y de gentes que sustentaban los protocolos de guerra, ética, moral y urbanidad, no eran mas que unos serios prejuicios viciados de santa inocuidad. Todo en realidad se parecía a una santa farsa, con corrillos de caballerías cabalgando en idealismos atrofiados; cofradías y órdenes hasta para el éxtasis sexual, y silencio, por sobre todo el silencio clandestino y vespéral. Lo que encontraron aquí en América los conquistadores, no fue otra cosa que una paradisíaca comunión entre el hombre natural y la naturaleza viva; ciencia natural, hábitos, costumbres y creencias fundamentadas en una coherente cosmovisión estructurada por milenios. Encontraron culturas y las aniquilaron lentamente a nombre de su Dios etnocéntrico y de la insubstituible civilización occidental. Esa la razón para que Espejo satirice la codicia de los jesuitas; desestime el sistema monárquico y luche en contra el superfluo gongorismo y conceptismo que al final de cuentas siempre culminaba en la pedantería.

La palabra clave de todo el asunto en el negocio de los curas, se llamaba “intolerancia”, y de esta había de todos los tipos y colores. Al obispo Cisneros por ejemplo, le causaba vómito con flojera el tan solo escuchar que en Europa nacían nuevas herejías; ni siquiera las aburridas confesiones de Isabel “la Católica” le causaban tanta fobia y retorcimiento; casi siempre se odiaba a sí mismo y a la humanidad diversa; no podía conciliar el sueño de tan solo pensar en nuevas formas de amordazamiento e intransigencia; padre y maestro (aunque lejano) de Armando Richelieu, bien podrían compartir ambos la frase de aquella lápida que dice: “Aquí yace un cardenal que supo hacer bien el mal y por demás mal el bien”. Mientras tanto León X bramaba con furia callejera el día en que supo que un agustino regordete, llamado Martín Lutero, se atrevió a cuestionar las flaquezas temporales de su Iglesia (con festiva interpretación del catolicismo), y deliberada desobediencia. Pobre León, le aguaron todo el negocio de las

“santas indulgencias”, que hasta nuestro mismo párroco de Ayora, tenía a bien cobrarlas hasta principios del presente siglo, incluyendo diezmos, primicias y derecho de pernada. Lutero les jugó sucio al Papa y al catolicismo, pues estableció el derecho divino de los señores feudales (alemanes) sobre la tierra y los bienes de la Iglesia (curas y papas liquidados).

Al llegar nuestra República, la Iglesia Católica siguió siendo dueña y señora de sus dominios ancestrales; era una República de corte conservador- colonialista. El poder político de la nación debía someterse a la hegemonía absoluta de la Iglesia; los nobles religiosos lo eran todo: Arzobispos, obispos, diputados, senadores, convencionales, miembros del Consejo, etc. Se había sembrado a lo largo de la Colonia un tipo de religiosidad popular, muy ajena al discurso bíblico; una religiosidad de votos y promesas, sacramentos, en donde el culto se encontraba en la calle, en la procesión; la religión antes que mística era social. El sincretismo religioso había semisacralizado y mediocrizado a las dos religiones: la católica y la de las culturas ancestrales. Ambas querían siempre hablar diferente pero siempre hablaban de lo mismo; se acostumbraron a tolerarse en la inmundicia de la explotación, del negociazo que resultaba el tener ciegos y esclavos a los indios y a los negros; a los mestizos que hacían las veces de colchón de Califia, en la orgía maldita de chapetones y curas solicitantes, que en verdad eran curuchupas, pero por el infinito favor que les prestaba la religión oficial, conquistadora.

La Iglesia Católica durante todo el siglo XIX, condenó a todas las instituciones del Estado al fiero castigo del barbero del rey Midas (el silencio); empobreció el espíritu revolucionario del pueblo y nos puso un nudo gordiano por delante, obligándonos a sortear (entre el incierto y la adivinanza) la necesidad de ser nosotros mismos, o que nos den siendo los demás. Ni tontos ni perezosos optamos equivocadamente por lo último, aspecto que nos llevo a un estado de dependencia indigno, propio de los pueblos humillados que viajan en la barca del temerario Creonte, rumbo a la caverna de la oscuridad total.

La intolerancia de la Iglesia fue proverbial al inicio de nuestra vida republicana. Flores no solo que vivió junto a ella sino que se entacino astutamente entre ella y la clase dominante. Vicente Rocafuerte por su parte, fue preclaro en ese aspecto; para él la intolerancia religiosa practicada en ese entonces era oprobiosa y humillante; por eso, muy hábilmente él se decía católico pero en realidad era de la línea protestante, porque la mayor parte de su vida convivió en el mundo luterano y calvinista, que al decir de Raymon Aron, era el habitat ideal en el cual se había cuajado el hombre liberal, triunfador y predestinado. Vicente Rocafuerte asistía con un gran devocionario a misa, pero simultáneamente hacía todo lo posible por quitarles la injerencia política a los curas, y por eso les arrebató el derecho al voto; secularizó el colegio San Fernando; expulsó a los vicarios revoltosos y puso a ciertos protestantes a dirigir la educación ecuatoriana. Los religiosos nacionales no entendieron “el mensaje frío” de Vicente Rocafuerte, por el contrario, se hicieron más caprichosos, resabiados y orgullosos.

El pueblo llano era el pobre ingenuo de la horrenda “sanjuanada”. Era la vigencia plena del síndrome espartano (en el templo de Diana): Sufrir el cruel tormento con hombría de bien, sin proferir quejido alguno (masoquismo). Pues éste vivía de la admiración a un Congreso Nacional al cual no conocía, y de la práctica política de un sistema democrático que francamente no entendía; pero al final “él sufragaba”. ¡Y he ahí la oportunidad! curas y conservadores haciendo la de arrieros y recueros. Carlos III gobernando con la sabia e infalible dupla del arcabuz y la sotana; soñando con un inmenso territorio enmarcado espiritualmente en las paredes de un viejo monasterio. García Moreno fue su dilecto alumno; para no más de gobernarnos nos entregó a todas

las vírgenes conocidas (y desconocidas) y al Sagrado Corazón de Jesús. En realidad Don Gabriel se merece un punto aparte en la política ecuatoriana; hombre claro y transparente, puso en el exacto orden a la trilogía de la gobernabilidad: curas, militares y pueblo en general; gustaba vestir una sotana encharretada, cruzada por la banda democrática de la dictadura constitucional. Era nuestro querido rey Canuto protegiendo al Estado y a la religión. Pero don Gabriel no era tan santo que digamos, gustaba con cierta frecuencia compartir los agllahuasis situados en las inmediaciones de la quebrada Auquiwayco (la 24 de mayo); le gustaba las mujeres hermosas sean estas solteras, casadas, rabonas o cajoneras. Pero él, un religioso total.

Los sacerdotes políticos y los políticos religiosos de ese entonces, atentaron temerariamente contra el pueblo llano. El Papa Bonifacio mismo, acostumbraba a rezar copiosamente el momento en que ordenaba eliminar a los reos políticos (sus opositores); mataba pero al fin rezaba. No así el devoto y chauvinista Ubico, quien se rascaba el “pupo” del puro prurito que le causaba su megalómana manía de asesinar a las personas con la venia y el aplauso del clero anticomunista. Ubico no rezaba, pero por lo menos se persignaba. En nuestro triste y abandonado país, en donde ni siquiera doña Mary Crain se atrevería a dar su opinión respecto a nuestra cultura y personalidad, todo llega, todo está, todo pasa y se va. Pues habiéndole dado “vuelo sacramentado” (García Moreno) a este puñado de clero desparpajado, éste quiso y en realidad fue juez y parte de la política ecuatoriana. El púlpito era la tribuna cátera desde donde se juzgaba a políticos y politiqueros; candidatos de todos los estamentos; sediciosos; escritores tendenciosos dignos de encuadrarse en el benemérito “Índice”. Aún terminando el siglo XIX se practicaba excomuniones; fórmulas rituales para purificar a mal vivientes; retracciones; penitencia e indulgencias. Urvina y Veintemilla llevaron la peor parte: los curas hicieron un frente político tan bien entramado que los terminaron doblegando.

Urvina (aunque se supone que era hijo de cura), decía detestar al clero sedicioso. A los polémicos jesuitas los mandó trapeando fuera del país para hacerles la “dupleta” a los liberales colombianos. Quiso convertirse en un pequeño conde de Aranda, y lo fue a remendadas, pero al final terminó igual que todos: reconciliado, arrepentido, con santos óleos y confesión juramentada. El caso de Veintemilla no fue nada diferente, pues en un momento de locura rompió con el Concordato y pastores al carajo. ¿Podemos imaginar a todos los religiosos agolpando fila india? Y allí desgraciadamente se decidió la suerte del herético que tenía en su cuello flojo el cepo de santa Bárbara. Y sigue la conjura loca con un chorizo de excomuniones; bulas execratorias y púlpitos infamatorios; misas cantadas y lloradas; plañideras en el oratorio; solicitudes en el confesionario, y demás panfletadas político-religiosas. Inmediatamente Veintemilla arremetió desenfrenado, impulsivo, imprudente; pretendió tomar absurdamente el “toro por los cuernos” y le salió una cruel cornada. Entonces es que graznan los cuervos de la bella Andrómeda, levantan su vuelo activo y se dan a la de “Villa Diego”. Monseñor Massiá, moribundo y todo no huye porque lucha por encajonar su alma; el de Guayaquil desaparece; el de Cuenca se ha esfumado. Veintemilla no ha aprendido la lección que le dejara su compadre Urvina: Con los curas encoturnados, verdaderamente no se puede. “¡Sancho, con la Iglesia hemos topado!”.

Estos peculiares gobernantes, no es que no eran unos connotados políticos religiosos, al contrario, era tremendamente “creyentes”. Lo que sucede es que en realidad los curas no les dejaban pecar en santa calma y les ponían la cruz en cada llaga, porque los curas hacían de todo y para todo; ellos eran todo. Por lo demás, estos presidentes religiosos acostumbraban a persignarse entre chisme y chisme, y a pecar a cada rato, y todo a vista y paciencia de los religiosos políticos que estaban tan descarrilados, que el mismo fray Vicente Solano, en un solemne acto de constricción

blasfema, los describía en una sola frase: “Los clérigos y frailes van conjuntamente por el carril de la perdición”. Teodoro de Bezé tenía igual criterio, pero ¿quién podía decir en aquella época, que estaban fuera de los sagrados cánones de la indulgente madre Iglesia? Si el mismo Vargas Vila, Feuerbach y Baralt, que pretendían dárselas de herejes, dudaban temerosamente entre si cuestionar a Dios o solamente condenar los procedimientos de la Iglesia. Hasta ahora no entendemos si en realidad eran herejes o reconciliados. Y Jacobi y Novalis que berreaban contra la razón y la ciencia.

“Y tú presidente Alfaro,
forjador de la nueva era,
porque tu luz no se apague,
tu mismo cuerpo fue hoguera”.

Los liberales de fines del siglo XIX, estaban tan confundidos que hasta a veces se llamaban conservadores de izquierda. A su vez los conservadores estaban tan rechazados que ellos mismo se llamaban “terroristas” (Camilo Ponce Ortiz). Era la vindicta de la religión con la política. En realidad, quienes tenían acceso a hacer política en aquella época (que eran relativamente pocos), tenían un concepto tan pobre de los procesos políticos, que al presidente Antonio Flores casi “le votan” de su cargo por pretender mandar una delegación a París para celebrar el centenario de la Revolución Francesa. Flores renunció a los pocos días de acceder al poder porque tenía problemas serios de orgullo y petulancia. Pero lo que a los curas les hería, era aquella frase malhadada llamada “Progresismo”. Lógicamente que era el retraso su negocio. A Caamaño le perdonaron solamente porque les trajo a los padres salesianos, pero a Flores no, por lo que le publicaron una “Exposición” en su contra, que en nada le pedía favor a las sacras excomuniones del “negro” Ordóñez y su combo.

- Llorad, lorad - le decía el Papa a Felipe Augusto, perdonándole por sus bravos desafíos. -Lorad, lorad- le dijo el Papa al presidente Flores que quería justificar sus pseudo herejías. Lo que sucede es que la Iglesia no se sentía consentida (como en mejores tiempos) y daba carta abierta para que monseñor Schumacher (enclaustrado en Portoviejo), les dijera vela verde a todos los liberales y a los apóstatas negros macheteros. La intolerancia y el odio político de los religiosos llegó a confundirse de tal manera, que no dudaron en excomulgar a Felicísimo López, por gestar la libertad de prensa; y lo que es peor, se llegó a configurar un tipo de patriotismo religioso, que no dudo en contrastar su postura ideológica (a raíz de la Venta de la Bandera, imputada al presidente Cordero), y se dijo con incauta ironía: “Aunque suba al poder Alfaro, con tal que caiga el morlaco”. Y así fue, y así se dio y no se equivocaron. Aún existía la prohibición (por parte de la Iglesia) de leer y escribir cualquier trastada; el asunto de La Barre cobraba más vigencia: leer y escribir cualquier cosa constituía apostasía. Y Alfaro que no quería congraciarse con los curas, pero ellos que no le perdonaban que haya dicho: “Vengo a destruir la teocracia”. Pues está frase fue maliciosamente elaborada por el mismo clero refractario. “Una mentira repetida mil veces se convierte en realidad”, dijo Joseph Goebels como paradigma de su monstruosa maquinaria propagandística alemana; es que la animadversión se había constituido en la actitud normal en contra del liberalismo. Luego de darles en el alma pregonera y haciendo “tripas corazón” de las mutuas ofensas, don Eloy escribió una carta a León XIII disculpándose por anticipado. Pero el perdón no llegó ni por adentro ni por fuera. Inmediatamente la Iglesia Católica inicia un boicot macabro que no culminará sino con la pira humana de los liberales. Y salta Godofredo de Buillón, Ricardo “Corazón de León” y san Juan del Acre. La República un campo de batalla heroico: Los desmejorados capuchinos se levantan en Ibarra; los salesianos donde pueden; los hermanos cristianos atomizan Cuenca. Para el colmo de los males, los sacerdotes se alían abiertamente con los conservadores y

diseñan la estrategia maestra con que se debía eliminar a Eloy Alfaro. El presidente Freile Zaldumbide es el primer actor de este sainete trágico; González Suárez es su segundo, y Leónidas Plaza la magna bailarina.

Eloy Alfaro, no habiendo dado al través con este gigante enfurecido, se hizo presa fácil de su furia enconada. El cura de parroquia sube al púlpito y vocifera a los mil vientos: - ¡Hay que eliminar al masón Alfaro!- y la muerte de Jesucristo parece un paseíllo frente a tamaña ignominia. Es que Alfaro materializó a medias el viejo sueño de los políticos religiosos, de sacarse de en medio a este poderoso partido político (el clero), a veces secularizado. Alfaro cometió la enorme herejía de golpearles a los clérigos en donde más les dolía: el bolsillo; quitarles sus cuantiosas fortunas: Haciendas, casas por jugosas indulgencias, agiotaje, limosnaje y diezmaría. Si por menos le hicieron retractarse a José II cuando pretendió abolir en su imperio los delitos de hechizo y apostasía; a Bismark por quitarles la facultad de supervisar las escuelas.

Peralta en cambio andaba confundido (y eso que era el ideólogo del liberalismo). No sabía exactamente si ser panteísta o defender nuestro teísmo empobrecido; Les criticaba a los curas y a la vez los ensalzaba; vilipendiaba a los ricos y a la vez los defendía. Krause era el huracán que fastidiaba a los curas, importado extrañamente bajo la satánica figura de Sanz del Río, Balmes y Pierre Jovit. “¡Que los curas también sean revolucionarios!” dijo el profano, mientras el coadjutor de Ambato, enmudecido, desconcertado, daba vuelo a su sotana y se enclaustraba.

SOBRE LA DOBLE VÍA

Como anillo al dedo les cayó a los liberales la nueva encíclica de León XIII, denominada “Rerum Novarum”. León era un Papa longevo e inteligente, hacía siempre mofa del servilismo de sus acompañantes; cada vez que se habría un escenario, decía a su tropel de prelados que la Iglesia no podía estar vinculada a ninguna clase de gobiernos, por más conservadores que éstos sean; que la Iglesia debía adoptar una posición de ayuda a los desposeídos, a los pobres, a los necesitados; es decir: “Conciencia Social”, y ahí a los curas les repicaba el alma. Esta nueva posición de la Iglesia, obedecía a una clara percepción de Roma, respecto a los nuevos acontecimientos políticos y sociales que se avecinaban en el mundo. La época en que Pío IX mandaba a disparar a la multitud desprotegida había terminado (por exigir la unidad de Italia). Los anarquistas, comunistas, socialistas y demás formas de política extrema, ya despuntaban en Europa y amenazaban con tomarse toda la “masa de desposeídos”. El peligro era latente. Solo así los sacerdotes en el Ecuador aparentaron retirarse de la política, pero eso sí, por ningún concepto iban a dejar el cúmulo de espacios políticos abiertos desde el púlpito, ni tampoco la educación en todos sus niveles. ¡Ora pro novis!...!Misere novis!

En el futuro los clérigos controlaron hábilmente la política por doble vía. Por un lado, defendían a mansalva a los candidatos conservadores, y por otro educaban la mente de los futuros políticos para moldearlos a su semejanza (éstos podían ser de cualquier partido). Y es así como los púlpitos se convirtieron en la mejor tarima de promocionar fracasos: Los candidatos conservadores no ganaban ni por nada; los curas oraban con sahumero, lloraban con incienso, zapateaban con gachupines... ¡y nada! A Rafael María Arízaga, por ejemplo (ilustre cuencano), le hacían tanta propaganda en los sermones, que hasta él mismo no creía (no se reconocía con tantas virtudes). A Jacinto Jijón y Caamaño, a más de dorarle con noblezas le ensalzaban con misas cantadas y responsos. Para que gane don Manuel Sotomayor Luna y Orejuela (en cierta ocasión), el partido Conservador (saliéndose de la norma), se dice que hasta pagó “una limpia” con

el brujo de Tumbaco, y don Manuel Sotomayor, nada. A Manuel Elicio Flor le colmaron de tantas indulgencias...y de ganar ¡nada!. Pero los sacerdotes se reían a pernada suelta. El lelo del pueblo ecuatoriano se había convencido ingenuamente que era un pueblo revoltoso, liberal, anticlerical, laico; que en casi todas las “elecciones democráticas” le daba petulantemente las espaldas al clero y a los conservadores. Pero la verdad era diferente, los candidatos conservadores tan solo eran el amague. Los verdaderos candidatos del clero ecuatoriano llevaban una cruz impregnada en el cerebro, una cimbra en las pestañas, un crucifijo en su lengua y un silicio en sus palabras. Muchos decían también ser liberales, pero en realidad no eran más que unos güelfos (criollos) al servicio de los curas y oligarcas. Sino, ¿acaso no eran “gabrielinos” (del colegio San Gabriel, que de paso lleva ese nombre en homenaje a García Moreno) educados por jesuitas, los presidentes: Aurelio Mosquera Narváez, Arroyo del Río, Velasco Ibarra, Ponce Enríquez, y otros? ¡Claro que sí! La cuestión se pone “color de hormiga” cuando aparece repentinamente la amenaza socialista. Allí sí que se vieron obligados a cerrar filas todos en conjunto: ¡El verdadero diablo había aparecido!

En aquella ocasión el clero corrió despavorido por las calles de Quito; lloraron las campanas, los atrios se apertrecharon, los conservadores se rasgaron el frío oropel de sus galantes vestiduras y los monasterios se enlutaron. No existió otro tema de conversación durante los cuchicheos domingueros, que no sea el aparecimiento de tan perfectos “luciferes”: ¡Los comunistas han llegado! Federico Páez entre imprudente y desorientado, trató inútilmente de frenar la gran influencia del cardenal De la Torre, pero de pronto se sintió cercado y aislado; sólo, ya no tenía partidarios. Se dio cuenta (aunque tardíamente) que se había lanzado sobre los hombros a la omnipotente Iglesia ecuatoriana. Los militares de la época, aunque sin entender con claridad la dimensión de los acontecimientos, hablaban de estar defraudados y le daban las espaldas a “su ilustre Mandatario”. Federico Páez, constituye el paradigma de la “viveza criolla”, del político ecuatoriano vividor, ambicioso, adulador; con él nunca se sabía a ciencia cierta si estaba de parte o era adversario; “cachista” de primera, enamorado; sabía ganar las mentes pobres a costa de chismes y magníficos relatos. Él en sí no sabía quien era y mucho peor lo que quería. Pero su vieja inquietud de socialista le había llevado a atentar contra “la Curia”; así de sopetón y todo; con premeditación y alevosía. El diablo se le rió a carcajadas y le puso toda su voluntad a prueba. El no supo responder al reto y huyó al primer revuelo con espolón y todo. Cuando quiso amainar el temporal provocado por tamaño desafío, dio muestras de debilidad, y es en ese preciso momento, en ese instante, al tenor de la rencilla, cuando la Iglesia enardecida contraataca. Éste era nuestro connotado socialista; la quinta espada de no se que vainas; el favianista de la Ronda; nuestro Giuseppe Farnelli (anarquista) pretendiendo convertir la patria en un redomo de cambios y transformaciones. La realidad es que este hombre no era en sí ni comunista ni capitalista, era un horrendo oportunista al servicio de las péfidas oligarquías. Suavemente, con tino, con una exquisitez lusitana, la Iglesia lo fue sentando en un sillón de lana y luego le prodigó el garrotazo: ¡O firmas el Modus Vivendi, o te largas a tu casa!. Se cuenta que en aquel aciago día, Páez probó la gota amarga de la desolación; lloró desconsolado entre palabras tristes y finas damicelas; gritó, vociferó, y luego... se lanzó por la salida más barata: ¡Mimar a sus queridos desgraciados! (los prelados). En verdad que el karma de Veintemilla le había iluminado. Pero en el Modus Vivendi el clero ecuatoriano le cobró al Estado para el santo y la limosna. El Estado debió reconocer a la Iglesia las cuantías económicas que causaron los despojos liberales; dijeron no al divorcio ni al “laicismo arrebatado”. Para ese entonces, los “políticos amarillos” habían llegado a su cúspide depredadora. Esta “honorable” casta de políticos enpingüinados, tomaban para sí gozos y prebendas; puestos y emolumentos, el robo

descarado era su práctica mejor llevada. Leónidas Plaza tuvo la enorme gentileza de crearlos a su imagen y semejanza; los clonó con su presencia; eran los gremlins de Steven Spielberg que azotaba al erario público. Estos malévolos “huacaysiques” se prendaron con uña de acero en las venas del Estado (para quitarle la vida con la suave lentitud de un desahuciado). Páez pereció pacientemente, defenestrado por uno sus mejores compadres: El general Enríquez Gallo. Los socialistas y comunistas hicieron las de “pato feo” en la política ecuatoriana. Bailaron con todo el mundo agenciosos y descompasados; conspiraron, acolitaron, secundaron, agitaron, adoctrinaron y la cuestión ya no cuajaba, por lo tanto, decidieron volver a trabajar con el incipiente sindicalismo y todo el harapiiento campesinado.

¿Cómo en el Ecuador podían darse políticos no religiosos? Inaudito, mucho peor si ellos esgrimían abiertamente un manifiesto ateísmo. Los liberales de pronto se convierten en unos santos mocarros comparados con los comunistas; éstos parecía queapestaban, asustaban; eran la reencarnación de Belsebú en los fornidos cuerpos de Pedro Saad, Ricardo Paredes, Rubén Rodríguez o el “Seco Torres”; éstos los que ponían la cara, ¿Y los demás, los de escritorio, los intelectuales? Estos no eran ni la mitad (en conocimiento y valentía) de doña Federica Montseny, símbolo de la libertad y la lucha constante del hombre por reivindicar sus derechos. Los púlpitos de las iglesias de La Merced y Santo Domingo ya no parecían tarimas celestiales esculpidas en fino barroco, sino luengas serpentinas de fuego que salían de los labios de los curas espantosos. Todos los domingos en la misa vespertina, en que el sermón del cura era la parte medular del “sagrado sacrificio”, las almas de los penitentes comunistas salían desgarradas. Pero ellos no se amilanaban e iban de tumbo en tumbo profesando su doctrina: Convenciones secretas en la madrugada; conciencia para “los descamisados”; culto divinizado para Lenin, Trosky, Marx y todo “el bolcheviqueado”; tapa huecos de la izquierda y la derecha; coqueteos con Velasco Ibarra, etc. ¡Y al final, despotricados; Solamente la presencia de Camilo II (Ponce Enríquez), puso en algo tranquilidad al clero despavorido que no hallaba clemencia ni consuelo. ¡El país quería patrón y le dieron aumentado; No contentos con toda esa marejada político religiosa, los pobres ecuatorianos debieron soportar aquella misma época, la germinación de una nueva forma de hacer política, una real plaga veraniega: El populismo.

Gobiernos y desgobiernos que azotaban a la patria, hicieron del Ecuador un desquiciado Campo de Marte político: Sube curuchupas, baja liberales; empuña dictaduras, defenestra populistas, y en ese calor tropical se encubaron nuestros populistas. Carlos Guevara Moreno se apareció con el “cuento chino” de que él era el “Capitán del Pueblo”, el que había “desfacido entuertos” y devorado facciosos; luego se buscó maestro y medio en los desgobiernos de Velasco Ibarra, y al final de cuentas nos dejó embadurnados con un enorme manojo de majada.

Los de ARNE (Alianza Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana), fueron los únicos políticos que combatieron al populismo ecuatoriano. Odiaban profundamente el engaño y el falso redentorismo, sin embargo, apoyaron a Velasco Ibarra. A Miguel de Unamuno, se le enronchaba la piel de tan solo pensar en una masa social seducida y poliforme, sumisa, utilizada, raquíticamente esperanzada en un lejano líder que nunca había llegado y que jamás llegaría. Detestaba la mediocridad y el conformismo, la ignorancia. Es por eso que jamás dio descanso a su pluma, ni paz a su enigma vital; él se oponía a todo y por todo, porque concebía que esa era la dialéctica trascendental que daba equilibrio a la existencia. -Solo es esclavo el ignorante-, decía Andrés Bello, mientras que para Simón Rodríguez, el esclavo no era solo el ignorante sino también el conformista. “Cultivad la ignorancia del pueblo, y será por siempre vuestro el mundo” decía un intolerante rey birmano. Lo cierto es que los de ARNE resultaron un clavo en

el zapato, difícil de aguantar y tolerar; decían que eran nacionalistas y tenían como referente a España; decían ser religiosos y despreciaban a los curas. A veces parecían facciosos y otras veces puritanos; despreciaban el fracaso del 41 pero a la vez jamás tuvieron ningún papel protagónico en la defensa de la patria, además eran elitistas y sectarios. Es por eso que no lograron echar raíces en el pueblo; lo querían y lo despreciaban, lo buscaban y lo abandonaban. De todos modos, tenían toda la razón en cuanto a cuestionar al populismo. Ellos admiraban el falangismo faccioso de don José Antonio Primo de Rivera, de ese hombre que pensó en crear un tipo de juventud que ni el mismo alcanzaba a comprenderla; un tipo de juventud disciplinada bajo el manto de una estructura pseudo militar; de la uniformidad mental, del culto a la personalidad; del simbolismo enfermizo e irreflexivo. Los nacionalistas sublevados el 18 de mayo les tomaron por modelo ideológico y espiritual, y España tuvo que vivir una neocontrarreforma y un autoritarismo asfixiante y contumaz. Pero este hombre era un pequeño aprendiz de lo que realmente era Benito Mussolini, pues don Benito quería una Italia tibia y silenciosa, arrancada el alma y llena de resentimientos; la quiso elevar al nivel de un regio imperio que había fenecido hace mil quinientos años, apuntalado por la iglesia que lo había asesinado.

Don Galo Plaza Lasso tuvo a bien ver nacer en su período presidencial el populismo. Pero él no tenía pasta para soportar tamaña porquería; le irritaba todo lo que era chusma y demagogia (tenía una formación yanqui), y lo que es peor, les odiaba infinitamente porque Carlos Guevara Moreno (en complot con algunos oficiales), había intentado derrocarlo. Para él, Asaad Bucaram y Guevara Moreno eran unos líderes populistas del peor fuste. El líder populista es un hombre que sin ser del pueblo, dice amar al pueblo; no sabemos si realmente cree en Dios, pero dice venerarlo; no tiene una doctrina política consistente, pero ladra en discurserías; es un corriente mequetrefe, pero dice ser el redentor del pueblo. Una gavilla de rufianes de aquellos que se juntaban alegremente con el cuentero de Muisne, se han tomado poco a poco la ingenuidad del pueblo por asalto; todos ellos son una burda bofetada a la cordura. Youlou Fulbert era de laya parecida; este precario religioso supo combinar magistralmente la religión con la política; La demagogia era su método, el populismo su instrumento. Pobre Congo, gambeteando la mentira y la ignorancia. Domingo Perón por su parte era un oculto soldado que sabía tan poco de la guerra que ésta no le interesaba para nada; él era realmente un político apoyado por los religiosos; era un experto demagogo que tenía un sentido natural para atraer a las personas y llevarlas a su causa. En su vida militar jamás conoció un obrero (ni siquiera por remedio) pero tenía ese soplo divino de gracia que lo hacía atractivo para los sindicatos marginados y para el pueblo en general, y la Iglesia en particular. Al igual que Velasco Ibarra adulaba a las masas; delirante, fantasioso, hacía de cada palabra un sentido nebuloso... pero el pueblo le creía y le amaba. Nunca pisó la pobreza pero de ella hacía una oración sacra; detestaba las pocilgas, pero era su numen de plata. Decir y hablar lo que ellos quieren oír; maldecir y vociferar contra un enemigo ficticio; maldecir por doquier a sus insignes detractores. Víctor Raúl Haya de la Torre, era más consistente en su retórica pero no menos demagogo; idealista, soñador, sus ideas revolucionarias siempre chocaban con los límites de sus ancestros conservadores, en todo caso, era un profeta celador predicando en mar abierto. Cuando Getulio Vargas ofreció a su pueblo brasileño la “tierra prometida”, todo el mundo se puso de pie para esperar la “Buena Nueva”; era carismático en verdad, de fino aspecto, pero en su largo trajinar resintió a los “americanos” (y con ellos no se juega). Estos ilustres populistas hablaron y dijeron de todo, vela verde; devoraron oligarquías pero convivieron con ellas; nos enseñaron a creer en esperanzas falsas y al final del camino...“nos dejaron con la bata alzada”. Estos los que podríamos llamar “populistas

ilustrados”. Los de segunda, los del “populismo soez” son ridículos y grotescos, chabacanos, insulsos y de a real y medio. Políticos labrados con guadaña, al fin y al cabo responsables de la gran debacle latinoamericana.

Un día no menos memorable en que la oscuridad política rondaba nuestras tierras, apareció un hombre pobre, solitario, de aspecto sarraceno y con los ojos de camélido; se dice que vendía telas, bobelinas, y algo de bisutería: Decidió ser “secundón” de un nuevo partido político. Su olfato natural para manejar la “cosa política”, le hizo escalonar rápidamente posiciones dentro del partido; pero no era solo eso, “Don Buca” era un hombre de una infinita constancia: honrado, pletista, entrador; un luchador incansable. Su limitada preparación académica nunca fue un obstáculo para que él controlara con absoluta hegemonía su partido (y a las masas desposeídas). Fue en realidad un líder nato que supo interpretar el sentimiento popular como si fuera el suyo propio. Nunca pudo gobernar el país porque las fuerzas oligárquicas en flagrante complot le obstaculizaron el paso; pero en todo caso su lucha tesonera por los pobres, su honradez acrisolada, su palabra chabacana pero muy sentida, hizo de este hombre un respetable político al que necesariamente hay que darle su espacio en la historia. Don Buca hizo de Guayaquil su “pequeño bastión político”, no sin antes defenestrar a su “maestro de engaño” (el señor Guevara Moreno). ¿Pero el resto? (le preguntaba a mi padre)... una digna pendejada

¿Y por qué la Curia Metropolitana tan callada? Ella no dice nada porque aparenta no advertir nada. Está tan ocupada de sus cosas que su silencio siembra desconfianza... no, en verdad no es nada de eso; lo que pasa es que el movimiento religiosos universal (católico) se dispone a tomar un nuevo rumbo.

LOS CURAS DEL HILO ROJO

Y las cosas se dieron como debían darse. La Unión Soviética había comprendido a plenitud, que el principal obstáculo para expandir su “Área de Influencia” en el Nuevo Mundo, era sin lugar a dudas la religión Católica. Para esto diseñó muy sesudamente la manera más ingeniosa de vulnerar su unidad monolítica. Los pensadores más connotados del vasto imperio soviético, creyeron que lo que se debía hacer era reclutar a los curas “progresistas”, a los críticos, a los convencidos de las causas populares; crear una relación teológico-política entre el marxismo y la Biblia, y enfatizar en el carácter oligárquico y retardatario de las cúpulas eclesásticas. Y así lo hicieron. Inmediatamente se creó PAX CHISTI (en Polonia) para difundir las nuevas concepciones en toda Latinoamérica; se creó el paradigma del “Hilo Rojo” (nexo entre los conceptos de la Biblia y el marxismo), y se preparó (en Europa) a los curas más idóneos que debían propagar la nueva concepción religiosa: La Teología de la Liberación”. Mientras tanto en Brasil, un cura candoroso dedicado por entero al mundo pastoral, creaba un nuevo concepto de ayuda a los desposeídos: Las Comunidades Eclesiales de Base y el Movimiento de Educación de Base (instrumento de influencia, aprovechado magistralmente por la Unión Soviética). La sabia estrategia soviética estaba estructurada y delineada. Su gestor inicial: Monseñor Agnelo Rossi.

Cuando llega al poder de la República Carlos Julio Arosemena Monroy (vía desastre velasquista), se encuentra con que la lucha Oriente - Occidente (EE.UU. vs URSS) está en su máximo apogeo. Las alturas del poder en algo le entorpecen, pues este singular Presidente vive acomodado en la Derecha, delirando hacia la Izquierda; habla de las causas populares, pero no conoce la verdadera realidad de su pueblo. Las viejas

enseñanzas del recalcitrante velasquismo han creado en él un aire de profeta incomprendido; en cada lugar que visita deja la sentencia premonitoria, la dulzura de la erudición, la candidez de un idealismo perdido, pero muy pocos le comprenden. Carlos Julio Arosemena, no avizora la batalla que se libra en el interior del Estado, en donde las fuerzas confabuladas toman partido por su lado. Y es así como debe coquetear con el uno y con el otro; calma a los norteamericanos y alienta al mundo socialista; aplaude al pueblo norteamericano pero condena a su Gobierno imperialista; quiere que se respete la autodeterminación de Cuba pero rompe relaciones con ésta. - ¡Así verdaderamente no se puede;- dijo Mr. Johnson, forjando un aletón en sus solapas. Mr. McNamara casi no dice nada. -O están con nosotros o están contra nosotros-. Pero el escenario en que vivía el país no era solo eso. Por el lado político, el mundo socialista al interior del país había tomado mucha fuerza, y los sindicatos y las universidades eran presiones dominantes que forcejeaban con el Régimen. Ante ésta situación, curas y militares cierran filas: ¡El comunismo ha progresado; pero ni curas ni militares tienen la perspectiva suficiente para entender que estaban siendo utilizados; además, los “curas liberadores” se encontraban en tal “gestación macabra”, que atentaban contra su propia naturaleza y existencia. Aparecieron también en esta época los románticos guerrilleros del Toachi, no sin antes causar un gran revuelo dentro de las Fuerzas Armadas (seno del cual se habían desprendido). Mientras tanto, Carlos Julio Arosemena se daba pan y circo para él solito. Hombre de cabello alborotado, galopando en la meridionalidad de la vida; festivo por naturaleza; de formas relajadas y exento de prejuicios mundanos, dio el salto a la inmortalidad entre albazos y vasos rotos. Hasta que alguien le salió al paso. Ante tanta relajocidad, Camilo II (Ponce Enríquez) puso su grito en cielo y se mandó tres persignazos; se apretujó las manos con el wipe e hizo rechinar sus dientes en el filo de la acera: -¡Se borracho!- le dijo a voz en cuello... -pero con prudencia-. El general Naranjo desde Cuenca con franca lealtad prusiana, manifestaba abiertamente: -¡Soy obediente y no deliberante;... pero renuncie Sr. Presidente y rompa con el mundo comunista-. Mr. McNeil por su parte, no sabía que decir francamente. Había venido al país con las sanas intenciones de tan solo portar las sagradas órdenes del Gobierno norteamericano; pero de aquella reunión en el Palacio, salió con el rostro ennegrecido; trémulo de indignación, mustio, casi entontecido: La línea del destino se había consumado. Por lo tanto, los esmerados funcionarios de la CIA cansados de tanta ingratitude, decidieron defenestrarlo en el acto y dar el paso libre a una democrática dictadura: La Junta Militar de Gobierno. ¡Ora pro novis;... !Misere novis;

La Iglesia Católica, Apostólica y Romana, comienza a darse cuenta que en sus filas ya no existe armonía; que la presencia de los “curas progresistas” y la realidad del momento, exige una nueva imagen frente al mundo, por lo tanto, diseña una nueva estrategia con la cual pretende solidarizarse con los pobres y desterrar todo tipo de “segregaciones”; para esto convoca a un concilio ecuménico, al cual lo denomina: “Concilio Vaticano II”. El Concilio Vaticano II liderado por los papas Juan XXIII y Paulo VI, respectivamente, abre las puertas de la Iglesia hacia el futuro político, económico y social del mundo. A los tiempos la Iglesia volvió a tratar el tema de viejos litigios e ingratas incomprensiones:-!Libertad religiosa;- se dijo, mientras los muros ocultos del Vaticano (que guardaban los indescifrables alaridos de los infelices condenados por el Santo Oficio) se estremecían temblorosos, atónitos, espeluznados. ¡Las iglesias cristianas deben unirse y se debe confraternizar con los judíos; ¡Renovación teológica;. ¡Ecumenismo y pastoral social; No se ha dicho nada. A partir de ese momento la Iglesia Católica diseña la “estrategia del tridente”, con la cual debía

continuar administrando y gobernando al mundo. Para controlar a la oligarquía, suficiente con la “Curia regia”, cardenales, obispos y presbíteros adosados a los gamonales (ala derecha del clero). Para pacificar a la clase media y pobre, suficiente con seguir manteniendo el clero regular (ligado con los tres votos), clero secular, curas solicitantes de primera tonsura o la que sea. ¿Y para manejar a los millones de “descamisados”? simple y llanamente aparecieron los teólogos de la liberación.

Pero resulta que la Teología de la Liberación, no era una obra bendecida y sacramentada por los pensadores del Vaticano. El Vaticano quería que el clero gire hacia la izquierda pero que no se vayan tanto; que esté junto a los pobres pero que no les “concienticen” tanto; que haya obra pastoral eclesiástica pero que no se politice. Y la hebra del ovillo se rompió por lo más débil. Los preceptos y principios del Concilio Vaticano II, pronto fueron utilizados para vulnerar y criticar los procedimientos de la propia Iglesia. -¡Satánica propuesta!- gritaron los sabios cardenales que no atinaban a que lado correr en el interior de la Capilla Sixtina. -¡Blasfemia maldita!- decían otros que vociferaban con sus alumnos acongojados en la universidad Gregoriana; los demás callaban expectantes con un silencio vagabundo.

El padre Gustavo Gutiérrez (peruano), entre receloso y convencido, había decidido predicar por su propia cuenta y riesgo. Había dicho que la verdadera doctrina de Cristo era en esencia “liberadora”; que la Iglesia debía ser una plataforma de lucha de los pobres (Iglesia popular) y por ningún concepto de los ricos, y que la eminencia gris del sustento teológico del catolicismo: Santo Tomás de Aquino, debía ser complementado con el pensamiento “marxista” y el de don Antonio Gramsci (?). Y saltaron las aldabas. Hugo Assman se declara un vehemente marxista; Rubén Alves a más de revolucionario y radical luterano, se dispara como un extraño practicante del culto de Venus; Frey Betto es una extraña mezcla de sacerdote, revolucionario y terrorista; los hermanos Boff (Leonardo y Clodovis) son unos marxistas leninistas consumados. ¿Y ante tal situación qué? ¡Malaquías, el profeta menor trae un nuevo anuncio de esperanza al pueblo de los descamisados!

Tamaño susto para oligarcas y prelados; los curuchupas rezongan pero no saben todavía de lo que se trataba; el Vaticano sabe pero no lograba salir de su famélico sonambulismo; los “gringos” tienen minuciosas referencias pero en realidad no saben ni entienden a fondo lo que pasa. Por eso cuando Mr. Robert MacNamara conoció y entendió de lo que realmente se trataba, se dice que encendió un cigarro y comenzó a caminar meditabundo a lo largo de la rivera del viejo Potomac; entendía pero no entendía; a veces sonreía, difamaba; maldecía. ¿Pero cómo los curas?...¡ellos nos han traicionado!

Siguiendo con la marcha ineludible del destino (en nuestro desvencijado país), la Junta Militar de Gobierno se había declarado abiertamente “macarthista”. Veía rojo en todo lo que se movía. Habían jurado que asumían el poder solo con el fin de extirpar la ola subversiva y el terrorismo descarado. Malhumorados, un día salieron con la cantaleta de que se proscribía al partido Comunista por asuntos de seguridad interna del Estado. A la cuenta, debían ya salir y no salían. En realidad se habían endulzado en el poder y uno más que otro se creía el gran predestinado. Cumpliendo consignas norteamericanas, nos embarcaron en la Reforma Agraria, no como una política de Estado encaminada a una real transformación política, económica y social del país, sino como un bien tramado ardid, encaminado a prevenir el futuro conflicto social que poco a poco se avecinaba y entramaba. “Y a río revuelto ganancia de pescadores”. Don Buca era el emperador de un reino de menesterosos que habían emigrado a Guayaquil en busca de mejores días. El imperio de los necesitados se afianzaba, y crecía una generación de políticos que decían tener la fórmula para solucionar todo. El liderazgo de

los populistas se disputa entre riñas y escopetas cortas, comidillas, chismes y conspiraciones; mentiras por aquí, rencillas por allá; caudillismo resentido y aparcerías burocráticas. De todas maneras, este latente monstruo se había afianzado y vivía subyacente, expectante, hambriento por despedazarnos. Don Buca no decía nada pero se reía de todo. El cúmulo de desaciertos de la Junta de Gobierno era el caldo de cultivo para sus desaprensivas aspiraciones. Don Buca desterrado, era el adalid del pueblo; Don Buca opositor, era el baluarte del pueblo; Don Buca blandiendo su correa en flagrante amenaza a la oligarquía, era el redentor del pueblo; Don Buca ridiculizando a la oligarquía, era el Camilo libertador de Roma. Pero los oligarcas se resignaban a tolerar eso y no al comunismo.

Mientras tanto, el mejor “religioso político” que ha dado el Ecuador (Monseñor Leónidas Proaño) hacía de las suyas. La provincia del Chimborazo con toda su pléyade de indigenado se convertía en el campo más prolífico de experimentación de la Teología de la Liberación: ¡Dios está con Marx! ¡La Biblia es liberacionista! ¡Cristo es comunista! Y las escuelas radiofónicas populares del Chimborazo funcionaban día y noche, con canciones subversivas y llantos de Mama Pacha, corrillos de Biblia acomodada y trostkismo dramatizado; salmos de Pachacutik y responsos yaravisados. Hasta que un día llegó de sopetón la mano ineludible de los políticos de la “línea dura” (MPD), y se llevaron lo que pudieron: La radio, indios, enseres, y todo lo demás (sin beneficio de inventario). Se diga lo que se diga nuestra suerte estaba echada. Y luego, el gran tren logístico e ideológico se expande silencioso pero certero, y nos nacen los sacerdotes “pre-revolucionarios”, y nos cae encima IDO-C y Pax Christi, y se juntan en flagrante alevosía: “Reflexión”, “Onix” y “Golconda”; y se desafía desde Austria a la solidaridad católica con el pensamiento de los “Teólogos de la Revolución”. ¡Delirium tremens!; el Vaticano ya no encuentra vida ni paciencia con tamaños sediciosos. ¡Alto! El espíritu benefactor del clero regular nuevamente se llena de paciencia para hacer volver a su redil a tal cantidad de ovejas descarriadas (pero ellos ya no entienden). Conferencia Episcopal de Medellín... y nada; seminarios, conferencias, redadas, confesiones forzadas...y nada. Los audaces “padres liberadores”, no solo que sacan ventaja de los pronunciamientos de Medellín y posteriormente de Puebla, sino que por su propia cuenta y riesgo, han clasificado a la Santa Madre Iglesia en: Iglesia Institucional e Iglesia Popular, declarándole a esta última en pie de guerra y apostando deliberadamente a la tan masticada “lucha de clases”.

Don Otto Arosemena Gómez, a la vez se asustó y no se asustó de ver tanta tontería: ¡Peores cosas revolotean al interior del Congreso y no existe tanto aspaviento! dijo con disimulo, mientras con una sonrisa burlona que rodaba por sus cachetes, recordaba su última elección en el Congreso. Otto Arosemena era católico y no lo era; era Presidente y no lo era; era un amigo entrañable de los gringos y a la vez no lo era; era primo de Carlos Julio pero prefería que nunca se dijera. En la reunión panamericana de Punta del Este (Uruguay), les dio un serio contratiempo a los gringos porque se opuso a sus planes pro-sociales y anticomunistas. En aquella ocasión parecía estar muy claro, lúcido, patriota, pero pronto nos defraudó con la bulla del caso ADA; en todo caso, su postura honorable se puso de manifiesto al expulsar al embajador de los EE.UU. que se había permitido poner en el banquillo de los acusados la posición del Presidente.

Mientras tanto los norteamericanos, cuando llega el Che Guevara a Bolivia, le tenían todo el escenario preparado: el terreno montañoso, las tropas entrenadas; el partido Comunista boliviano comprado y rematado, y lo que es peor, los indígenas estaban tan apavorados que los mismos curas párrocos no creían en ese inmenso muro espiritual que habían logrado construir durante quinientos años de colonialismo

infralapsario. La triste experiencia del Che Guevara en Bolivia nos enseñó nuevamente que con la Iglesia no se puede; en realidad, los quinientos años de colonialismo surtían el efecto esperado, pues nos habían demostrado que la labor del clero no había sido todo en vano. La Iglesia no estaba simplemente en la barroca construcción de ábsides y portales, sino en la mente viviente de cada ciudadano. Al comunismo latinoamericano no le amilanó la CIA, ni la oligarquía, ni siquiera las fuerzas militares. Lo liquidó la Iglesia. Y la traición llegó por adentro y por afuera. El “nuevo hombre” con que Guevara había soñado, no existía sino en el profundo inconsciente de sus sueños desbandados. Lo demás solo era cuestión de trámite. Pero lo que verdaderamente causaba pánico al momento en las filas vaticanas, ya no era la “Iglesia Popular” ni los curas “indisciplinados”; eran los curas armados y equipados que aparecían en las selvas colombianas, y eso no estaba contemplado. El cura Camilo Torres, dando un ejemplo de mística inusual, moría desarmado gracias a la cruel astucia de Fabio Vásquez Castaño (enfrentado con las fuerzas del orden colombianas); los curas españoles: Manuel Pérez, Domingo Laín y Juan Antonio Jiménez, también reforzaban las filas “bárbaras” del Ejército de Liberación Nacional (no sin antes correr suertes diversas pero trágicas a la final). Y nuevamente los norteamericanos confirmaban sus sospechas de que el clero latinoamericano hablaba más de política que de Dios, y así ya no podía haber perdón. Luego lo más tétrico, los curas que se oponían a la Teología de la Liberación también eran vilmente asesinados, castrados, mutilados y a veces fusilados. Iglesia vs Iglesia... dadnos paciencia señor ante tamaña herejía.

Para colmar la paciencia palaciega del Papa y sus cardenales, la Iglesia latinoamericana se iba descomponiendo en inusuales conspiraciones. Ahora, eran las conferencias que se daban día y noche en forma secreta y privada; también al aire libre, en el traspatio de la curia. Todo lugar era bueno para las “sacras” reuniones: Las catacumbas del convento, los flancos de la sacristía. Las conferencias de los “Cristianos por el Socialismo” se daban en las mismas oficinas cercanas al presidente Allende; la de nuestros nacionales: “Cristianos por la Liberación”, en un convento en Cuenca y en cualquier lugar imaginable... y todo un rebullir. A tal punto la rebambamba que hasta monseñor Proaño llevaba el juego redentorista por su propio lado, al organizar el “Encuentro Fraternal de Obispos Amigos” en Riobamba. ¡Pero ah, eso sí que no! El Triunvirato Militar se movilizó en persona y les fue sacando de las “benditas reuniones”, uno a uno; a “patada limpia”... era la época de sana desconfianza en que todavía no había indicios de que caería la Unión Soviética. Pero ahí no queda todo, los más avezados tenían otra forma y estilo de camuflar las cosas; en menos de lo que canta un gallo, los fieles misioneros católicos de “Mary Knoll” se habían dispersado por toda América y éstos provenían de las mismas entrañas del Coloso del Norte. El cardenal Mindszenty por su lado, navegaba solo y contrariado; no creía en la remozada doctrina de Marx y Lenin, mucho peor si ésta se apostaban en las nuevas corrientes teológicas del momento. Era el nuevo mártir de la controversial cruzada.

Los norteamericanos al mirar la habilidad con que los soviéticos se habían infiltrado en el vértice de sus entrañas, inmediatamente diseñaron su nueva estrategia. El asunto consistía en matar el mal con sus propias armas; desnaturalizar las cosas por efecto de su misma naturaleza; matar el palo con su propia cuña. Y así fue y así se dio. Con una audaz prontitud la estrategia norteamericana apuntaló sus planes. Para los fines consiguientes decidió que expandiría su influencia religiosa (y política) a través de las sectas protestantes (esencialmente evangelistas). Su misión era romper la influencia del catolicismo en el mundo latinoamericano, de tal manera de neutralizar la presencia de los “curas progresistas”, profesantes de la Teología de la Liberación; luego, propender a una occidentalización de los usos, costumbres y manifestaciones de los

latinoamericanos, a fin de permitir su futura globalización (aculturación). El Vaticano por su parte, refuerza la postura de los norteamericanos a través de sus “Instrucciones” a la Iglesia latinoamericana (Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación), en la cual el Papa condena muchos aspectos de la misma. En la Declaración de los Andes, los arzobispos andinos condenan a la “Teología” y a los curas liberadores; el “Sínodo Extraordinario de Obispos” ratifica la posición de los obispos. Es decir, la Iglesia latinoamericana se divide en dos bandos perfectamente identificados: El clero institucional (de Derecha) y el clero popular-liberador (de Izquierda). Pero el asunto en sí es demasiado delicado para la Iglesia, la división es un síntoma de debilidad. Para reforzar la posición institucional de la Iglesia, llegará al país la secta del Opus Dei (al igual que otras), cuya máxima finalidad es defender el status quo, la globalización y el corte económico neoliberal; es a esta secta “magnánima” a la que pertenece, entre otros, nuestro héroe: don Cornelio Noboa y Bejarano “El Conjurado”.

CUANDO EL POPULISMO OFERTABA A JEREMÍAS

Cuando José María Velasco Ibarra, decide en uno de sus momentos de arrebatos, expulsar a Don Buca a Panamá, la cosa ya había llegado demasiado lejos. La metástasis populista se había tomado el Ecuador de cuerpo entero. Aún con su limitada preparación académica, Don Buca había sentado raíces no solamente en los más menesterosos, sino en la mente confundida de la naciente clase media. Observando como siempre la mejor forma y el mejor momento, el “populismo de segunda”, no se puso con la Iglesia (recordemos que el populismo original se apuntaló en Rusia y fue la base fundamental del bolcheviquismo). Los nuestros como buenos criollos se aprovecharon de ella pero sin juntarse a ella; comieron del mismo plato pero cada cual con su sorbete. El boyante populismo se valía de la Iglesia pero no dependía de ella.

Al reiniciarse el régimen democrático en el Ecuador, el país no goza de una democracia decente sino de un burdo populismo. Don Buca, el gran triunfador de la jornada era a la vez el triunfador y el derrotado (“nadie sabe para quien trabaja”). La astucia con la que creyó burlar la traba que le impuso el Triunvirato Militar, se le convirtió en un nefasto boomerang que lo llevó hasta la tumba. Ninguno de los dos grandes confrontados viviría para gozar de su noble ensueño: Don Buca el supuesto “titiritero”, murió infartado de tanta ingratitud de hongos y redrojos que florecieron a su sombra; y el supuesto “tonto útil” (Roldós) que se levantó con el santo y la limosna, dejó a su viejo gestor político con el polvo en sus narices. CFP, el gran partido populista que dominaba el espectro político nacional, confirmaba hasta la saciedad que nunca estuvo lleno de políticos oportunos sino de políticos oportunistas. Siendo así, estos dos políticos populistas se convertían en los grandes culpables del desastre democrático del Ecuador contemporáneo. Aunque sea involuntariamente, Camilo Ponce Enríquez y Assad Bucaram, nos dejaron como maldición gitana el populismo (de la peor ralea), apechugado por León Febres Cordero y Abdalá Bucaram... que si así es la voluntad de Dios, que así sea.

Camilo Ponce Enríquez (fundador del partido Social Cristiano), tenía dejes de brillante demagogo, pero nunca fue un hombre inconsecuente con su propia naturaleza e ideología; es decir, él era conservador pero también era cristiano (cierto); su pensamiento cristiano le hacía solidario (cierto); su brillante oratoria, sin pasar del eufemismo no le permitió llegar al populismo (cierto); hombre de sanos principios católicos y morales (cierto). El presidente Ponce Enríquez es el último de los políticos coherentes que ha dado en estas épocas la oligarquía; sus discursos políticos son

verdaderas piezas maestras de la oratoria contemporánea; decía ser conservador y en verdad él lo era; decía que él haría oposición y efectivamente lo hacía; decía que algo no haría y por firmado que no lo hacía. Tuvo muy pocos seguidores de su talla intelectual y humanitaria, yo diría que la escasez hace de abundancia. Pero a cambio y en penitencia nos dejó por herencia sarracena una figura oligárquica que burla los rediles de la sana coherencia: Febres Cordero y su mambo... y con tontera y media, “yapa”, propina e indulgencia.

Se cuenta que por aquellos días en que Hurtado dejaba el poder dándole paso a la presencia histórica de Febres Cordero, se apareció Hiemera en su oficina y le dijo con voz entre piadosa y destemplada:

-¡Todos los días ruego porque nunca te vayas del poder querido Mandatario¡-

Hurtado entre vanidoso y arrogante, se levantó la solapa de su terno y fingió modestia inusitada.

-¿A qué se debe tanta devoción a mi persona? Preguntó el connotado Presidente (con un aire de grandeza).

-Durante muchos años he pedido a Dios porque salgan tantos y tantos malos presidentes, y han sido tan malos los sucesores que siempre han hecho buenos a sus antecesores. Por eso le pido a Dios que no te vayas y alargue tu estadía, porque estoy segura que aquel que venga detrás de ti, será mucho peor -. Y en efecto, así fue y así se dio como cábala de pitonisa.

El señor Febres Cordero (monaguillo del conservadurismo), tiene por gracia de Dios el orgullo de haber fundado el “burgo populismo” en el Ecuador. Él ha hecho de su debut político una verdadera danza de lobos. Lleva bigotes largos como imitando a Zapata (pero él de ninguna manera es indio, por si acaso), de greña felina aunque a veces ligeramente retocada; ojos “grandototes” y ridículamente encaramados; cuerpo obeso y cejas abultadas. Nos resultó populista de la noche a la mañana, cual viejo demagogo de retrete. Él en sí es un ente indescifrable; él tampoco se comprende. Aprendió con una facilidad asombrosa del maquiavélico arte del embuste. Cuando sale de campaña electoral, hace vibrar las multitudes (pagadas) pero de arrepentimiento; ha gastado dinerales y recursos ingentes en conformar la tarima que sustenta su negocio. Luego, viene lo verdaderamente histriónico: palabras estrechas de contenido enfundadas en burbujas de odio; todo lo que se le opone es basura para el “cristiano socialista”, que a mi modesta manera de entender, no es cristiano (practicante) ni de fuero socialista. Pero él siempre alinea sus pitones al que se dice socialista y detesta enfadadamente al que le recuerda los sabios principios que debe gobernar a un buen cristiano. En nuestro pueblo ingenuo, embrutecido a propósito por los sabios rectores de la oligarquía, todo engaño puede convertirse en un evangelio de esperanza; cualquier mentira prefabricada (por los asesores de imagen) un sentencia de fe revelada. Por eso los sacerdotes de Napata tenían la potestad irrenunciable de juzgar los actos corruptos de sus reyes y gobernantes, dándoles por premio la muerte si atentaban contra los sagrados intereses de su pueblo. Para los shogunes japoneses y los “caballeros andantes” de la baja Edad Media, el faltar a la verdad era un asunto de muerte. Miente Melgarejo porque no tiene temor a Dios ni respeto por la vida, la farsa es su estilo de conducta que lo combina hábilmente con el halago a sus testafellos; miente el dictador Hernández porque piensa que la verdad de la vida estriba en sus estrechos pensamientos, y los conceptos de los idealistas deben ser una fritura de cocina. Luego, el atraco descarado es el complemento ideal para sus magnas fechorías. El atraco no viene nunca sólo, ni se anida nunca en el idealismo; el atraco es el festín húngaro devorando Garde-Freinet; el atraco es la familia Marcos poniendo en solfa los endémicos recursos del pueblo filipino; el atraco es la oligarquía frenética que se escuda en la beneficencia (no me refiero a la Junta de

Beneficencia de Guayaquil, por un acaso, ellos se merecen un capítulo aparte dentro del espectro oligárquico nacional)... ¿Y Febres Cordero?... fresco. Gruñidos por la mañana y topeteos por la noche; chismes de cocinera en la tertulia del partido; concupiscencias de alcurnia; conspiración de alcoba y tabaco todo el día: ¡Bendícenos Marqués de Sade ante tamaña tontería!

LA LUCHA POLÍTICA ENTRE CATÓLICOS Y PROTESTANTES

¡Cornelio!... pastor, pastorcito ingenuo de las ovejas de Fauno; medio educador y medio amigo; adulator; Duque de Sabandija empobrecido; mitad gato, mitad hiena; templario desvencijado. Hoy preside la nación porque la insana ignorancia hace de los hombres de bien un vil engendro de Vulcano. Cornelio Noboa... apostata de la verdad y falso almero.

Y nuestro Cornelio “El Conjurado”, todavía se burla a mandíbula batiente de nuestra aborregada tolerancia; subestima nuestra paciencia y piensa burlar osadamente a la sentencia ineludible de la historia. ¡Pero allí le salimos a su paso! Los seglares del Opus Dei (obra del ala derecha de la Iglesia), se han tomado en estos días al Estado por asalto; ellos se tascan los labios del encanto; rezongan, carcajeadan, como si se aprestaran a latigar impunemente la espalda comprimida de los hombres indefensos. Es así como estos seglares entusiastas se han agrupado en una pandilla (los gloriosos Gustavinos). Hombres de rezos sin sotana; golpes de pecho y espanto; repiques al medio día; pastoral y apostolado. El total es que no se entiende si son hechura de cura o del brujo de la Peaña. Pero ellos insisten porfiados en creer que somos bobos (¿o puede ser que sí?). También el Señor Dahik pertenecía al Opus Dei. ¡Oh gran Señor de la montaña! nos mandas mil forajidos a que nos forren de escamas. Pero ellos solitos se asocian sin que nadie los convoque, dicen que hacen labor y al mismo tiempo apostolado; son curas y no son curas; son políticos y religiosos; no tienen mucha moral pero se agarran siempre del dogma.

¡Hay Cornelio “Conjurado”, cómo nos causas gracia; hablas tan chabacano y sonrías cual vil marrano! ¡Oh devotos del Opus Dei! sacros patésis de Egipto, que aman el poder mundano como al almíbar de Partos. Se levantan por la mañana y se lanzan agua bendita, echan su crucifijo al hombro y se atragantan de mil potajes, sienten la caridad como un derroche de arrogancia y hacen del fatuo alarde su caballo de batalla.

Los del Opus Dei como misioneros (en su ecuménica pastoral política) dicen amar a los pobres con prestancia, pero en realidad ellos solo se aman a sí mismos, a su ego de hojalata; los pobres ni a la puerta. Dan caridad con las migajas que les resta de sus festines (opulentos) pero dicen hacer obras de caridad suculentas. Reunidos en un mismo turgio moral (político), se han convocado para gobernarnos y destrozarnos paso por paso.

Ellos de vivo a vivo se han distribuido los mejores puestos, no sé si de acuerdo a su tono de voz, rezo o color de sangre (que apenas circula por su rostro) o al grado de participación religiosa, militancia o cofradía. Lo cierto es que nos han ganado y eso nos tiene jorobados. Dicen que a los que rezan más duro y entonan misa cantada, que vayan a las mejores tronchas; los que balbucean tontamente y no votan un buen sahumero, a los puestos de segunda. Todos ellos parecen agoreros o secretarios de Torquemada y pretenden gobernarnos con mala fe, espanto y bravuconada. Krause para ellos es bendito en un buen sepulcro de hojalata; Malatesta en el suelo frío y parco, y las huellas del pescador en unas sandalias de paja.

Pero lo cierto es que todas estas ordenes, sectas o facciones que sirven a Dios para darle variedad y presencia secular, no pueden ser de Dios si son una dependencia

del Estado. No pueden ser de Dios si no practican su palabra. San Francisco de Asís resucita a la Iglesia cuando ésta se carcome en los linderos oscuros de la corrupción política y económica; busca nuevo sentido a sus preceptos morales y a su fe redentorista, pues la Iglesia Católica Apostólica y Romana, había caído exactamente en los mismos hilos, causales y banalidades en que cayó el Imperio Romano (al cual decía cuestionarlo). Se plagó de los mismos vicios morales y espirituales: avaricia, explotación, lujuria, abuso de poder, sodomismo, gula... ¡corruptela! El padre Alonso Abad y Antonio Claret, apuestan a la reivindicación del ser humano y a la vida retirada de la contemplación divina; creen en el hombre espiritual y carente de sometimientos: Una oración por los esclavos. Estos son los verdaderos religiosos a los cuales la humanidad no ha olvidado. ¿Pero y Cornelio?

En la época del doctor Manuel Elicio Flor, existía en Quito (en las cercanías de la Circasiana) un carpintero veterano cuyo máximo orgullo era decirse “conservador” de cepa. Madrugaba todos los días a la misa de la aurora; se confesaba, comulgaba; rezaba el rosario y regresaba a su casa con el alma renovada. Por el azahar del destino nunca tuvo hijos pero tuvo muchos adoptados. Este cristiano fundamentalista, aparentemente era un servidor de Cristo, pero en el fondo su vida era un engaño. Odiaba a los niños por encanto; los detestaba; la sombra de su amargura le hacía repeler cada sonrisa ingenua de éstos; vivía para la abstención, para el ahorro y la avaricia, y se encantaba con fastidiar a los niños a la madrugada. Era un puntual conservador que nunca faltaba a su partido; vivía metido en él aunque de política no entendía nada. Obsesivo y morbosos, gustaba de los buenos rabos aunque siempre disimulaba poniendo una cara de tabla. Se sabía que era mujeriego, lujurioso a la sombra de la medianoche; que correteaba a las prostitutas en camiones de cama. Este hombre llamado José Antonio, es el “chulla quiteño” del conservadurismo gestado en nuestra tierra: Se cree un buen religioso pero en verdad no es religioso; se cree que es un buen político pero en verdad no entiende nada de política; sirve al candidato conservador pero no por sus ideas sino porque lo siente como un buen patrón ...como el amo de Urcuquí, la Rincona y Huayrapungo. Algunos seglares del Opus Dei son unos verdaderos José Antonios: unos pequeños vivos bobos. Y el arzobispo de Quito (junto con la Conferencia Episcopal Ecuatoriana) también nos creen del todo José Antonios; nos hablan de todo y están en todo... pero ellos creen que no entendemos nada. Ellos mismos se encuentran confundidos; ellos no saben si políticamente son de Derecha o de Izquierda, pero se toleran, con una sabia sonrisa de hipocresía que le confundiría hasta a Savonarola. ¡Políticos, sí! pretenden ser jueces del bien intermediando con el mal, encubriéndolo, haciendo del favoritismo gobiernista una forma de vida provechosa que nos recuerda generosamente, los días en que nuestra República, no sabía si era cuartel o monasterio. Es así como el obispo de Cuenca es un socialista consumado; ama a Saint Simón como Blanc a los sueños de Owen. Trosky es su potaje mental más digerible que los sofismas de Kauski; a veces es sólo marxista y otras veces bakuniano. El obispo de Guayaquil en cambio es de rancio abolengo y convive afanoso con lo más preclaro de la oligarquía guayaquileña. El de Riobamba nos confunde porque a unas veces es socialista y otras veces gaditano. En fin, de todos nuestros obispos todavía no sabemos claramente, cuáles son sus gracias de Dios y cuáles de ser humano. Pero lo realmente importante, es que no han dejado la bendita costumbre de entrometerse en política y en los asuntos del Estado. Y es que la Iglesia Católica decae (ese es el asunto). Ya no hay fe pastoral ni verdadero espíritu evangélico en los prelados. La Conferencia Episcopal se encuentra politizada y siempre muestra bando y verbo preferencial ante la atónita mirada de todos los espectadores. En un día cualquiera, el arzobispo de Quito llama a una conferencia de prensa y da sus santas bendiciones al Gobierno; la contradicción no es una actitud que engalane su

ponencia: pues simplemente vive, actúa y piensa al costado de sus intereses institucionales. Desde el inicio de la República, la Iglesia poco y nada ha hecho por cambiar el monorrio de su discurso recalcitrante; institucionalmente vive al sol que nace. Así las cosas, la sobriedad mental de los tiempos contemporáneos cuestionan sus procedimientos. Los demás obispos simplemente callan y hacen de su cerviz un cayado. Su palabra ya no tiene espacio. Pues el pueblo se ha cansado de escucharlos y ya no cree en su palabra redentora. Cuando el obispo Diego de Covarrubias hablaba desde el púlpito de la Catedral de Segovia, sus palabras eran sentencia y su discurso providencia; nadie protestaba, ni siquiera el rey de España. Los orgullosos condes de Orgaz recogían sus orejas y empalaban su lengua cuando de escuchar al obispo de Toledo se trataba; nadie se arriesgaba a decir nada cuando el “tenebrero” Lucero hablaba para el pueblo, o cuando el corrupto inquisidor don Fernando Valdés, en complot con Simancas, destruían la vida digna de don Bartolomé Carranza de Miranda. Estos curas eran tan orgullosos y prepotentes que ni de muerto le perdonaron. Era un Iglesia de debilidades repleta de credibilidad, de tal manera que el viejo refrán rezaba: “Iglesia, mar o casa real para quien quiera medrar”. La Iglesia convertida en una tarima de riqueza y prosperidad.

Cuando las instituciones pierden su fuerza moral al confabularse con los ribetes de la historia, todo mérito es demérito y cada razón un pretexto para la confabulación. La Conferencia Episcopal Ecuatoriana nos confunde, no sabemos con certeza si quiere dirigir la Iglesia o congratularse con Cornelio; da consejos de política y sugiere comportamientos políticos a las organizaciones populares, pero en el fondo, no se da cuenta (o se hacen los desentendidos) que los neo- evangelizadores se han incrustado en el pueblo (los protestantes), y se muestran boyantes, carismáticos y convincentes. ¿Y la posición de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana?...

-Que los indios revoltosos hacen muchos paros, huelgas y petitorios al Gobierno-

- ¡Cuidado con educarlos, hay que volver a la “Doctrina”!-

- Que el pueblo está muy hambriento y las enfermedades le dan caza-

- ¡Les falta más penitencia, silicio, dolor y paciencia!-

- Que el Gobierno nos desgobierna, está en subasta internacional y nos vende a la oligarquía-

-¡No es culpa del Gobierno, hace falta diálogo, mesura o eso es obra del destino!

Y así caminamos solos cual celestinas de estropajo: resignados, taciturnos, desconcertados, alcahueteando este destino fatuo que no nos encuentra temprano.

La religiosidad es una potestad privativa de cada cultura; es una parte esencial de la misma. Hemos navegado imaginariamente por ese mundo espléndido que es la religiosidad precolombina; hemos entendido la concepción exquisita que tenían nuestros antepasados de su mundo espiritual, de sus concepciones místico-guerreras, su ritualidad exuberante, sus templos maravillosos, su mitología prodigiosa, sus percepciones de la vida y de la muerte tan prácticas y armonizadas. Luego el sincretismo religioso. El Dios conquistador unido a los dioses tutelares aborígenes; un catolicismo popular que ha movido la conciencia de nuestro pueblo por cinco siglos. Esa es nuestra raíz verdadera. Pero sucede que en nuestro país una nueva “conquista religiosa” ha comenzado, la conquista protestante con su ideología occidental aculturizadora. Ellos han llegado a nuestro país queditos, misteriosos, casi imperceptibles; pues llevan como indumentaria religiosa elegantes trajes que a veces lo simplifican con la sencillez de una camisa y la corbata; la Biblia es el falconete que no lo dejan para nada: Son las fuerzas religiosas que nos ha enviado el Imperio para asimilarnos por completo: alma, corazón y vida. Es Mr. William Miller quien se apresta

a enfilear sus dogmas para someter el Tahuantinsuyo; Joseph Smith que desparrama visiones de su propio misticismo religioso; Barth que nos pregona su teología dialéctica y bailamos al son de sus alucinaciones.

CAPÍTULO II

LOS CÁNDIDOS DESATINOS DE PLÁCIDO CORNELIO

UN RETRATO DE CORNELIO

Ha nacido un nuevo “estadista” en la profunda oscuridad de Punta Blanca; falso Smérides que festina alegremente la confianza del pueblo y dio al través con su amigo generoso: Jamil Mahuad (el señorito de Carondelet). Negro en sus propósitos y apetencias, ligeramente calvo y barbado de malas intenciones; fiero alimoche diríamos al contemplar sus blandas plumas poblando el contorno de su cara. Por motivos de índole fisonómica, le llamaremos al presidente Noboa en adelante: Cornelio (pidiendo las respectivas disculpas a Cornelius, protagonista principal de la serie: “El Planeta de los Simios”).

En realidad, nuestro Cornelio Noboa no se parece en nada al místico centurión que creyendo en la palabra de Pedro, recibió la bendición del Espíritu Santo; el nuestro hace religión por hobby y por temporadas; es un robusto primate que está tan distante de Cornelio Nepote como de Pierre Corneille (el dramaturgo). Él se parece más bien a la “Rana Mofletuda”, aquella chisporroteada rana con que Pigres de Halicarnaso puso en solfa a los idiotas de su tiempo. Si las virtuosas cornelias de la vieja Roma, tuvieran el don de resucitar frente a tamaño agravio, seguro que aceptaríamos con humilde estoicismo unas buenas cachetadas. Nuestro solapado Cornelio no puede tener tantas virtudes, él a ellas las acecha pero ellas lo detestan. ¡Pobre plácido; pobre Cornelius Noboa;

Se ha dicho con refinada sorna, que nuestro Cornelio nació avejentado. Las viejas Greas también nacieron esquilgadas: canosas, arrugadas; tenían un sólo ojo para las tres porque la luz les era por demás innecesaria; el único diente que llevaban por portada, no servía de nada porque no tenían el sentido del gusto ni les apetecía nada. Suelto de ideas y preceptos; algo desgalgado... triste de vista y aliento; aligerado de lengua; buen parlanchín y belicoso de escopeta (de palo).

Cornelio Noboa dice no temer a nada ni esperar favor de nadie, pero eso, como todo en él es falso. En las ruinas de un Estado amorfo, siempre queda espacio para los conspiradores. Besso, confidente de Darío, no solo que le quita la vida a éste con infamia, sino que le convierte en la prenda infame con que pretende negociar con su enemigo. Juan Vicente Gómez traicionó también a su compadre de pernada, que no solamente le dio rango político y militar, sino sentido claro a la vida miope de este analfabeto; Cipriano Castro no lograba entender cómo un “general agrario” le quitaba de su puesto. Así también a Mahuad le ha quitado de su puesto, en ruin conspiración, precisamente su amigo de teje, maneje y sanjuanada; su amigo de parafarnalias políticas; su “maestro mayor” de acciones y omisiones: Don Placido Cornelio Noboa y Bejarano

A Jamil Mahuad le han traicionado (por obra y gracia de la ley del Talión), un séquito de hombres que por el imperio de las circunstancias han coqueteado con mil impunidades (los de Punta Blanca). El país ha vivido el motín de Esquilache, crudamente dramatizado por los mismos vivarachos de siempre. Se mezclaron para el efecto toda clase de especímenes; unos más enrarecidos que otros, endémicos la mayoría; eran de todo y para todo, manualitos; ellos fueron los encargados de dar forma y fondo a la infame farsa conspirativa. Y mírenlos si no son políticos de media suela, oportunistas de vara y media, marineros de agua dulce (aupados en sus cofradías);

ridículos facciosos de las nepóticas dictaduras velasquistas, y silenciosos seculares monstruorizados por las tendencias elitistas de monseñor Escrivá de Balaguer.

Cuentan con modosa ironía, quienes le vieron maniobrar estrechamente, que Cornelius Noboa se volvía loco por arrebatarse el poder al “señorito de Carondelet”. ¿Pero cómo era antes la relación de estos dos insignes margaritos? De mil maravillas, el uno más “sedita” que otro; una cortesía total; eran el amor hechizado de Calixto y Melibea en vías de engendrar un designio fatal para la patria. Luego, los viajes subterráneos de Cornelio a Punta Blanca para organizar la conjura; escondites furtivos para evitar apoyar a “su amigo” en desgracia; posturas y declaraciones en el diario “El Comercio”, dando revoltijos a sus ideas mal estructuradas, en pos de buscar coherencia para su insensatez conspirativa. Es que a nuestros queridos vicepresidentes (en los últimos tiempos democráticos) les ha dado un “no sé qué” desmesurado por abarcar la Presidencia (el poder). Los Valois en Francia, al igual que los Lancaster en Inglaterra, era unos frenéticos obnubilados por tomarse el poder a empellones: desproporcionados, ambiciosos, hacían de la moral pública un horrendo leprocomio. ¿Y qué decir de los Doria crucificando a Génova; los Cornaro a Venecia?

Carlos Julio Arosemena en su pequeño mundo fáctico, se creía un ilustre salvador de la patria, predestinado a lanzar la luz de Goethe en la temeraria senectud del velasquismo... y dale la puñalada por la espalda. A Blasco, Rosalía y Alberto, tampoco les ha faltado malas intenciones, es que las malas intenciones son una parte concomitante de la indescifrable ambición humana; el complejo de la ausencia; la zona puente de la que muy acertadamente nos han hablado don Sigmund Freud, Adler, Young y otros connotados psicólogos. La perversa ambición que tan nefasta ha sido en este mundo atarantado de poder y egolatría, hizo de Bonaparte un pequeño coloso envalentonado de pasiones, que gozaba con la constante idea de poner cadenas al vecino y humillarlo; hacer de su coartado mundo una mazmorra. Cesar Augusto, entre sobrio y desproporcionado, dio al través con amigos y coidearios para hacerse del poder con felonía y media. “El poder corrompe, decía un pensador, el poder total completamente”. El mundo de siempre con sana imparcialidad ha juzgado positivamente a aquellos hombres que le han servido con mística y desinterés. Hoy, son tan necesarios estos hombres, que la falta de abundancia mitiga en la escasez de la miseria.

Un día no menos memorable de aquellos que nos ha pintado la historia con las gestas de los grandes hombres, salió fuera de las enormes murallas del Palacio, un hombre que había vivido en el encierro señoreal que prodigaban las culturas orientales. Él miró al mundo exterior y se dio cuenta que el mundo no era el paraíso celestial que le habían mostrado sus sabios preceptores. El mundo exterior en el que le tocaba desarrollar su nueva vida era áspero y cruel, pobre, insalubre; tomó con ligero disimulo la punta de su vestido largo y secó discretamente las lágrimas que rodaban por los flancos de su rostro. Era Gotama que entendió que el mundo estaba aniquilado por las extremas ambiciones de los hombres; que el deseo era la causa máxima del sumo sufrimiento y la desgracia. El hombre para llegar a la felicidad plena debía despojarse del deseo y las desaforadas ambiciones; debía ser más espiritual y humanitario. Pues la humanidad y el humanismo son los preceptos nobles que deben guiar los actos de los gobernantes. El sueño por la felicidad del hombre no consiste en otra cosa que en una sana voluntad de servicio al pobre, al necesitado, al desamparado. Gotama busca al hombre espiritual, al hombre esencial; considera que el deseo y la felicidad en un determinado punto se contraponen, y es así como al tener a uno, obligatoriamente pierde al otro. Siendo así, San Pedro Claver logra conmover las fibras más íntimas del alma; este noble religioso que hizo del servicio al hombre esclavo, una práctica sublime de vida y apostolado. Albert Schweitzer, no solo que puso su vida al servicio del negro de

Lambarene, sino que buscó para él una vida dignidad y humanitaria. Buen augurio para el oganga blanco.

¿Y Cornelio Noboa y Bejarano? Habiendo llegado al poder por la vía Scelerata, cae absurdamente en la cotidiana estupidez de sus amados desatinos. Asesina al sucre por obra y gracia de su vil designio (responsabilidad compartida con el “señorito de Carondelet”); compra pleitos ajenos como si los nuestros no fueran suficientes (el ingenuo connubio con el polémico Plan Colombia); nos quiere engañar a diario con sus falsos desafíos a los banqueros “inextraditables”; pretende dar solemne feria al peculio del pueblo ecuatoriano (mediante las leyes “Trole”); pacta con Bucaram haciéndonos ver la cara de mamertos, y por último, como si todo fuera poco, nos habla en un lenguaje burdo, chabacano; imperfectamente “turulato” frente al sabio entender de cualquier común paisano. ¡Bien por el Cornelio! todo en él es una sabia confusión prusiana.

¡Sí señores!, presenciamos la reencarnación de las burdas barbas de Euristeo; le gustaría que ellas se desparramarán majestuosas como las de Zacarías, pero no, éstas son de fibra muerta de sajino o cabuya pisoteada de “guangudo”. A veces las peina con denuedo y otras veces no, pero en todo caso, no es menos cierto que de mil encantos le gustaría trasplantarlas en el chato frontal de su pelada bávara.

Por las noches, el personal de su servicio dice que no ronca, parecería que ladra; lleva un largo birrete de lana que no tiene parecido al guaraní peor de frigio, pero en todo caso calienta lentamente el largo cabezal que llena media cuadra. Sus zapatillas son largas y onduladas, puntiagudas; llevan aromas profundos que entorpecen sus reflexiones de alcoba. Para Plácido Cornelio, la noche no es un recinto celestial en donde se conjuga la tranquilidad de la conciencia con los infinitos acertijos del espíritu, sino una larga odisea de remordimientos que saltan y se despedazan, lo acusan; rompen su pobre estructura mental entre bruscos sobresaltos e insomnios sin final. Macbeth vive en él como presa de sus remordimientos, lo mira Banquo su amigo, le sonrío diariamente desde la silla en que Alfaro maldecía diariamente a monseñor González Suárez. La imborrable figura de Mahuad zapatea su memoria.

Pese a todos los criterios, me parece que Plácido Cornelio Noboa no es tan feo, pero es pavorosamente raro: de orejas amplias y deformes que a veces hacen de puente entre la coronilla calva y las hombreras encorvadas. Lleva por barriga una panza redondeada, abombada, repleta de camarón y chugchucara; su rezongo es insoportable, dicen que estridente. Cuentan que cuando nació, su padre entre el horror y el miedo, dijo: -¿Dios mío, es esto un hijo o un castigo?-

¡No! es la máscara de Melpómene que nace para aterrorizarnos. Esopo era feo y raro físicamente, pero divino de espíritu; Cornelio tiene bastante de lo primero y carece rotundamente de lo segundo, y como si fuera poco, de yapa nos queda lo astuto y traicionero. Una verdadera esfinge. Se dice que Margarita de Parma e Isabel I, también eran algo raras (a veces feas y otras veces bonitas), pero siempre ambiciosas y maquiavélicas; pero ellas en cambio eran muy hábiles para la cosa pública; el nuestro de eso no sabe ni entiende hostia (y ya se acaba su Mandato), pero el ridículo se monta en caballo chúcaro y parece balletista de kan kan trenzada de un huaso colombiano (?). Sancho Panza gobernando la isla Barataria.

Pero hablando de fealdad espiritual, hasta ahora yo no entiendo ¿por qué Cornelio Noboa traicionó a Mahuad? Pues las Sagradas Escrituras, de las cuales él hace tanta referencia, hablan de la amistad y el amor al prójimo; de la sinceridad y la lealtad. A los amigos hay que respetarlos y considerarlos y mucho peor si ellos han tenido la gentileza de estirarnos la mano y encumbrarnos hasta donde jamás siquiera percibimos. Pero no, Cornelio Noboa tiene sangre trashumante; el arribismo de Ballesteros

mandando al paredón a su amigo Riego; una sutil astucia zarigüeya que bien podría aterrar a la corte de los Trastámara.

Dicen que Cornelio era amigo del “Señorito”, como Aquiles de Patroclo, pero Aquiles tenía un concepto muy claro y sublime del respeto y cariño al amigo en desgracia; al verlo tendido en la larga campiña del combate, levantó su brazo y lo puso en ristre; juró vengarlo con su propio puño, y en verdad que así lo hizo. José Antonio Páez por el contrario, no solo que defraudó a su antiguo amigo y maestro (Bolívar), sino que le hizo presa oculta de su conspiración malsana; Santander le secundaba. Pues ellos no dudaron un solo instante en buscar y presagiar la muerte del amigo, perturbando infamemente su imagen majestuosa frente a los designios trágicos de la historia. Damón y Fintias también eran amigos, de aquellos que muy sabiamente creó la ética grecorromana. Damón asesina, huye; su amigo Fintias queda preso garantizando el retorno de su amigo para cumplir la condena. Cuando todo mundo presagia que jamás Damón retornaría, el amigo retorna para cumplir su condena. Eso es el respeto a un amigo. Pero ante la carencia de valores y escrúpulos, no hay ningún reparo en dar al través con el “amigo”. Caracalla ordena satisfecho que se quite la vida de su hermano Geta; Felipe Augusto vende y estigmatiza a Ricardo.

En este mundo lleno de flacas enseñanzas y opulentas ambiciones, Cornelio Noboa debería volver pacientemente su mirada a Sócrates. Él en sí constituye una reconfortante alegría. “Sócrates lo es casi todo” decía Plutarco analizando con metódico detenimiento la vida de los hombres más preclaros de la historia. Él lleva la sabiduría como una noble y sencilla norma de vida; Sócrates haciendo de la virtud un camino armonioso de paz para sembrar de respeto a un mundo trillado de violencia. Anito, Meleto y Licón, sentenciaban por envidia al hombre que pregonaba sabiduría y paz al mundo, en una época en que el odio era una formalidad pagana para avasallar todo aquello que pregonara libertad de ideas y acciones; Sócrates no moría, simplemente daba su última enseñanza de que la muerte apenas es un eslabón de la vida. Pero el nuestro no, en un satánico momento de ambición y desafuero, sin esfuerzo alguno, ha logrado reprisar la de Caín y Judas. Pues habiéndole facilitado un puñado de traidores materializar su malsana sevicia, Cornelio Noboa se ha permitido burlar los anhelos y esperanzas de su pueblo. “El Juramento de los Horacios”, gavilla de ambiciosos desproporcionados que más que darnos pena nos matan de las iras.

¡Salve Plácido Cornelio Noboa y Bejarano! En honor a la verdad, no se encuentra a la altura de los acontecimientos. A la caída de Mahuad, todo el pueblo lo miró con su rostro sudoroso de esperanza y levantó sus manos al cielo en busca de una somnífera redención (de aquellas que jamás llegan a los pueblos empobrecidos de ilusiones), sonaron por adelantado las campanas de Basilea, pero Cornelio Noboa hizo de la oportunidad un contrapiso y a sus torpes imprudencias siguieron las desavenencias. Se ha salido de sí mismo pretendiendo dar la imagen de ser otro, y se ha hecho tan vulgar que a veces raya en el ridículo. Por salvar su Gobierno, ha cometido un craso sacrilegio contra la moral pública: ha pactado con la corrupción. En las sombras tenebrosas de la fragua de Vulcano, dos amenazas públicas conversan de sus infortunios: Bucaram con el Gobierno. Los dos no saben cómo deshacer sus desaciertos; buscan penitencia moral pero al no encontrarla aceleran el mal en contubernio impúdico. Los dos han podrido con su aliento. Y eso hiere a los hombres de bien que esperaban mucho de este modesto catedrático, que en el surtir de la debacle, era la máscara obituarial que reflejaba serenidad, reposo y templanza (nada de eso ha sucedido).

¿Acaso la ambición por el poder, es una causa suficiente para atropellar todo aquello que se llame lealtad, virtud, y moral pública? Para Melgarejo y Pigmalión, el

asunto del poder tenía una connotación propia, para ellos la cuestión era un asunto de arbitrariedad y fuerza; hartarse de riquezas y poderes mal habidos. De la Serna, por su parte, en el pináculo celestial de las sumas arbitrariedades en donde el uso y el abuso del poder hace su agosto, disfrutaba poniendo marcas en las ancas de los indios (y las reses); disfrutaba intensamente viéndolos claudicar, de rodillas, sin que lo miren a los ojos. Era un “austria” en pequeñito que gozaba odiando a los “impíos”.

Y retomando el asunto de Cornelio Noboa, decíamos que él ama el poder con insistencia; dice que nos ama a nosotros (el pueblo), a los niños, a los pobres; pero lo que no sabemos en verdad es si nos quiere o nos desprecia con cariño; si nos tolera o nos segrega con pudor. Lo cierto es que él pertenece a la noble oligarquía, a los banqueros de cepa, a los cofrades de la Junta de Beneficencia y a los gardingos del club “la Unión”. ¿El resto?... el resto solo somos pueblo bárbaro, quishcas, comunistas infralapsarios y negros mandingos del batey. Es que los ecuatorianos debemos comprender la engorrosa situación en que se encuentra Cornelio: él proviene de las nobles familias que han tenido la bondad de gobernar el Ecuador decentemente; nosotros solo somos cuarterones; él de los Moran Butrón, nosotros de los quillasinga; él un político bien formado (apuñalando la Constitución con un “cuchillo de palo”), nosotros “coroneles golpistas” acolitados por los “indios sin calzón” (o viceversa); él de los nobles “Puñonostro”... nosotros Farinangos del Portón. Y así la vida hecha un yaraví, cantado alegremente por un demócrata compadre: don Ricardo Ulcuango y Picalquí.

LA IMPONENCIA DEL CEREMONIAL

Su excelencia el Presidente camina sólo, veleidoso y arrogante. ¡Va leve, va ligero, parece que se va a caer... parece que se va a caer, se cae;... no, están a su lado generales.

Es la imponencia del ceremonial que se vive en Parcayacu, y su excelencia el Presidente disfruta del ceremonial profano. De sus ojos exaltados brincan chispas de avalancha y goza de la sensación que le causan los honores. Cornelio, Cornellito anda con “las nalgas al vaiven”.

El rugir de las trompetas le causa un éxtasis indescriptible; su ego se dilata. Pero sigue caminando erecto de trivialidades. A la distancia, una multitud le espera en la tribuna con “vivas” estereotipados y sonrisitas de carmín. El Presidente sigue enhiesto al ritmo de Strauss y Wagner. No puede ni siquiera caminar pero para el efecto marcha: los festejos de Odin comienzan y Cornelio se encuentra solo, rechiflado de ilusión.

¿Por qué la divinización de los hombres a los cuales el pueblo tan solo les ha encargado el poder? Honores por aquí, honores por acá; guardias para la empleada, seguridad para hacer el amor. Y siguen los dispositivos, los grandes despliegues de seguridad. Se dice que Alejandro Magno dejó de ser tal, el día en que aprendió a las persas a vivir como un verdadero rey. Antes, era un sencillo soldado que tragaba polvo bajo el sol canicular; su dormitorio era una carpa sucia acompañada de un mísero catré; en ese entonces, su alma era verdaderamente inmensa y sus sueños un pedestal. Luego, cayó paulatinamente en la mísera vanidad; loco, entontecido por la rabia de las glorias, se hizo cruel e inhumano; intratable. Poseía a las mujeres con la ansiedad de un animal; no discriminaba si eran hembras, machos o de cualquier sexualidad. Se hizo adorar solemnemente como hijo de Júpiter y Ra. De aquel inmenso hombre, solo quedaba la irracionalidad. El ugandés Idi Amín, una vez hecho de poder, también dio rienda suelta a sus pasiones y abusó estúpidamente con la tontería de la sinrazón. A su hijo de seis años lo disfrazaba de militar, y hacía que se le rinda honores como si fuera un general.

Pretendía humillar a todos... no existía la racionalidad. Es por eso que doña Delia Ibarra (madre y maestra del doctor Velasco), combatía todo aquello que se llame honores, lambonismos, protocolos e insípida urbanidad: -¡Por favor!- le dijo un día al coronel Astudillo que era su edecán -No le diga a mi hijo: Excelencia, excelentísimo o don. Dígale simplemente Presidente o doctor-. He ahí de donde nace el gran espíritu ascético del profeta redentor.

Cuando el excelso Presidente se aproxima a la tribuna, la multitud le aplaude, le mima y le sonríe. Él se expande disimuladamente y se apoya en las puntillas del calzado. En honor a la verdad, parece que no mira a nadie (se mira sí mismo); los aplausos más rabiosos provienen de los oportunistas. Luego, toma asiento y respira profundamente revoloteando su cabeza (hay un remezón en la tribuna). La ceremonia inicia y él se sienta a disfrutar acompañado de sus ministros, ministritos y algunos ministros. ¡Salve César, salve Plácido Cornelio!... “¡Los que vamos ha morir te saludamos!”. Allí en ese escenario es donde él vive, degusta y gorgotea; cuando le llenan de lisonjas, adulos y flirteos. Los hombres serios y frontales no son los bienvenidos. Al igual que a Luis XI, le gusta rodearse de adulones, mercachifles, ocultistas, hechiceros, charlatanes y demás rufianes de la vida; le gusta las bromas soeces y ordinarias; menosprecia a los valientes y a los intelectuales; le gusta que los hombres comunes y silvestres le adulen hasta decir basta.

En el inmenso Campo de Marte que da solemnidad a la parada, se observa un cortejo de tropas que permanecen quietas, aparentemente inmóviles. Apenas si se siente un frágil ondular de los flamines y banderas. Los morriones runrunen; las casacas desafían, y en medio de un torrente chismorrear entre dimes y diretes, el discurso continúa.

¡Ha muerto señor, ha muerto el arte y la palabra! Este luto sin igual que recoja nuestras almas. Que pena, ha muerto el verbo de Dios y la pulcra santidad de las ideas. ¿Qué pasó con la hermosa oratoria de Camilo Ponce Enríquez o Guevara Moreno? Simplemente ha fenecido. Inútil será pedirle más de lo que la natura le presta. O como decía Baldomero: “Es como pedir peras al olmo”... Entonces ¿en dónde queda Gaitán o la oratoria del cura Saavedra y Fajardo? En este minúsculo discurso no existe ni ideas ni estructura; no existe nada. Soledad de multitudes, soledad; en esta frondosa tribuna solo hay un aroma de viento y designios que olvidar. Luego, el discurso de su Excelencia continúa (el bostezo general es una señal de pena y desobligo). Discurso equivocado en su temática e ideología; pobre. Buteflika el temerario parece una golondrina comparado con el guerrero belicoso entrenado en Punta Blanca; Savimbi no dice nada; Kabila (al escucharlo) se atemorizaría. ¿Cómo es posible que en una fiesta cívica se ponga a hablar de perfidias y resentimientos? En esa instancia Cornelio suelta su baba boba con diatribas y menoscabos; promete, jura, comete apostasía, y sus cabellos despoblados se ensortijan en la lengua. Así no, así no puede hablar... pero su lengua flatulenta se contrae y se dilata, se adelgaza, se entrevera, y sus latidos se apresuran en una voz de catarnica que se aspergea en el micrófono. ¡Habla José María Pemán, el más grande de los oradores de habla hispana!... ¿José María Pemán? Ni la majada. Pero no, la malsana intención de Cornelio Noboa ya raya lo inaudito. El no está hablando para los militares que hacen de auditorio; él está hablando para los políticos que le han salido al paso para que enmiende su porrazo de garrafalidades. A Calígula no le gustaba por ningún concepto que le critiquen sus errores. La impunidad es la sabia santificación de sus acciones. Le gusta que sonrían y que le mientan. “Que le odien pero que le teman”.

Al hablar de ese modo delante de las unidades militares, él piensa que frente a él, solo hay petacas, fusiles y pendones. La vieja manía de los presidentes de soltar discursos en las “santas barbaras” de los cuarteles, no ha cambiado para nada: Velasco

Ibarra vociferaba desde el Eplicachima para demoler al Frente Democrático Nacional; Arosemena Gómez desde la Orellana; Isidro Ayora desde “La Recoleta”. Los cuarteles convertidos en tribunas jacobinas, y después: ¿Por qué los militares se toman el poder de la República? Ni una sola frase espiritual para esos hombres que se nutren de civismo; ni un sólo halago misericordioso para el pueblo entumecido; ni una palabra de recuerdo para los gestores de la fiesta patria. El Presidente solo aflora sus rencores, sus enanas frustraciones y sus vagas presunciones de estadista. Pero los militares tampoco escuchan... les aburre los discursos mal montados, la demagogia; pues en el cristal sublime de su conciencia, late un dolor amargo causado por la felonía. Pero Cornelio vocifera, todo en la patria le parece malo: El sistema parlamentario, el Tribunal Constitucional, la funciones del Vicepresidente, el voto obligatorio, pero pudiendo cambiar no lo hace. Cuando Fidel Castro llegó de visita breve al Ecuador, el doctor Velasco Ibarra, en un rebato de romántica emoción le dijo: - ¡Admiro su revolución! - A lo que el líder revolucionario sonriente respondió: - No admire, está en sus manos, hágala-

Cuando un gobernante persigue el verdadero cambio, no se anda fisgando por las ramas; el bien común no puede estar limitado ni siquiera por los ribetes del constitucionalismo; la Constitución es apenas un instrumento del que se vale el pueblo para estructurar y alcanzar sus aspiraciones, pero jamás su fin. Resulta que en el Ecuador se ha convertido a la Constitución en la muletilla de madame Poisson; se la usa a gusto y disgusto; de acuerdo a la gana y conveniencia de cualquier cacique partidario; ella está en la boca de todo político “sangravenas”. El asunto para De Valera no era una cuestión de “insuficiencia de leyes” o carencia de organismos eficientes, la cuestión estaba en la pronta y severa aplicación de las leyes; la exigencia puntual a cada organismo y funcionario de gobierno, a fin de que el servicio y la justicia nunca fallen. Y he ahí el éxito de Dracón y Licurgo; la sabia perpetuidad de Zaratustra. Catalina II de Rusia, acostumbraba a vigilar personalmente a cada alto funcionario de su reino, perseguía con ufana insistencia su vida personal y su eficiencia; a los de buena ralea les prestigiaba con todo lo que estaba a su alcance, y a los malos les confinaba a Siberia. He ahí una mujer con temple varonil de gobernante. ¿Pero nuestro Presidente qué?...él solo dice y se desdice; ofrece reformas, se embolsa de dicitos, ofrece falsos idearios y no tiene la menor voluntad política de hacerlo. Stokovski al comparar los dichos con los hechos de Cornelio, diría sin dudar: “Toca el piano con escrupulosa fidelidad al mandato evangélico; es decir, su mano izquierda no sabe lo que hace la derecha”.

En aquella pomposa ceremonia, el Presidente ha ofrecido “salvar a la patria”. ¡No sufráis pueblo temeroso! Pierre Boyardo, caballero sin miedo y tacha se nos pone por delante; nadie dude, nadie sufra, en el glorioso puente que le convirtió en leyenda defenderá a rajatabla la dignidad de los vencidos... ¡temerario discurso!... de tan solo escucharlo se acongojan las arañas. En el sol de Parcayacu se vive una verdadera fiesta revolucionaria... (la tropa duerme); en un sólo paquete de proposiciones, Condorcet brama contra la injusticia; Marat salpica su iracundia contra montañeses y cordeleros; Shu Te pregona la guerra sin cuartel contra todos los opresores reaccionarios; Charlotte Corday quisiera beberle la sangre de su pecho, no por celo revolucionario sino para nutrirse de su despampanante vigorosidad de macho (?)... En realidad sus “benditas” reformas no inquietan ni siquiera la rústica paciencia del brioso “Rigoletto” (viejo caballo de estampa), en cuya neurótica mirada se refleja la dulzura talentosa del ministro de Gobierno. Los políticos se le ríen a pernada suelta porque conciben que él no puede o no tiene las agallas para hacerlo. La verdad es que a este ilustre Mandatario, se le ha enclavado la reversa por la mente. Le han salido despotricajos por posturas y

sandeces por principios, y es así como entre prédicas y medios salmos, nos quiere de vuelta y media hacia el pasado.

Por el costado derecho de la tribuna, el monumento a Eloy Alfaro se despliega; las flores despabilan, cantan los cardos y en medio del dulce zapatear de los caballos, la tribuna rumorea. Es el viejo cocinero del cuartel quien se da su carcajada; y se sale votando el arroz con la olla de menestra; y busca a tan dilecto orador y de pronto se embelesa. Luego se reúnen muchos posilleros para hacer la juerga; a lo lejos divisan la tribuna, casi nadie pestaña. Epafrodito con su discurso causa masoquismo en el pueblo epicteniano; la tropa engalanada duerme una siesta magistral que hace de trípode el fusil liviano.

Dicen que Demóstenes era algo tartoso y gago, pero que practicaba oratoria todos los días poniéndose unas piedras en la boca; su constancia y perseverancia lo convirtió en el mejor orador de aquella época ¿pero el nuestro qué? Ni siquiera ha repasado el discursillo de ese día. Isócrates le cobraría el doble a este ilustre orador: Primero para enseñarle a callar y luego para enseñarle a hablar. Pero ese no es el caso, lo triste es el hueco mousteriano en que navegan sus piezas oratorias; su vocabulario vulgar e incontrolable; sus chistes rústicos y mundanos. Es por eso que Cornelio nos sonríe con una dulzura de “Platero”, levantando su labio superior hasta lamerse la ternilla; él sabe que tenemos una cruz en el cerebro que nos obliga a ser sumisos y obedientes; llevamos dentro de nuestro ser cultural el “síndrome del patrón” y la plena vigencia de la “cultura de la injusticia”. Y es precisamente en ese punto en que Eurípides echa fuego enfrentando a la falsa actitud de los preceptos; pues nada más intrascendente que una moral sin dogmas, ni nada más corrupto que un dogma sin virtudes.

Nuestros dilectos gobernantes han hecho del conformismo popular un gigante imperio debilitado por la escasa fe y la empobrecida razón. Allí sí, Bayaceto gobierna impunemente sobre la cabeza motilada del mongol; Radalgiso hace de la arbitrariedad la solución indiscutible de la vida; Tamerlán levanta su bota puntiaguda para pinchar los ojos ciegos de los humildes transoxianos. La muerte del bárbaro es la ley natural que impera en los pueblos que no tienen por virtud el respeto a la dignidad humana: el bárbaro no concibe a la vida como la máxima expresión de la creación divina, sino como un instrumento miserable a disposición de una voluntad suprema. Y así se nos ríen a mandíbula batiente, los señores “poderosos” que tienen a bien gobernarnos, ahijando con su espuela de plata nuestros escasos reflejos (de frigidez histórica) que cada día nos hace más indiferentes. Y miren ustedes como se hace la magna cháchara de un lado para el otro. Cornelio Noboa quiere de pronto parecerse a Kruschev golpeando su zapato en la frente de los desvalidos, pero el ridículo le sale al paso, y en definitiva se lo ve como un bípedo implume, metamorfosis de un cuadrúpedo partido. Mitra es el Dios del bien, un enemigo natural de Cornelio “el conjurado”.

Y siguiendo con el dulce tema del discurso discurseado, la patria entera se queda atónita de ver tanta ciencia blacardina en el cerebro de Cornelio. ¡Engañame golilla! decía un ciudadano murcio cuando los carlistas fracasaban. Para un pueblo desfallecido tan sólo es necesario una frase de esperanza. Jorge Eliécer Gaitán al estrangular las fibras más íntimas del alma del pueblo colombiano decía: -Pueblo, si me adelanto seguidme; si me retraso empujadme; si os traiciono matadme- Y en verdad que le hacía delirar al pueblo. Pero Cornelio no, él con sus discursos nos hace padecer; lleva la tara obsesiva del sátiro Lequíás, al cual le gustaba matar a cosquillazos aplicando plumillas en las plantas de los pies descalzos; viendo a sus víctimas despedazarse de la risa; sintiendo su desesperación macabra. Al valeroso Casio por hacer el bien a los desposeídos, el Senado romano le condenó a lanzarse de la roca Tarpeya; al nuestro, al

Cornelio, por hacer el mal por lo menos deberíamos lanzarle por un lado del Chiriculapo. Y así, dicen que en Alcalá de Henares, los jóvenes estudiantes se peleaban por escucharle hablar al cardenal Cisneros; era un lujo que no podía darse cualquiera. Por escucharle hablar a Pablo Iglesias, los esquilmados trabajadores catalanes suspendían sus labores; todas sus palabras tenían un tono magistral que llevaba a los nacientes sindicatos a mirarlo como a un ídolo divino. Jovellanos, no solo era un pensador y escritor de primera, sino que su verdadero fuerte era la palabra y que hasta los más recalcitrantes inquisidores (los últimos) se prendaban de su ímpetu. Y en nuestra patria, en nuestra querida patria, por escucharle hablar al lírico Cornelio... por escucharle hablar al lírico Cornelio... hasta los gatos de la esquina se disparan. Y Cornelio fresco, vociferando alegremente en su pequeña isla de Quíos, en donde el pude decir y sentir cualquier barbarie.

VUELVE LA HISTORIA TRÁGICA DE UNA LATINOAMÉRICA PISOTEADA.

El asunto del **Plan Colombia y la concesión de la Base de Manta**, no deja de preocupar al más indolente de los ecuatorianos: Nos inquieta, nos estremece, nos quita el sueño; cavamos y recavamos en la historia y ella no deja de rendir cuentas pavorosas que desembocan en el desencanto. El hecho de entregar una base militar a un país extranjero e involucrarnos en un conflicto ajeno, nos vuelve a la memoria el fatídico paso del imperio norteamericano por la desvencijada historia de los latinoamericanos. Es así como el **alma de Francisco Bilbao** se exaspera en una urna de cristal que vibra la identidad y el pundonor de los latinoamericanos; José María **Samper** levanta su epitafio para darnos una frase de consuelo; **Jacinto Gutiérrez** reza desde el más allá invocando la memoria de Bolívar. ¿Y Plácido Cornelio Noboa y Bejarano? ¿Y Plácido Cornelio? Él bien gracias, a gusto con sus sanjuanadas.

En la noche triste de la historia latinoamericana, plagados estamos **de traidores, testafierros, vendepatrias y sarcófagos**. Y algunos nos han hecho ver la cara de tontos e ingenuos. Los gobernantes latinoamericanos para desgracia de sus pueblos, han sufrido siempre del Síndrome de Felipillo. Solamente así, ellos han podido estar quietos y dispuestos; hartados de recibir prebendas de sus auspiciantes. La dignidad que pregonaba **Martí**, consistía en ofrendar respeto al pueblo norteamericano pero a su vez exigir dignidad para nuestros pueblos. Esa era la palabra: ¡Respeto!. Los valerosos araucanos ante la fiera acometida de los rudos colonizadores (que pretendían imponerles su yugo estafalario), pusieron su pecho por delante y enrostraron con orgullo (el asunto de su libertad). ¡No! Les dijeron impetuosos, con un solo grito tenebroso que nacía de sus gestos valerosos. El asunto de "**La Araucana**" conque **Ercilla** pretende exaltar su valentía y la de los conquistadores, es puro cuento. La verdadera valentía de los Mapuche, nació de la necesidad vital de ser sus propios dueños y señores; de ser plenamente libres y soberanos. La integridad de su cultura era el infatigable móvil que mantenía latente su espíritu combativo. Esto lo entendieron plenamente nuestros "filósofos" latinoamericanos de la época republicana.

Un Presidente vendido a los fieros intereses del Imperio y las oligarquías. Un oligarca consumado. Pues por el estrecho camino en que hemos andado los latinoamericanos, han existido hombres que han dado luz y dignidad a sus pueblos oprimidos. **José Enrique Rodó** fue el precursor de la libertad ideológica de Latinoamérica; un humanista completo; pedía irrestrictamente respeto para la cultura e identidad latinoamericana. **José Ingenieros** no muy distante de éste, pedía el engrandecimiento de la "neoraza latinoamericana": -El deber de los orientadores- decía

-es no burlarse de los débiles ni ser cómplice de los fuertes... Es despreciable todo cortesano de la mediocracia en que vive; triunfa humillándose, reptando, a hurtadillas, en la sombra, disfrazado, apuntándose en la complicidad de innumerables similares”. Y desde allí viene una retahíla de pensadores que según **Montaner**, constituyen unos “Fabricantes de Miseria”. Pues resulta que todos estos pensadores coinciden en afirmar que Latinoamérica necesita autenticidad, “pensamiento vivo”, libertad, dignidad humana, conciencia social, trascendencia, actividad ética y moral. Pues por este camino los veremos transitar brillantemente a **Vaz Ferreira, Korn, Romero, Caso, Zea** y otros dignos representantes de nuestro “humilde” pensamiento. Pero ellos a su vez (y esto es lo que le molesta al Montaner), se muestran antipositivistas, como quién dice adversos a los “nordicos desarrollistas”, capitaneados por Adam Smith, David Ricardo, Comte, etc.

Con el paso de los años, hemos perdido libertad para beneficiarnos de la mendicidad. Mendigos de los organismo de financiamiento internacional; mendigos de las transnacionales; mendigos de los organismos internacionales; mendigos de la materialidad; sirvientes de los hegemónicos que nos prodigan indignidad. Eso es Cornelio y sus congéneres los socialcristianos. **Cicerón** decía: “Ningún estado, excepto aquel en que el pueblo tiene poder supremo, puede albergar la libertad”. Pero este signo espiritual llamado “libertad”, no tiene ninguna connotación en la escala de valores de Cornelio y los de su clase; su consigna sacrosanta es comer y devorar, sin importar el costo; comer y devorar hasta morir de empacho. **Los nobles criollos mexicanos**, con tal de no perder sus privilegios, no sólo que pidieron tener su emperador propio (con Maximiliano a la cabeza) sino que le imploraron de rodillas para que acabara con los “indios revoltosos”. Los **nobles terratenientes venezolanos**, en un hálito de locura incomprensible, no sólo que quisieron yugo y protectorado de Inglaterra, sino que además, la reina Victoria no alcanzaba a comprender cómo le querían obsequiar hasta el territorio de Guyana. Y así, **en un día de aquellos no menos memorables, apareció en el espectro latinoamericano** un hombre corpulento de aspecto nórdico y campechano; sólo había aprendido en su vida del glorioso arte de matar y acribillar; le sudaban sus manos por degollar a los hombres de rostro bronce-cosmopolita. Resulta que se hizo de otros dos bandoleros (**William Kinney y Byron Cole**), hijos malditos de Creonte; y se dedicaron a robar y asesinar personas; mercenarios inmundos, en nada diferentes a él pero más criminales; de mente troglodita, les gustaba violar a las mujeres para saciar sus alteraciones mentales; en boca de Unamuno no serían más que unos enloquecidos hijos de Halía, desesperados por violar a su propia madre. **William Walker** se llamaba el “conquistador”, un virulento engendro de Satanás, por maldición y mala ventura hecho hombre; de tal manera que el capitán Cook y Guzmán del Alfarache, le quedan como niños frente al perfil mefistofélico de éste. ¿Y cuántos problemas no daría este loco? En un hermoso verano llegó a México y creó el estado de Sonora; luego bajó a Nicaragua y se tomó otro; no contento con esto y auxiliado por la Armada norteamericana, bajó a Honduras y quiso tomarse otro. Sólo porque no le convenía a Inglaterra, y en un gesto de “nobleza inusitada”, le capturaran y le entregaran para su respectivo fusilamiento.

En un mismo acto de complot maligno, **don Cornelius Vanderbilt** (no es nuestro Cornelius, por si acaso), llamado empresarialmente como “el rey de los ferrocarriles”, se tomó por engaño Nicaragua y creó la monopólica ruta que había de darle una fortuna incalculable. Pero para gracia o desgracia de los latinoamericanos, nos dejó sentado un nuevo precedente maligno, catastrófico; pues nos enseñó que para defender los intereses norteamericanos, tan solo era necesario financiar golpes de Estado y aunar conspiraciones. A don Cornelius Vanderbilt, en Centroamérica, en verdad que le trataron como a un rey normando (su cabellera rubia les recordaba a la de

Pedro de Alvarado); pero a él le gustaba burlarse de la manera cómo la “nobleza criolla” buscaba y se granjeaba sus favores; bueno, él compraba todo y de todo: diputados corruptos, funcionarios de alcoroque, gobernantes de pacotilla, mujeres de alta alcurnia. Era el duque de Lerma corrompiendo afanosamente a toda la burocracia pestilente. Hasta que un día don **Frutos Chamorro** pretendió salirle al paso, y don Cornelius, con el dolor del alma tuvo que sacarlo con los pantalones bajos y las narices punta arriba. Pero éste es el **Chamorro** aparentemente bueno. ¿Y el resto: **Pedro Joaquín, Diego Manuel, Emiliano?** Todos puestos al servicio directo de los norteamericanos. ¿Y familia **Keith**? Ya entronada en el ámbito centroamericano como dueña y señora de las plantaciones, no daba el brazo a torcer. La United Fruit cargaba con indios y todo, y daba látigo sin miedo. Centroamérica se había convertido en una enorme hacienda de los **Chamorro, Sacasa y Somoza. Los Meléndez Quiñónez** que no sabían de qué manera congraciarse con los norteamericanos, también entregaron su patria salvadoreña. Y el asunto seguía tratado a “patada limpia”. Pues si observamos con detenimiento esta situación, podremos encontrar en el modus operandi de estas familias centroamericanas, un patrón de conducta similar a toda la nobleza latinoamericana: prejuicio, racismo, servilismo y explotación. Por eso León Troski tenía un concepto muy genuino de la nobleza, de la pobreza, de la riqueza y la pasión. Noble como fue de cuna, renegó de ella por considerarla holgazana; la riqueza le indignaba por las flaquezas que creaba en el espíritu humano; la pasión para él era la fuente de vida e inspiración, y la pobreza, un sacrificio noble que templaba la voluntad del hombre y le daba sentido a su existir. Su profundo sentido de la austeridad rasgaba en el anacoretismo: - Todas las cosas que son buenas para mí, me parecen malas- decía- precisamente por ser demasiado buenas-

Y cuando hablamos del triste papel de la noble oligarquía ecuatoriana, también se nos parte el alma. Noble el Cornelio Noboa, noble Sixto Durán Ballén, noble Febres Cordero, noble Borja. Juan José Flores nos quiso devolver como colonia a España; García Moreno también nos ofreció como colonia a Francia; el Presidente Antonio Flores Jijón nos quiso entregar al conde D’Osza y a los prestos acreedores de la deuda externa; el presidente Luís Cordero y Plácido Caamaño fueron los autores de la famosa venta de la bandera. Eloy Alfaro ¿cuánto no se esforzó por entregar el Oriente ecuatoriano a los acreedores ingleses, en el famoso contrato Charnacé? Pero además, en aquella época se cuestionó el “Contrato del Ferrocarril” firmado entre el Estado ecuatoriano y Mr. Hartcher Hartman; el intento de EEUU de arrendar Galápagos por cien años. Que yo recuerde, jamás Estados Unidos ha arrendado su territorio o ha permitido que cualquier país le ponga una base militar. El samanda Siddartha decía compungido: “Ve y camina pobre, solitario, abandonado, pero jamás permitas que se viole tú intimidad”. Cuba ha permanecido pobre y solitaria y jamás ha permitido que se viole su dignidad. Es que el vivir en pobreza, no es suficiente razón para vivir sin dignidad.

La soberanía y la dignidad nacional, es necesario conservarla a cualquier costo. Es por eso que el pueblo ecuatoriano ha puesto su voz de protesta frente a la arbitrariedad del Gobierno de conceder una base militar en Manta para uso de los norteamericanos. Y Heinz Moeller (nuestro ilustre Canciller) hace caso omiso porque piensa que quién piensa diferente al Gobierno, no merece el crédito de los confabulados. El espíritu entreguista de Tu Duc ronda por las inmediaciones del Palacio; el reyezuelo de Camboya rinde pleitesía a sus denigradores; el de Birmania se arrodilla, y el más terrible de todos, el de Siam pide armarse juntos para oprimir a su pueblo y cumplir con el gusto de sus colonizadores. Ceder con prestancia inaudita la soberanía nacional, no es un asunto de simple trabucada: ¿con este Canciller de amigo, para qué enemigos? Es

que es fácil comprender, nuestro dilecto Ministro ni el mismo sabe con certeza si es alemán o ecuatoriano; no sabe si es del pueblo o Social Cristiano, pero es, y es esa la duda existencial que nos pone en guardia a todos los ecuatorianos. Los sultanes turcos eran un núcleo familiar de potentados cuya única fe consistía en abotagarse de poder y dinero; los nobles magiares tampoco sabían si eran mongoles o cristianos; pero nuestro Rubén Inmunda sí, él sí sabe que es un indio fuerte y revoltoso, dueño de su pequeño mundo enquistado en la profunda Amazonía. ¡Al Ecuador se lo ha vendido por un plato de lentejas; El alma de Adolfo Díaz recorre por nuestros corredores; Heureux ladra de contento; los hermanos Siles se acuartelan en los ministerios para darnos riña; Jecker es voz y vida en las relaciones exteriores. Y las mentadas recompensas nos vienen por limosnas.

Al parecer, el canciller Moeller sabe de diplomacia lo que Cantinflas de estrategia, pero la trastada es su delirio. El ministro Manuel Godoy se decía patriota y pensaba pasarse de vivo vendiendo España al imperio de Francia; él pactó en Fontainebleau con Bonaparte para hacerse dar un principado en Portugal, pero el pueblo no sabía nada; pero acontece que los franceses lo engañaron y su patria se convirtió en un país de ocupación y muerte. Y mi pregunta sería: ¿Qué le ofrecieron a nuestro Canciller para que ceda la Base de Manta?... De eso no se sabe ni se dice nada. Pausanias traicionó a su patria en busca de arranches personales. Y luego sáquenles si puede; la desproporcionada ambición le convirtió a Godoy en un feo arlequín hediondo para sus conciudadanos y Petain tuvo que pagar con la vida su vil y descarada traición. Pues es muy claro y sentencioso que la presencia militar de un Ejército extranjero en un país cualesquiera, es un signo de ocupación, dependencia y humillación. Y el canciller Moeller nos quiere vender por poco y nada. En mejores tiempos y por menos (a los traidores) hasta los enjutos bosquimanos empalaban; los hotentotes mutilaban y los sagaces tupinambas devoraban. Pero el nuestro sigue vivo, tranquilazo, luego de habernos vendido como le vino en gana. Y el entusiasmo de Job, de responder, nada.

Y Plácido Cornelio (con una calma franciscana), da su bendición profana santificando los errores. El famoso Plan Colombia y la Base de Manta podrían convertirse en una tragedia de Atlante. Pero Cornelio Noboa es el tonto útil azuzado por Mardonio. Quienes tengan oportunidad de ver, mañana tan solo serán un par de aviones; pasado mañana un pequeño contingente; traspasado un componente militar; cuando sea demasiado tarde todos involucrados en la guerra. Pero aquí no pasa nada. Nuevamente se vende la bandera con la sana complacencia del Congreso y la oligarquía. Cuando monseñor González Suárez se enteró de la intención de arrendar el archipiélago de Galápagos, inmediatamente puso el grito en el cielo y dijo: “Hay que atajar el terrible mal”, y el mal se atajó aunque sea a medias. Pero ahora no, aquí no se ataja nada a nadie y todo es un delirio de sobornos y limosnas. Cuando las circunstancias ameriten, los neo-colonizadores no tendrán ninguna duda en tomarnos por asalto; de tal manera que el día de la guerra, estaremos todos juntos bebiendo de la misma pócima, y el escurridizo canciller Moeller en compañía de Cornelio, de seguro no estarán en el frente de batalla para rendirnos cuentas... ni salvarnos. A los traidores en España les llamaron los “afrancesados”, a los nuestros cómo les diremos... ¿los norteamericanizados?

¡Oh amo Plácido Cornelio (Viracocha), toma la toglla y úsala en nuestros pulgares, cuélganos; pon cualquier valor a nuestra piel flaca y blancarduzca, escarpélanos; danos de latigazos hasta que el acial enronche por lo débil; písanos los ojos que soportan la ignominia; extírpanos la lengua al compás de tu formón filudo, pero déjanos exilarte de la mente, abandonarte en la memoria para sembrarte en el olvido!

El asunto de la globalización y el neoliberalismo es otro capítulo mal abordado por el Estado ecuatoriano. Pues resulta que a nombre de una libertad económica a ultranza y la integración económica mundial (gracias a la tecnología de la información y las comunicaciones) se pretende abrir las puertas del país, permitiendo la explotación fácil de los países más desarrollados a nuestras pobres y endémicas economías. La globalización es un viejo embuste que nos vino dado por obra y gracia del eurocentrismo. En aquel entonces: indios, indígenas, negros, chinos y árabes, éramos el pasto fácil de los señores globalizadores (y parece que ahora también). Globalizador era Cortés que de un sólo plumazo se aporcó de veinte doncellas y les usurpó a los aztecas un territorio igual a cuatro españas; globalizadora era la “Mines and Work Act” que entusiasmada por Mr. Malan y compañía, se afaná porque los negros llevaran un bozal en el ocico; globalizador era Albuquerque que ordenó que para la siguiente generación, ceilandeses y malaqueños sólo debía hablar portugués. Y ahora en el Ecuador, coincide que por “convenir al buen servicio”, debemos acogernos al sueño globalizador de Mr. Bush y sus “managers”. Pero la cosa no es tan simple como nosotros creemos, la globalización por su propia naturaleza, es una seria amenaza para la diversidad cultural que enriquece el planeta; la globalización per-se es excluyente, sectaria y acaparadora con los menos competentes (aparentemente parece lo contrario); temeraria diríamos para aquellos pueblos que no han tenido acceso a una educación ligeramente elemental y digna.

El pueblo judío, en pleno goce de sus derechos culturales, tuvo la santa particularidad de no haberse dejado globalizar nunca. Él estuvo siempre disperso, sólo, vagando por el mundo, pero jamás fue todo el mundo; conoció de las exquisitas y variadas costumbres de todos sus innumerables anfitriones, pero jamás mezcló esas costumbres con las suyas. La familia judía de los Asmoneos es un claro ejemplo de lo dicho; extremadamente celosa de sus costumbres y tradiciones; próspera económicamente, ha pervivido por el tiempo y el espacio en espera de su Mesías prometido. Es que el problema con los globalizadores radica en su intolerancia. Los globalizadores por supuesto constituyen los países prósperos del Primer Mundo. Ellos llaman globalización al burdo entramado tendiente a ser ellos los únicos beneficiarios de un nuevo orden mundial, basado en la conquista tecnológica y cultural. Esto es denigrante, el etnocentrismo occidental siempre sojuzgó y estigmatizó a mansalva a todas aquellas culturas que diferían de la suya: Hindúes empobrecidos en el seno de su propia tierra; derviches enzorrecidos y perseguidos como animales de caza; indígenas humillados y mutilados frente a la faz de sus propios horizontes; manchúes denigrados bajo la sombra de la droga que les habían prodigado sus propios globalizadores. Y ahora que no vengan con el cuento de que la globalización es la panacea de la vida. Lo que sucede es que ellos, luego de que todas sus colonias por fuerza de las circunstancias alcanzaron su independencia, ahora, bajo sus propias leyes, sistemas de gobierno y varias reglamentaciones internacionales, pretenden que se abran incondicionalmente a sus voraces pretensiones económicas. Ser mina y mercado; depósito de chatarra atómica; caminar de rodillas en un sistema inhumano en donde la vida es lo que menos vale.

¿Globalizar? ¿Aculturar? Solo se puede globalizar al ignorante, al analfabeto, al hombre que reniega de sus propios ancestros. Al hombre amnésico que para efectos culturales ha perdido su identidad y autoestima. Desgraciadamente los latinoamericanos nos pusimos vulnerables frente al contexto intelectual internacional, cuando todos nuestros pensadores, en un acto de ingenua contricción, se mostraron confusos y aturdidos, indecisos; no sabían si lo que se debía resaltar en nosotros era lo indígena o lo mestizo; dudaban de nuestra propia identidad. De allí el “arielismo” de Rodó; el

“desarrollismo” de Caso; el “autenticismo” de Vasconcelos; el “juego triádico” de Grégori y la “mestización de Freire. Nuestros connotados gobernantes latinoamericanos nos han convertido en pordioseros de nuestra propia riqueza. Lo más rico se encuentra empobrecido (la población); lo más pobre se encuentra expoliado; lo más excelso se encuentra envilecido. Y el Fondo Monetario Internacional es la punta de lanza del asunto. Esta camarilla de contumaces reaccionarios, pretende someternos a los países pobres, a fuerza de chantaje y amenazas.

¿Y en el aspecto económico? **Nuestros connotados “neoliberales”, también le quieren ver al Estado aniquilado.** Modernizar para ellos es privatizar lo poco bueno que tiene en ingresos nuestro Estado; dar a precio de “gallina robada” las empresas productivas; entregar nuestro petróleo; dar concesiones a mansalva. Cuánto trabajo les costó a muchos gobernantes latinoamericanos el retornar los recursos a su pueblo (a los verdaderos propietarios): Jacobo Árbenz, Lázaro Cárdenas, Getulio Vargas, Velasco Alvarado, todos ellos nacionalizaron el petróleo y los recursos que las compañías extranjeras se habían apropiado. En el asunto petrolero, se dice que por cada dólar que invirtieron las compañías extranjeras, se llevaron mil. Y allí tenemos el tremendo negociado del caso ADA; las adjudicaciones y transferencias de territorios petroleros en el Oriente; la adjudicación del OCP a las compañías extranjeras, cuya factura todavía no han pasado. Y hoy por hoy, la venta de las empresas del Estado, cuyo espejo (en Argentina y Perú), lo tenemos a la mano.

El señor Friedman, Von Hayek y Stigler (de la escuela de Chicago), al igual que Eucken, Erhart y Ropke (de la escuela de Friburgo), diseñaron un nuevo modelo económico para los países prósperos del mundo desarrollado. Era el capitalismo a ultranza, la libertad económica total; el “capitalismo popular”, la “economía social de mercado”. Este modelo económico lógicamente que dio los resultados esperados en el medio para el que fue diseñado ¿pero en el nuestro qué? Y de allí nacen todos los problemas: Se dice “modernizar al Estado” a la vieja manía de querer “dar feria” a los escasos recursos y propiedades del Estado. No es posible que a nombre de unos cuantos **créditos o “ayudas”** de los países extranjeros, el Fondo Monetario Internacional sea el rector de la vida nacional; nos impongan sus criterios y nos amenace diariamente con matarnos de soledad y pobreza. En ese aspecto, el presidente Otto Arosemena fue un adalid de la independencia y dignidad ecuatoriana: “Que se vaya ese embajador del país” dijo, cuando el embajador de los Estados Unidos se permitió cuestionarle en el colegio Americano. Pero ahora resulta que el mejor asesor del Presidente en materia económica, es el representante del Fondo Monetario Internacional, el cual le da enseñanzas públicas y gratis.

LOS EFICIENTES MINISTROS DE ALMANZOR

Se cuenta que Velasco Ibarra se jactaba de tener por ministros a los hombres más probos y trabajadores, pulcros (supuestamente). Pues resulta que al salir una noche del despacho, miró que la oficina de un Ministro estaba encendida. -Mire usted señor- le dijo a quien lo acompañaba -este Ministro trabaja sin horario-. La verdad era que el Ministro se encontraba en gran jarana, asediado de licores y mujeres. ¿Y cuántos de ellos no salieron repletos de dinero hasta forrarse las alforjas? Esa era la manera como nuestros gobernantes vivían engañados.

Es que el Gabinete circense de Cornelio, estaba repleto de águilas bisojas y cóndores hipnotizados (al parecer ingenuos); pero no eran tan ingenuos como se los pinta; ellos suelen actuar sagazmente para endulzar la farsa. Bolívar al llegar a Colombia (luego de largos años de ausencia en el Perú) y mirar la triste calidad de

quienes gobernaban Venezuela, dijo: “No hay más que bandidos en ella”... ¡Aquí también Bolívar; en esta Presidencia de avispados, solo nos quedan de esos. El de Gobierno por ejemplo, el licenciado Andretta, tiene sueños de perro que a veces dificulta entenderlo; parece falangista pero no, más parece un boy scout de papeleta; parece un velasquista, pero no, de esos jurásicos ya no quedan muchos; pretende hacernos la de Faure pero no, retoña en tonterías. El ministro de Gobierno nos quería a todos los ecuatorianos batiendo en cobardía, mudos; insensibles; descompasados de aspiraciones. Y sí que casi lo logra. Pero nuestra obligación moral era salirle al paso aunque sea por las de Broncano. El día de ayer justamente pregonaba “mano dura” para reprimir a los indígenas; luego, viendo que las cosas pintaban de “color de hormiga”, se hizo el dialogante para calmar su rebeldía; en verdad los engañó infamemente. Luego rebatió la teoría de que los indígenas eran apenas una pequeña minoría y les dejó astutamente con la palabra en la boca (hasta verlos desarmados), entre dimes y diretes se salió con la suya. Los pueblos laboriosos, en justicia necesitan deshacerse de los funcionarios de alcorcho; freírlos en la parrilla de San Lorenzo y encerrarlos en el cuarto de la princesa de Évoli. Señor ministro de Gobierno, el poder público es una gracia que el pueblo da a sus ciudadanos probos, a los hombres amigos de la sensatez y la razón platónica; su uso es el cayado de Abraham que siempre obra con justicia. Sólo Pedro “El Grande” creía que el poder era un látigo de Dios a disposición de la divinidad monárquica, y azotaba a todo aquel que pensaba diferente a su voluntad absolutista. Pero éste apenas es un Ministro aunque pretenda ser un “Juan sin miedo”; aunque nos haya hecho temblar de risa el día en que desafiaba a la República en nombre de la paz y el orden. Ese mismo día, en ese mismo Gabinete “de lujo”, la patria se veía desolada, abandonada; reprimida de indignación y rabia; los ineptos hacían fila india para amenazarnos, aunque ellos mismos no entendían lo que es la paz y el orden, porque el desorden es su garantía; en él viven y se reproducen, pescan a “río revuelto”; hacen su paso de Corinto.

Y mírenlos allí, Defensa y Gobierno juntos, el almirante Unda y el licenciado Andretta, las famosas memnonias sobrevolando ágilmente el sepulcro de Memnón; apertrechados de amenazas, iracundos; desafiando a duelo a indios y sindicalistas; alistando las tropas con renovada escudería, toletes y cananas, como si fueran a enfrentar a un enemigo real. Luego, este Gobierno débil tiembla frente a la posición firme de los indígenas y las clases más desposeídas, y el ruego se hace llanto y la disculpa una discursería. Cornelio Noboa y Bejarano con su dupla boba, hace las de “care tuco” y utiliza la vieja táctica comunista de Lenin: “Dar un paso atrás para luego avanzar dos adelante”. Y quién pudiera creer que le salió todo como a pedir de boca.

El segundo ministro de Gobierno, el Dr. Merlo, ha sido más peculiar todavía. Este connotado político es el fundador de la “alcahuetería política” en el Ecuador. Todo el que hace huelga y siembra el caos tiene premio; a todos les da la razón, en más o en menos, pero les da la razón. La ley no cuenta para solucionar los problemas de este Gobierno cojo. A nombre de solucionar los problemas se crea un estado de inderecho, de sodomía política; de despilfarro infamante; se desautoriza a funcionarios para congraciarse con organismos cuya actividad ineficiente denigra al ciudadano corriente. Y allí están campantes los huelguistas del IESS que pauperizan a sus afiliados; los sindicatos del transporte urbano que pisotean a sus usuarios; los organismos seccionales que dialogan con el palo; los maestros segregados que no encuentran solución alguna a un eterno problema del Estado. Getulio Vargas tenía como costumbre demagógica dar la razón a todo el mundo; pues alguna vez, fue a quejarse un funcionario y le dio la razón; luego fue otro más quejumbroso que decía exactamente lo contrario al anterior, y también le dio la razón. Al observar semejante actitud, su esposa le reclamó, de cómo

podía dar la razón a cada opinión contrapuesta de sus interlocutores, a lo que él luego de meditar por un momento respondió: -Tienes razón-. ¡Y Cornelio está perdido el jarro! **Pues gobernar es el arte proverbial de sembrar esperanza y convertirla en realidad palpable.** Y para **De Gaule**, esto era un asunto simple que le permitía adornarse con aciertos. La sombra de la ineptitud siempre encuentra espinas en donde infestan rosas. Estos gobiernos democráticos de las dos últimas décadas en el Ecuador, han encontrado una salida fácil para justificar su ineficiencia: Culpar a los gobiernos anteriores de toda su inoperancia. Así, Febres Cordero culpa de su desgracia a Hurtado; Borja a Febres Cordero; Sixto a Borja; Bucaram a Sixto, etc. De los problemas medulares que aquejan al pueblo ecuatoriano, no han podido solucionar ninguno. Pero eso sí, insisten en volver al poder con morbosa ufanía. Son rústicos arúspices de la vieja Roma, pretendiendo vaticinar sobre las escuálidas vísceras del pueblo empobrecido.

El caso del almirante Unda es más penoso. Nunca un ministro de Defensa fue más mediocre e incompetente. Todo se ha hecho y dicho en contra de Fuerzas Armadas como en ninguna otra época. Luego de ser la Institución más prestigiosa del Estado, pasa a ser un símbolo de descrédito y arbitrariedad. Es que el Ministro pretendía a toda costa encubrir a un grupo de generales indecorosos, y es allí en donde se equivoca. En esta ocasión, no es que la prensa se iba a hacer la de la vista gorda, como sucedió con el caso del Alto Mando de traidores (del 21 de enero). La prensa se tomó el reto y desenmascaró a los infractores. Pero sucede que en la vida militar, nada se hace fuera del país, sin la autorización expresa del ministro de Defensa, por lo tanto, ¿por qué un hombre de bien no asume su responsabilidad y pone su renuncia? **El general Gallardo** tenía toda la razón al pedirle públicamente que pusiera su renuncia; es que no se trata solamente de cuidar el cargo, hay algo mucho más trascendente en la vida militar que es el “juicio de los subordinados”. El subordinado es por formación el hombre más leal y consecuente, disciplinado; a veces estoico. ¿Cuántas veces no se ha visto a un grupo de ellos ofrendar su vida por lealtad a su comandante? Los soldados de Vargas Torres hicieron todo lo posible (luego de apresados) para que su comandante escapara; efectivamente, éste logró huir pero a muy corta distancia reflexionó y pensó que era algo muy indigno abandonar a sus soldados en tales circunstancias. Es que la relación superior - subordinado en la vida militar, es una simbiosis espiritual, labrada en el más puro misticismo. Vargas Torres fue fusilado por ser el único que no pidió clemencia al Consejo de Guerra nombrado para el efecto; pero su tropa lo lloró y vive eterno para las futuras generaciones. Nunca la tropa o la oficialidad joven ha traicionado a un Comandante que no sea por inmoral o inconsecuente. **El general Moya**, convertido en “verdugo” de los “coroneles” del 21 de enero de 2000, sale a la vindicta pública desacreditado, pero él no quiere irse de su puesto y se mantiene hasta cuando le sacan a empellones. Su pobreza espiritual es proverbial y exasperante: ¿Cuánto daño moral le ha causado a la Fuerza y su buen nombre? Hace algunos años en la Escuela Superior Militar Eloy Alfaro, tuvimos el privilegio de conocer a un militar alto y espigado, de presencia hidalga y majestuosa; atlético por contextura. La imponencia de su presencia contrastaba notablemente con la sensibilidad infinita de su humanismo. Comía verdaderamente poco y dormía casi nada; se esforzaba siempre por llevar un libro entre sus manos. Los oficiales jóvenes se sentían incompetentes para desafiar sus grandes condiciones físicas, de las cuales nunca hacía gala pero eran evidentes en toda circunstancia. Le gustaba practicar el sacrificio personal como fórmula infalible de su grandioso don de mando; marchaba noches enteras a la cabeza de las compañías de cadetes y nunca conocía el cansancio o la derrota. El peligro temerario era su desafío constante. Que nosotros hayamos conocido, nunca las ambiciones dejaron rastro alguno en su espíritu solidario; amaba la verdad con insistencia; la honradez; la pulcritud de

soldado. Su nombre es, ha sido y será por siempre: **general Carlomagno Andrade**. El día en que este digno caballero falleció en cumplimiento de sus funciones, todos los soldados se quedaron consternados, incrédulos, acongojados. El silencio les acorraló en su manto de desesperanza y los soldados lloraron... lloraron de tristeza. De eso el general Moya no ha aprendido nada.

Con los anteriores ministros de Defensa, se pensaba que Fuerzas Armadas caminaban con firmeza. Todos ellos se esforzaban por engrandecer a la Fuerza. Fuerzas Armadas apoyando al desarrollo de la patria; Fuerzas Armadas en la preparación académica y militar constante de sus hombres; Fuerzas Armadas trabajando con los más desposeídos; Fuerzas Armadas comprometidas con una verdadera democracia. ¿Y ahora? Todo se pone marcha atrás para volver a dar un buen servicio a la oligarquía y a los intereses foráneos. Se pretende desmotivar la preparación académica y los méritos de los militares en beneficio de una pseudo disciplina, con miras a tener un conglomerado de militares sumisos e ignorantes, lambones, arribistas; ciegos de perspectiva y proyecto de conjunto. Velasco Ibarra con respecto a la mediocridad de los mandos de su época (y a raíz de su caída) diría: “La dictadura de Páez es la inmoralidad más grande de los coroneles y comandantes del Ejército ecuatoriano. Como ninguno de estos coroneles era un carácter ni un relieve, ninguno puede ser un dictador, porque los demás conspirarían inmediatamente. La rivalidad envidiosa impera en el Alto Mando ecuatoriano”. Sí, la dictadura de Cornelio Noboa es la inmoralidad más grande de los comandantes de las Fuerzas militares de la época en que nació esta tragedia.

Los norteamericanos luego de la Guerra de Vietnam, llegaron a la sabia conclusión de que nunca más debía morir un soldado norteamericano en un campo de batalla foráneo (en el que pueden morir tranquilamente soldados de otras partes). El famoso “**Libro Blanco**” (**compaginado por el general Jarrín**) es una prueba palpable de ello. Vienen unos delegados del Departamento de Defensa norteamericano, y nos dan redactando un libro que a toda luz constituye un involucramiento total en el conflicto colombiano. ¿Pero por qué involucrarnos en un conflicto de impredecibles consecuencias? Es que a nombre de tres limosnas vamos dejando impunemente que en este país hagan lo que a bien tengan los intereses extranjeros. Y el Gobierno colombiano se rasca la barbilla de alegría. ¿Cómo no les va a gustar que otras tropas les den peleando una guerra prolongada que no han sido capaces de vencerla? Y Los tontos de la jornada se aprestan a poner los muertos, armamentos y vituallas. ¿Y el almirante Unda?... que se jodan los de abajo.

Algunos detractores de Fuerzas Armadas dicen con absoluta flojera mental y cognitiva, que hay que “redefinir” el rol de las mismas dentro del contexto del Estado... y el ministro Unda no tiene un pronunciamiento definido al respecto. Otro politiquero dice por allí que hay que poner como ministro de Defensa a un civil... y tampoco el Ministro tiene ningún pronunciamiento (¿acaso no se da cuenta que se está dudando de la idoneidad de los militares para desempeñar tal cargo?). Se pretende despojar la competencia a los juzgados militares... y el Ministro tampoco dice nada. Se pretende despojar fueros, concesiones diplomáticas, etc. y el Ministro continúa sin decir nada. ¡Hay mi querido Ruperto, un ministro desganao!

El caso de los ministros de Economía (Guzmán, Emmanuel y Arosemena) es también muy triste y desolado. No han sido capaces de mantener un nivel de la actividad económica adecuado: Las fuentes de alimentación del nivel económico del país se encuentran mal estructuradas, siendo así, los gastos del Gobierno son exagerados y desordenados; el Gobierno no realiza una verdadera inversión en los sectores productivos. Igualmente, los conductos de desfogue del nivel de la actividad económica,

no se encuentran adecuadamente canalizados: Los impuestos no se recaudan adecuadamente y continúa la evasión tributaria; el ahorro del pueblo no tiene seguridad en los bancos huérfanos de credibilidad y respeto. ¿Cómo operar adecuadamente con las fuentes de alimentación y las de desfogue? Los grandes estadistas lo comprendieron con mucha facilidad y lo aplicaron magistralmente. Para comenzar, deben darse las premisas necesarias para crear el escenario gubernamental adecuado: Voluntad política; no compromiso con los grupos de poder sino con el pueblo; esquema estratégico apropiado; planificación, no improvisación; concepto claro de soberanía e independencia; aprovechamiento adecuado de los recursos del Estado; voluntad de servicio, etc. ¿Cómo el Gobierno puede gastar adecuadamente su presupuesto, cuando de éste se destina el 48% para el pago de la deuda externa; el 25% en el gasto de Defensa Externa (acolitando el Plan Colombia) cuando ese dinero es necesario gastarlo en otros asuntos más prioritarios; cuando el gasto corriente del Estado es demasiado oneroso en detrimento de las verdaderas inversiones que necesita realizar éste en educación, salud y productividad?. El Gobierno gasta demasiados recursos en la “obra de arte” que en realidad no es prioritaria en estos momentos de crisis (lógicamente que estas obras le brindan réditos políticos). El Estado debe hacer una planificación adecuada para reducir su deuda externa que entorpece el desarrollo del país. ¿Cómo? Utilizando los réditos económicos que generará el OCP (Oleoducto de Crudos Pesados), en una adecuada renegociación del pago de la deuda, de tal manera que los acreedores del exterior, no especulen con los ingresos que genere este petróleo en beneficio de la revalorización de sus acciones. Esto sería dar beneficios pingües a los prestamistas. Realizar un plan adecuado de la reducción del gasto corriente del Estado, priorizando la salud, educación y desarrollo productivo. En cuanto a la inversión externa e interna en el país, ésta no se puede incrementar si el Estado no crea el escenario apropiado: Seguridad jurídica (moralización de la justicia); reforma estructural del Código de Trabajo; permisividad al ingreso de la banca extranjera, de tal manera que las tasas activas de interés permitan el endeudamiento productivo de la pequeña industria, del campesino y todos los sectores productivos en general. Pero para esto: Voluntad política y nada de compromisos. Los gastos de consumo no pueden darse en una sociedad en la cual no existe seguridad social y capacidad de consumo por los salarios bajos. Es necesario reestructurar el Seguro Social, diversificándolo por gremios y sectores, con la debida supervisión del Estado; solo así los privilegiados serán los niños y los ancianos, y no un par de vivos que haciendo tabla rasa de la acuciante necesidad de los ciudadanos, dan al través con el bienestar público y la tranquilidad ciudadana.

¡La patria en subasta! Los países desarrollados del norte miran desconcertados nuestro deterioro crónico (por el imperio de la corrupción); sin ganas de vivir con proyección al futuro, vivimos al “sol que nace”. Tristes, desesperanzados, la sombra de la ilusión se frustra en cada reversa de la ineficiencia. El pobre empleado del que nos hablaba Gogol (en su obra “El Capote”), vive pensando siempre en pequeñeces; en lo corto, en lo demasiado simple; sus anhelos no rebasan nunca sus aspiraciones limitadas, de tal manera que cuando a este modesto funcionario le roban su capote, éste muere de pena y desesperanza.

¿Qué pasó en el Ecuador con los buenos gobernantes: García Moreno, Eloy Alfaro, e Isidro Ayora? ¿Acaso ya no hay más hombre buenos en la patria? Brillant de Savarín, decía con respecto a la costumbre del buen recuerdo: “Para quienes como yo, solo pueden vivir del recuerdo, lo peor sería el olvido”. Pero dale no mas Cornelio... dale, que Buffon aun no ha llegado al capítulo de los monstruos y lo que al país (al igual que a Campoamor) le resta por oír y ver, no vale “doce duros”.

LA PERENNE PANTOMIMA

-Tú me matas amor, decía el gran poeta, cuando cruzas la mirada y me dices cualquier cosa-

La historia forjada por los oligarcas en el Ecuador, es un esfuerzo perpetuo por conciliar el oprobio y la injusticia; el cuento cualquiera y la mentira contumaz; la reflexión xenofóbica y el etnocentrismo ensalzador de un conjunto de hombres, autores del desastre nacional. Es la vía recta en que mira un ojo miope, que jamás termina de mirar ni el principio ni el final de la verdadera realidad. Los datos de esta historia nos confunde; sus relatos nos engañan. “La historia siempre la ha escrito el vencedor”, nos decía un viejo profesor de historia, mientras mascullaba sus repeticiones y sacaba a flor de dientes los mismos datos y los mismos nombres de los siglos anteriores. Es que nuestra historia es tan triste y tan repetitiva, tan sectaria y excluyente. -Usted tiene toda la razón mi querido profesor- le dije -ella no ha cambiado nada como tampoco nosotros... los que siempre fueron antes, siguen siendo los mismos ahora-

Cuando al pueblo le repiten (los políticos) con tanta insistencia de la tan mentada democracia, en verdad que los ojos se encienden de coraje y rebeldía; parece que se burlaran y al rubor sigue la farsa. A Forain le decía un cierto médico en su lecho de muerte: - Muy bien señor Forain, todo está bien- A lo que él replicó con dulce ironía: -¿O sea que me voy a morir en perfecto estado de salud?-. La astucia de los politiqueros hace que a nuestro pueblo se lo pretenda matar en perfecto estado de salud. Son los mismos de siempre con el mismo método y discurso. Son nuestros apóstoles y seglarillos dirigiendo la República: “¡Échalos al fuego Antonio de Corro!” es preferible un minuto de fuego inquisitorial que una eternidad de mal recuerdo. Pues para dirigir Petroecuador, se ha puesto a un triste seglar del Opus Dei guayaquileño; para gobernador del Guayas, otro seglar aumentado y corregido; para la AGD y otros cargos, otros sin fama y sin escrúpulos. Para dirigir el CONAM un hermano de confianza; en otras importantes carteras de Estado, los mismos de siempre con sus mismas caras de pingüino encapotado. Y todos bien convencidos buscando el “Arca de las Ágatas”. ¡Cuidado con ellos! que nadie los tope ni siquiera el aliento; son los típicos “Burgueses de Calais”, que se presentan ante Eduardo III puestos la soga al cuello (?); ellos se ofrendan solos, se sacrifican por la patria (?).

¡No señor! ni se ofrendan ni se sacrifican: Son amigos del Cornelio. El principio de Peter dice que en una organización, cada empleado tiende a elevarse hasta su nivel de incompetencia, de tal manera que el trabajo importante es realizado por aquellos que no han llegado a ese nivel. Pero resulta que en el Ecuador todos los grandes dirigentes han llegado a ese nivel muy prematuramente; es un país de “mediocracia” e incompetencia... para mofarse más, los mejores críticos los llaman “gustavinos”, autonomistas y privatizadores. Se nos gobierna encrucijados entre familias nucleares y extendidas; toda una eterna pantomima. Cuando alguna vez al presidente Roosevelt le ponderaban de la bondad y magnanimidad de un hombre para ocupar un importante cargo, él dijo con mucha sabiduría: “¡No!, yo no necesito gente para hacer vida de familia, sino para gobernar”. La incompetencia era exilada.

Con los escuálidos recursos del Estado, la mayoría de funcionarios de este Gobierno de bobaliconada, se dicen generosos, dispendiosos y “emprendedores”. Cornelio mismo se va forjando más de una veintena de viajes so pretexto de Embajador itinerante. Weyler era un hombre muy tacaño, así como también lo era don Ramón y Cajal, pero ellos eran tacaños con sus propios recursos y más aun con los fondos del Estado. Se dolían de su gente y buscaban para ella el máximo de bienestar. Pero aquí no, la familia real ecuatoriana va y visita a la familia real española, con la misma pompa

y derroche de recursos, llevando al perro crismero y a la mucama de familia. El séquito de oportunistas es más numeroso todavía; es el arca de Noe acomodada a todo gusto. Y el tonto del pueblo ecuatoriano haciendo las de camello saharo: aguanta, carga, soporta; cargando su lengua tiesa como un costal de papas. Se dice que el cardenal Gonzaga llevó trescientos empleados para cubrir sus necesidades básicas en el concilio de Trento; el duque de Alba más austero, solo llevó doscientos para sus campañas de Flandes, y nuestro querido Plácido Cornelio solo unas cuantas decenas entre funcionarios de “primera”, seguridad y periodistas. Pero no, su condición de Embajador itinerante es importante.

Aquí en el Ecuador, estamos llenos de muchos métodos de sujeción y abuso; entontecidos, confundidos, la sombra de un “desarrollismo inhumano” nos atormenta y a su vez nos hace esclavos de nuestras propias pretensiones. Queremos hacernos industriales y ni siquiera sacamos a la gente del analfabetismo; queremos alcanzar ciencia y tecnología y tenemos a la mayoría de la población infantil desnutrida y sin asistencia médica; queremos ser altamente productivos y el poder económico (de las dieciseis familias) jamás se ha desconcentrado; queremos hablar de altruismo, conciencia social y fraternidad, y la corrupción es el móvil fundamental de gran parte de nuestras relaciones. ¡He ahí pues la presencia de los grandes estadistas, transformadores y propulsores del Estado! El desarrollo no solamente es un asunto económico, el desarrollo es un asunto integral. Los turcos formaron un inmenso imperio de riqueza material pero muy pobre en lo humano y espiritual. He ahí su riqueza pasajera. En cambio, no era únicamente la ambición por el dinero lo que le tenía trastocada a la Liga hanseática; no solo pensaban en la manera más gratuita de hacerse del máximo poder posible (saliendo delirantes a saquear al mundo); ellos fundamentalmente se preocuparon por el crecimiento humano, jurídico y espiritual. He ahí su verdadera riqueza. Y aquí entre nosotros, la vieja y ponzoñosa oligarquía hace la de “Los viejos mercaderes de Marsella”: vende y rifa todo lo que puede, sin importar le género, rango, condición o número; todo es hartazgo y manotazo. Los viejos mercaderes de Marsella, se dice que eran tan inescrupulosos y malvados, que hacían negocio capturando a los niños que ingenua y valientemente acudían a la gran cruzada (para liberar los lugares santos de los turcos); los capturaban y los esclavizaban; no había ninguna distinción entre los animales acorralados y los niños; el negocio de “la trata” era tan jugoso que no hubo espacio para el remordimiento. Y allí si que los comerciantes musulmanes secundaban; también se frotaban las manos con locura: emocionados, extasiados, solo tenían en su mente el sabio “arte de tasar” a los esclavos por sus dientes, huesos y musculatura. ¿Esto nos dice algo en relación a la historia de nuestros indios, negros y mulatos?

De todo esto, gran parte de la culpa tenemos nosotros mismos, porque hemos hecho una sabia liga del silencio. En nuestros pobres países en donde la resignación hace de “Dama Boba” (de Lope de Vega), está demostrado que todo sucede y puede suceder sin que en el fondo explotemos de coraje. Nos afecta internamente el “Síndrome del Patrón” y la “Cultura de la Injusticia”. Ticho Brahe murió precisamente por eso, por dar galas y lisonjas a su amo (el Monarca) y dejarlo que hable y hable disparates, sin atreverse a contestarle; sin atreverse a pedirle que detenga su carroza para bajarse a pegar una “meada”. ¿Y las nefastas consecuencias? Una tremenda retención urinaria que le llevó a una hermosa caja de madera. El “Síndrome del Patrón” no es una simple conjetura, está impreso en nuestra mente; vive en nuestra psicología; actúa en nuestra cosmovisión o sino que lo diga Leví Strauss. Ya los señores suquillos, grandes de Tumbaco y Nayón, sintieron en los primeros años de la conquista ese duro complejo de inferioridad. Los Puentes de Cayambe fueron progresivamente adquiriendo este

síndrome durante toda la época colonial (en que fueron usados y despreciados por el colonizador). Hoy, a inicios del siglo XXI, los indígenas de Porotog y Quinchucajas, todavía aman y respetan más a su patrón (que les ha dado miseria por quinientos años) que al mestizo que comparte su vivencia cotidiana. ¡Buenos días patrón Dieguito! le dicen al meretriz social, cuyos genes le han dado lágrimas y sufrimientos a todos los ayllus y calpullis de la hoya del Blanco y Guachalá.

No hemos tenido el gusto hasta ahora los ecuatorianos, de conocer, sentir o palpar un presidente de la República que sea de extracto popular (mestizo, cholo, zambo o cuarterón). Los presidentes, si no son de la línea de los Matheu, Ascázubi, o Lasso, deben ser de la línea de los Butrón Moran: Rocafuerte, García Moreno y Velasco; y si no son de las antes mencionadas por lo menos deben ser noboas o cordoveces. Solo ellos son capaces de ser políticos porque como dice el adagio popular: “Un político pobre no es más que un pobre político”. ¡Sí señoras y señores: el patrón no ha muerto todavía! permanece momificado en el tremendo cementerio psicológico al que nos hemos acostumbrado; permanece vivo, inalterable, maquillado. Hace que votemos por él sin ponernos a reflexionar por un rato; es dueño perenne de nuestra economía, de nuestro destino, de nuestra realidad. Y nosotros sí sabemos pero inconscientemente alimentamos este síndrome que nos aniquila día a día. ¿Y de llegar la rebelión?... Nada. Más bien el Pachacutik de algún pueblo, ha llegado a una sabia y certera decisión (en las últimas elecciones): Para alcalde han auspiciado y elegido a un patrón. Y patrón es Febres Cordero que en estos luengos avatares pretende hacer las de caudillo y Salomón; patrón es el “insustituible” Borja, aunque pretenda embaucarnos con falsa sencillez y humildad; patrón es usía Cornelio... el que gobierna en sinrazón

En cambio cuando hablamos de la “Cultura de la Injusticia”, hablamos de una enfermedad social aparejada con la ignorancia. Para el mundo romano la vida de un hombre tenía tan poco valor, que el amo disponía de ella como si fuera ganado, y la sociedad lo aceptaba con tanta naturalidad, que lo absurdo era lo contrario. A la muerte de ciertos sultanes, califas, emires o divanes, se tenía por cruel costumbre enterrarlos con todo su harén de dotadas concubinas; y todas las mujeres afectadas debían aceptar esta barbarie con una recalcitrante resignación. Nuestras juanas y micailas también llevan por estructura mental un sinfín de resignaciones oprobiosas: “Deja que pegue, deja que mate...marido es”. Servio Tulio era hijo de esclava pero tenía por largo amanecer espiritual, el horizonte claro de la libertad y la justicia. La libertad es un mundo mental que solo puede vivir y florecer en el conocimiento y la autoestima; sin aquello, no es posible tener un mundo moderno aceptable y vivible. La “Cultura de la Injusticia” ha llenado muchos espacios en la vida interior y exterior del ciudadano; ella está a la vista y paciencia de todos nosotros; la vemos, la palpamos, podemos sentir su olor putrefacto de fastidiosa concubina, pero la aceptamos como parte de nuestra propia vida. Cuando Enrique VIII ordenó la ejecución de Tomás Moro a raíz de que éste le desconoció como cabeza de la iglesia, la gran mayoría del pueblo inglés protestó por tamaña injusticia. A “Juan sin tierra” no se le permitió que rompa su palabra de limitar sus acciones como soberano (prometida en la Carta Magna), por lo tanto, en la nobleza anglo sajona se notaba un sentimiento profundo por limitar la injusticia. ¿Y nosotros qué? ¿Cuándo hemos luchado palmo a palmo para erradicar la injusticia? Los campesinos rusos de la época de Alejandro II, al igual que nosotros, no encontraron nunca conformidad con que se les aboliera la servidumbre; eran tan sumisos e ignorantes, que se paralizaron y amenazaron con volverse contra el Zar si la situación se mantenía. Los intelectuales radicales de la clase media (autores de tal iniciativa) se tiraban de los pelos de tanto sinsentido En conclusión, podemos afirmar que la gran evolución del pueblo inglés y muchos pueblos nórdicos, no ha sido otra cosa que una

lucha constante y permanente por adquirir sus derechos, impedir las injusticias y preservar su libertad a toda costa.

El inaccesso a la oportunidad es otro de los componentes de la “Cultura de la Injusticia”; el sentir y creer que la oportunidad es un atributo accesible para pocos. Todo este embrollo se gesta en un ambiente de paz desoladora, en donde el silencio es el ingrediente básico para mantener el status quo. Un país sin “Vísperas Sicilianas”, no es país grato para ser vivido o recordado; es un país pobre y miserable, escondido en los recodos de su propia cobardía. El inaccesso a la oportunidad como decíamos, es el estado ideal que permite mantener la hegemonía. Un pueblo privado de educación no protesta ni se queja; no tiene rumbo cierto; no sabe elegir ni tamizar sus candidatos; es humanamente incapaz de generar riqueza y tecnología; no produce líderes ni hombres abanderados de sus grandes causas e inquietudes. Nunca se han gestado líderes en donde no ha existido conciencia social y rebeldía. El no permitir que nazcan y se reproduzcan nuevos líderes, es parte esencial de un sistema inoperante. Los pocos líderes “jurásicos” que aún nos quedan, hacen la del insaciable Urano devorando sus engendros. Pues el líder nace y muere, y el reciclaje garantiza la pujanza de los pueblos. Se cuenta que Filipo de Macedonia se oponía a que su hijo Alejandro le sucediera en el trono; dudaba enormemente de sus capacidades puesto que era el consentido de Olimpia. Un día cualquiera, luego de fantasear con su idea de conquistar el mundo conocido, Filipo pretendió hacer gala de su ímpetu guerrero e intento pasar rápidamente de un asiento a otro; en el intento desplomó. Ante esta situación, Alejandro sonrió con sarcasmo y dijo: - No puede pasar de un asiento a otro y pretende conquistar el mundo- El adecuado y oportuno relevo generacional es la base de la continuidad. Taras Bulba ponía siempre a prueba el coraje cosaco de sus hijos; le gustaba disfrutar del riesgo mortal de sus hazañas; nadie más indicado que él para medir las condiciones en que debían estar ellos para asumir tan delicado cargo; el desafío a la muerte era la prueba favorita con que gustaba probarlos a menudo. Cuando Andrei, su hijo preferido traicionó a su padre y a su pueblo (casándose con una joven polaca), éste desenvainó la hoja de su espada y quitándole la vida dijo: -¡Habiéndote yo dado la vida, soy el único que tengo derecho a quitártela!-. Pero Febres Cordero, Hurtado, Borja y otros no; ellos juran y rejurán que son los únicos líderes nacidos en esta patria mártir; y miren a esos jóvenes líderes como los tienen: despersonalizados; inconclusos de ideas; expectantes e intranquilos. No se puede tener a esa valiosa cantidad de nuevos líderes (de los diferentes partidos políticos), como a un grupo de mendigos mentales esperando a que muera el geronto-líder. No, es necesario que la juventud descolle con mucha personalidad para acabar con la triste partidocracia que azota a nuestro pueblo, aunque dentro de este santo sacrificio, deba perecer el cruel depredador del Serengueti y Masaimara Social Cristiano.

En la Izquierda Democrática la cosa no es más alentadora. Borja es el líder acaparador que ha creado y ha matado una respetable organización política. El único militante medio vivo que aun queda en esta tienda política, es el general Moncayo. Pero es más que seguro que la infausta conspiración ya ha comenzado. A Moncayo no lo sienten como suyo, no lo aman y le envidian; a veces lo detestan y no pocas veces lo cuestionan (y eso los del mismo partido). Cuando un grupo de sacerdotes poco dotados se quejaban con ufana envidia a un cardenal, acerca de la supuesta desfachatez de Erasmo (en su crítica al clero contemporáneo), este diría con profunda convicción: - Hacedlo vosotros mejor o dejad hacer a quienes Dios en su sabiduría, dotó de suficiente ingenio para ponerlos en solfa-. El general Moncayo morirá políticamente víctima de la conspiración interna de la Izquierda Democrática.

¿Y los nuevos líderes juveniles? José María Vargas Vila decía con mucha certeza: “En nido de víboras no se cría cóndores”. La juventud debe tener siempre una obligatoriedad moral en sus inquietudes sociales; debe tener conciencia social predicada por sus preceptores; los maestros deben ser el sabio Samuel Robinson que bajo el método mayéutico enseñen a parir verdades de las inquietudes juveniles. Medardo Ángel Silva hizo de su vida un romance exquisito que lo remato divinamente con la realidad de su suicidio. El Che Guevara hizo de sus convicciones juveniles la sombra eterna de su vida, y decía ser de aquellos políticos que garantizaban sus ideas con su pellejo por delante. Juana de Arco, más joven pero más sublime, en la plena majestuosidad de su belleza, hizo del amor a la patria un santuario de sacrificio inigualable. Los héroes niños del heroico Colegio Militar de México, representan a mi modo de ver, al joven conjurado bajo la atadura sublime del cumplimiento del deber; solo quien cumple a cabalidad con su deber, tiene conciencia plena de sí mismo.

La Democracia Popular no sabe reconocerse si es un partido joven o viejo. Un viejo comandante decía que los hombres llevamos la edad en la esperanza; Goethe decía en cambio que la edad vaga siempre por la mente. Para Hurtado la edad está en el pasado; el cambio es una herejía zápara que muere con la argolla que la atisba. Hurtado no tiene edad, nació y vive viejo; a aquellos que le consuelan y le hacen sentir un Salomón de la Peaña, les llama militantes disciplinados e ideólogos, a los que le contradicen: ambiciosos y faltos de idealismo. El total es que este viejo militante de la Democracia Popular se cree el dueño del partido; el inventor de la democracia ecuatoriana; el dueño de las “Doce Tablas” en que se hizo flecos su partido.

CAPÍTULO III

LOS VALORES CONCULCADOS

LA INJUSTICIA Y LOS PANTANOS MORALES

Sin rumbo cierto, a la deriva, la nave del aventurero Odiseo viaja por los Dardanelos hacia el Helesponto. Él no sabe en donde está, pero el furor de los dioses que manejan a gusto y disgusta el destino de los hombres, lo usan para sus propios y particulares intereses. Nuestra santa y venerada justicia, no sabe en dónde está, ni tampoco tiene “patas ni cabeza”; quienes hacen la justicia en nuestra patria, no saben cómo tratar a esta diosa ciega que da sus veredictos con bastonazos de san Anselmo. Olímpicos son los políticos que tienen a bien designar jueces y magistrados. Pero bueno, sirva el enojo de Antioquio para deshuesar estos leprosos.

Doña María Chalco, reclama del Estado justicia. Ella no puede distinguir entre la denuncia y la acusación particular. Un par de funcionarios la esperan a la entrada del juzgado; parecen el mochuelo que cuidaba a Perséfone en el fondo del infierno, pero no, estos son más siniestros: ojos alargados y desproporcionados, tez de piedra, uñas contráctiles del halcón con que el rey Artus hacía depredar a los animales indefensos. Cuando le reciben a ella, se muestran corteses y serviciales (quieren plata); le brindan sus servicios cual mucamas. ¡Mentira, cuidado! Estos son los colectores jorobados con los que Kublay Kan extorsiona a todos sus pueblos sometidos y humillados.

Ella, entre temerosa y desconcertada pide hacer una demanda. El secretario y el actuario más próximos se pegan su buena risotada, y amasando una mueca entre sus manos, se acercan presurosos. Estos “honorables” funcionarios han conocido la justicia en un negocio; casi, casi, en las orgías veraniegas en que el dios Pan violentaba a las concubinas de Apolo. Ellos piensan (en su mundo) que todo es al arranche en ese círculo vicioso de servidores sodomitas. La señora María ha caído en el castigo infernal en que Prometeo es devorado sus entrañas. El suplicio chino.

El abogado de ella, le cobra por lo que es o por lo que pueda ser; todo en la abogacía es dinero de coima: que para el juez, que para el secretario, para el actuario, para el perito. Si doña María desea pedir justicia al Estado, es muy problema de ella; es un tremendo altercado.

Una justicia de estas levantó la cólera de Ulpiano. Cuando los valores supremos de la vida de un hombre se encuentran arrinconados por un manojito de contumaces kleptomános, una ira divina debe hacer su fuego celestial en la conciencia de los hombres. Un pueblo así no tiene futuro. ¿Cómo permitirles a estos “lobos esteparios” que hagan caza libre en una sociedad civilizada? Cuando el pueblo calla, y hace de su debilidad una acalorada y conformista forma de vida, la justicia muere lentamente; hay un olor putrefacto en sus entrañas que lo mata inexorablemente. Los gusanos hacen fiesta; la malignidad se inflama de fétidos olores y se expanden por el cuerpo moribundo. Los buenos sienten náusea, los honestos repugnancia. El resto no sabe que hacer porque esta desconcertado.

El asunto en sí no es la justicia o la injusticia, es el concepto que los hombres tienen del valor justicia dentro de su escala de valores. La “Cultura de la Injusticia”, le decía un amigo a otro amigo, es cuando un pueblo que se ha acostumbrado a que se pisoteen sus derechos, recibe con resignación cualquier vejamen. Los escoceses del siglo X, acostumbraban a entregar a sus mujeres a los señores feudales, como un honorable homenaje al derecho de pernada; nuestros latifundistas serranos no solo que

tenían el derecho de pernada sino que tenían el derecho sobre la vida y el destino de decenas de generaciones indígenas. Para el indígena nunca hubo justicia, solo hubo ley; nunca hubo derecho, solo hubo obligación. Esta es la bendita “Cultura de la Injusticia” con que Eudoxia recibía con resignación y amor la muerte.

La injusticia en sí, es una arbitraria actitud frente a la vida, vergonzosa por supuesto; es el yugo inmovilizador con que el autócrata se aprovecha para causar una hecatombe; es el Juan Pueblo con que Febres Cordero pretende hacer su siega en la ignorancia; es la Micaila sin escuela; es el Cachipundo naufrago de oportunidades. La injusticia solo es capaz de incubarse en la ignorancia que alimenta la conformidad, y conforme sólo estaba San Anacleto que buscaba con obstinada persistencia, los oscuros recovecos de la soledad y el abandono. Cuando Malcom X lideraba la lucha sin cuartel contra los opresores de su pueblo negro, todavía la mayoría de ellos no congeniaba con sus ideas magnas; muchos negros pensaban que Malcom había exagerado mucho en pedir tantos derechos. El filósofo Avicenas, también dio libertad a sus esclavos, pero ellos se opusieron rotundamente porque no entendían esa nueva y extraña forma de vida. Esopo (jorobado y feo), aun siendo sabio le gustaba llamarse esclavo, poniendo como garantía una ciega lealtad para sus amos. La injusticia confiesa es más oprobiosa todavía, el Estado siendo cómplice de su propia inoperancia, haciendo de la humillación ciudadana una forma sistemática de vida. Doña María Chalco, siendo atracada en los juzgados de tránsito; luchando contra el trust indestructible del secretario, juez y alentados tramitadores; doña María humillada y chantajeada al matricular su vehículo; doña María sin oportunidad de crédito y de rodillas frente a los bancos; doña María analfabeta. Cunde la impunidad en los rediles en que Minotauro hace del laberinto su área de crimen y homicidio. Allí debemos vivir todos prosternados, haciendo las consiguientes reverencias a quienes nos prodigan oprobio.

Latinoamérica entera no cree en sus estados “protectores”, en aquellos nacidos bajo la sombra páfida en que Hefesto creaba sus sillas atadoras. No cree en sus gobernantes empoltronados inconscientemente en la vieja teoría del “Poder Ascendente”. Latinoamérica entera lleva en su inconsciente la llaga supurante del despojo y la rapiña, mil veces defendida por los preceptos filosóficos en que Aristóteles y Sepúlveda, dieron luz verde a la “Causa Justa” y a la suave naturalidad del esclavo redimido. Rapiña y despojo, hambre y desconsuelo; pasión reprimida que se ajusticia en el silencio y en la terca timidez del poncho y el sombrero. Se dice que Daquilema se masticó la lengua para escupir con sangre a la cara de sus pseudo justicieros; escupió con sangre la injusticia; se rasgó la chushma por el pecho y aceptó la muerte con bravura. Isabel Yaru Palla, no, ella comenzó a aborrecer a sus congéneres; le causaban tirria. Es por eso que brindó su vientre escuálido a la fiera varonía de sus conquistadores. Oprobio entre oprobio. Los mestizos: Santiago, mejías y Santa Cruz, no sabían como hacer para blanquear su lado indio; cayeron en el sutil juego del paradigma esclavista. Olmedo Alfaro, tuvo que robar a la niña Lasso para poder consumir su amor morganático que le creaba estigma. Benito Juárez, se casó con su patrona escondiendo su lado indio que a veces le causaba contratiempos.

En la luz penetrante que alumbra el medio día de la historia, solo hay una esclavitud que legitima el despotismo: La ignorancia. La emperatriz Su Shi, ya en las postrimerías del siglo XIX, aun creía que el asunto de las letras era una llama mortal que podía incendiar la paz de su Imperio. Los Aguirre Montúfar, completando este precepto, no sabían exactamente si era mejor darles a sus sirvientes: El pienso de Porotog o el pan de Tabacundo; les trasquilaban en una sola tanda a las ovejas sevillanas y a los indios de Larcachaca. Mientras tanto, Montalvo apenas si mentaba al pobre indios; Jaramillo Alvarado se lamenta; Guayasamín hacía billete; Icaza y Alegría

un potaje de letras. ¿Y la oligarquía serrana?... ¿La oligarquía costeña?... ¡se carcajeadan! La legitimidad del inderecho, es la constante de estados pobres e incoherentes. El Estado humilla a sus ciudadanos, los segrega, los estigmatiza; les pone la marca denigrante de “carimbo” con que Espinosa comerciaba con los negros de Imbabura. Y si en un Estado no hay derecho, no hay justicia; y si en un Estado no hay educación, no hay justicia. Por eso Rodó luchaba permanentemente por la educación y la cultura del pueblo latinoamericano; Vasconcelos renegaba por tal inconsecuencia; Alfaro despotricaba de las iras haciendo una apología de la educación de la mujer ecuatoriana. ¿Y la ignorancia de ceder? Nada.

LA NOCHE DE LOS TITIRITEROS

Velasco Ibarra preguntaba desafiante a la masa desposeída: “¿Queréis revolución?... hacidla en vuestras conciencias”. La conciencia toma siempre sus apostaderos en el conocimiento, en la razón. Nunca es consciente el que ignora, el que es obligado a razonar con fundamentos ajenos. Razona el que conoce lo que piensa y siente vocación por hacer lo que conoce. Descartes, es consciente porque a más de razonar lo que conoce, piensa, y lo proyecta hacia el futuro. La conciencia, es un juego dialéctico capaz de avizorar simultáneamente el pasado, el presente y el futuro. Torquemada solo piensa en el presente como un sórdido proyecto del pasado; las “Culturas Frías” miran el tiempo dentro de la circularidad pasiva de sus costumbres ancestrales. El Centro y la Derecha política, reciclan el contubernio feroz del statu quo paradigmático, pues ese es su negocio.

Los “Beatniks” tenían conciencia limitada de sí mismos; renegaban del futuro porque no lograban encontrar su relación con el pasado, no podían crear ese nexo vital de su ser con la infinita trascendencia de su “para qué ser”. Esto los llevó a pretender huir del presente y del futuro, a fugar inútilmente de sus aparentes debilidades; a soñar en un mundo irreal diseñado por el ilimitado mundo de las drogas. Las atribuladas culturas indígenas andinas, luego de la conquista devastadora de Occidente, también quisieron huir de sí mismas mediante el uso de la coca y la bebida celestial de la jora envejecida; huyeron de sí mismos pero jamás del presente y del futuro. Descubrieron aunque tardíamente, que no había manera de fugar de la trayectoria parabólica del tiempo y sus circunstancias. Pero ¿cómo detener los procesos históricos sin ser afectados por el tiempo? Esa fue una gran inquietud de la Iglesia en el “Proceso de Carranza”; colocar un cerumen de lodo en la boca del clérigo que cuestiona los procedimientos de la Iglesia, condenándole al suplicio del silencio cómplice. ¿Cómo detener las ideas de los hombres para obstruir el futuro? Al futuro se lo desvía pero no se lo detiene. Este es el gran aporte del pensamiento dialéctico hegeliano, substanciado en la especulación heráclita del ser y el devenir.

El 21 de enero de 2000, en el Ecuador se dio el acto de conciencia más sublime de su historia patria. El pueblo en pleno decidió revelarse contra un estado de corrupción generalizado. Pero Nicolás I, es sanamente incapaz de comprender a los “insensatos decembristas”; estos incondicionales rebeldes idealistas que pedían un futuro mejor para su pueblo. A estos “sediciosos” futuristas hay que callarlos con las fuerzas imperiosas del sistema; hay que impedirles que digan sus verdades. Pedro el Grande, a nombre del sistema pretendió hacer del cerebro del soldado, una caja de resonancia carente de ideales; uniformó su cuerpo y sus ideas; los hizo mudos expectantes y hasta cómplices de sus arbitrariedades. Un soldado sin conciencia, es una fría ametralladora que quita la vida a mansalva sin discriminar los parámetros cualitativos en que se anida lo bueno o lo malo, lo falso o lo verdadero, lo correcto o lo

incorrecto. La “Teoría del Desvínculo”, es la más sabia enseñanza para ilustrar nuestros propósitos. Ver y hacer las cosas sin la perspectiva ilustradora del conjunto; ver las cosas por separado nos impide la visión trascendente de la perspectiva. El desvínculo en sí genera inconsciencia social. Pensar en el futuro, es una de las cualidades magnas en que se asienta la consciencia. Las viejas Greas no podían explorar los desafíos del futuro porque disponían de un solo ojo que se prestaban alternativamente para observar por separado. La visión de Santa Lucía, reposa en el asiento circular de su plato simbólico. La ceguera de Fineo simboliza la pobreza y la calamidad de los hombres condenados a profetizar en el vacío; la sabia vejez de los generadores de conciencia.

Un pueblo sin educación, es un pueblo ciego e inconsciente. La expectativa mesiánica es la luz que guía su futuro; allí, en esa putrefacta oscuridad vive anquilosada la viuda de Sarepta, aquella veterana que esperaba con sana mansedumbre, el eterno retorno del Profeta y su redención divina. Casandra por su parte, estaba condenada a predecir el futuro trágico sin que nadie le haga caso. La incredulidad es la confianza ciega a la que acuden pronto quienes se sienten inseguros. Mansedumbre de cuerpo y espíritu también pedía Aristóteles para los manuales esclavos, a los cuales, según él, siempre debía adornarles la ignorancia; la predestinación nefasta del oprobio. Pero a nosotros los pillajos ¡no! Tenemos el temple frío de los Illinizas derritiéndose en el pecho, y la noche eterna y celestial del Chiriculapo, aventando en contra peña, el infinito profundo de la decisión final.

Para cimentar el modelo feudal en la vieja Europa, los reyes de aquel entonces dieron la prerrogativa a los señores feudales de implantar un tipo de justicia, en la cual, se podía ajusticiar a un siervo y luego completar las pruebas del delito. A los oficiales del 21 de enero, les aplicaron un procedimiento similar en el fondo y en la forma: No tener el legítimo derecho a la defensa. Los grandes señores feudales, al verse vulnerados por “tamaño atrevimiento”, decidieron que había que acabar con todos los sediciosos y sus referentes. Su estrategia ha sido simple y contundente: desunir y desprestigiar a “los coroneles”; fracturar y desprestigiar al movimiento indígena; aniquilar el status y la moral de Fuerzas Armadas; impulsar y legitimar los viejos modelos de hacer política con sus viejos representantes del poder económico. Para esto se reúne el “Congreso Admirable” de los “enloquecidos por la troncha”; hay que acabar la República defenestrando a Bolívar (más de ochenta epítetos en contra de su figura moribunda); hay que acabar su referente. El fin de este Congreso supuestamente era estructurar la República colombiana, pero en el fondo se persigue destruirla; se habla de unión fraternal de sus pueblos, pero el trasfondo es dividirla. En realidad, no hay la menor conciencia de patria y estructura, solo prima la ambición personal y pueblerina.

Para los fines consiguientes, los fascistas alemanes utilizaron la figura de Petain para aniquilar a Francia, destruir la moral pública y someterla vilmente a sus nefastos intereses. Aquí en nuestra patria, la sabia oligarquía se ha tomado los nombres de Tituaña, Maldonado, Viteri, Vargas y otros, para destruir los referentes morales de Fuerzas Armadas y el mundo indígena organizado. Aparece la burda utilidad de Diem y Nu para hacer desandar las aspiraciones del pueblo vietnamita; el coronel Castillo Armas pone reversa a Guatemala en beneficio de sus titiriteros... ¡Salve oh gratos traicioneros”. El problema del comandante Viteri, radica en que él no ha sido capaz de darse cuenta que ha sido vilmente utilizado por la vieja y encoturnada clase política; ellos han concurrido prestos a secundarle el aliento. Y es allí que la oligarquía simoniana, toma las armas por desquite. Las notas de la corrupción suenan por venganza; de pronto aparecen los seudo justicieros y toman la corva lanza de San Jorge. Y aparecen nestorianos, arrianos y monofisistas; los caballeros de las doce Tablas; san anselmos; los apostatas de la moralidad confusa; los incansables posilleros de los

establos del rey Augías. De los dientes del dragón han nacido los espartas. ¡El país se inclina reverente ante tamaños redentores de la moralidad y la justicia; No... no, lo que pasa es que como dijo un pensador: “Nada disgusta más al hombre, que ver sus propios defectos, reflejados en otra persona”. Y Viteri ha destruido la imagen de la institución más noble de la patria: sus Fuerzas Armadas. El trasfondo del asunto es lo que en realidad él no ha sido capaz de visualizar con certeza estratégica; no se ha dado cuenta que ha sido utilizado. Fuerzas Armadas condenadas a la obscura y tenebrosa mansión de Psique. Pues resulta que el 21 de enero del 2000, el Ejército ecuatoriano llegó a la cúspide más alta como Institución pundonorosa. Luego de alcanzar la victoria del Cenepa, la juventud militar ofrendó sus carreras reclamando: honestidad a las funciones públicas, convertidas en cómplices del nefasto atraco bancario. Allí se sacrificó gran parte de la oficialidad, pero entiendo que esa “defenestración” fue aceptada con estoicismo espartano. El problema radica en que la oligarquía en forma muy sesuda, se ha tomado la revancha. La idea ha sido clara: destruir el prestigio y la fuerza moral de Fuerzas Armadas. Una fuerza militar sin dignidad no tiene razón de ser ni existir; una fuerza militar sin calidad moral se convierte en el viejo Ejército chino comandado por los señores de la Guerra; es el Ejército de Carlos V saqueando a la indefensa Roma; es el Ejército de Alarico; es el Ejército de Marco Porcio Catón. Así las cosas, la mayoría de funcionarios incompetentes frente a los verdaderos corruptos de la patria, quieren destruir a las Fuerzas Armadas, configuradas con el ejemplo y esfuerzo de Carlo Magno Andrade; el sueño de Iturralde; el tesón de los comandantes del Cenepa y muchos otros “viejos” comandantes, que han dado luz y camino para las futuras generaciones de oficiales y tropa. La idea maquiavélica ha consistido en meter en un solo saco de alacranes; en una sola licuadora, a toda la moral pública vilmente profanada por la “ilustre” cultura de la corrupción. El debido proceso en Fuerzas Armadas, no consiste en delatar al comandante; ni estigmatizarlo públicamente, sino en enfrentarlo, mirándole cara a cara y exigiendo una respuesta honorable a su conducta; solo la insatisfacción de aquello, amerita el “órgano regular”, mecanismo militar destinado a la protesta y el reclamo. Los generales Piar y Padilla, también tuvieron serios cuestionamientos para con el general Bolívar, pero ellos lo encararon, le reclamaron frontalmente; luego, condenados al paredón por éste, Piar reclamó el derecho decoroso de un militar a no ser fusilado con la venda en sus ojos, y a tener la potestad de un general, de mandar personalmente el pelotón de fusilamiento. Por lo demás, todo militar que infringe la ley, debe ser sancionado con todo el rigor de la ley, so pena de ser ejemplarizador para todo el resto de congéneres. Fuerzas Armadas se encuentran acosadas por intereses creados y los honorables poderes fácticos. Son las fuerzas de los titiriteros que se han beneficiado y quieren acabar con el 21 de enero.

Y suena la vieja bocina que convocaba con misticismo cislunar, a las viejas “hordas” de indígenas, convocados a la reunión solidaria. Así lo hacían los antiguos zumbahuas y otavalos; los Peguche; los bronceados Puruhá que despeñaban sus cabellos con bravura araucana. Pero parece que a Vargas, Maldonado y Tituaña, ya no les suena la bocina. ¡Ya no les suena nada; En verdad, por el mérito de sus actos ellos ya no son indígenas, son cholos (indígenas occidentalizados). Han aprendido de la cultura occidental la mayoría de sus vicios, pero no sus virtudes. Han convertido al magnánimo idealismo de la política, en un redil de sus propias ambiciones. Decíamos que otra de las fantásticas artimañas del Cornelio Noboa, fue dividir ingeniosamente al mundo indígena. A este famoso estrategia de las huestes de Sancho Panza, que burló los linderos de la isla Barataria, también las cosas se le dieron por demás fáciles: “divide y reinarás”. Allí los atrapó sereno, rebotante, plácido; masticando su labio retorcido en la burlona sonrisa de Quevedo. Los cogió desprevenidos, diría yo, en la unidad de su desorden; en

el marasmo juvenil de sus personales ambiciones. Su estrategia fue por demás sencilla, era la estrategia del domador frente a los tigres sublevados. Pues resulta que tres tigres cansados de comer la misma carne, decidieron pedir al domador algo nuevo, dulce y refrescante. El domador encerrado en la jaula con los tigres, solo tenía tres cañas (de azúcar). Los tres tigres ponían como condición mínima (para no devorar al domador) que se les diera a dos cañas por cabeza. El domador desesperado, solo disponía de tres cañas, por lo cual sentía que la vida se le iba de las manos. Luego, ante la sorpresa de los tigres, el domador les puso en triángulo y colocó las cañas complementando el mismo. A simple vista, cada tigre veía dos cañas a sus costados, pero esa era solamente la perspectiva, el engaño se había consumado. Viendo la ingenuidad de los tigres, el domador salió apresurado de la jaula, y los tigres se quedaron embobados. Moraleja: la ambición es hija tonta de la perspectiva. Y entonces a don Vargas Huatatuca, se las dio por querer alcanzar la Presidencia, en una noche política tan solitaria que no hay mechero que le alumbrase. A Maldonado, por su parte, le tocó cargar el arpa; de músico de pingullo pasó a saxofonista de Cornelio: la banda de Peñaherrera debutando en el zambodromo. Este es el Ministro de la doble cara a quien se le olvidó por completo que el 21 de enero de 2000, es el acto indígena más importante de su presencia histórica. Allí, el frágil alarido de millones de indígenas humillados a través del coloniaje, tuvo su eco profundo en Carondelet. Fue muy poco tiempo en verdad, pero no es el tiempo sino el símbolo lo que debe estremecer a toda su población. Jano era el dios romano de la doble cara: atrás y adelante, viendo el pasado y el futuro; viendo a un lado y al otro; hablaríamos que este es el Dios de la conciencia y la perspectiva, pero no; en Maldonado la doble cara es el oportunismo; la viveza criolla; el querer sacar tajada política por partida doble. El 21 de enero, indígenas y militares luchamos contra el Gobierno corrupto de Mahuad y todo su combo (incluido el Cornelio, que últimamente pretende dárseles de saco aparte). Maldonado tiene conciencia para la componenda. ¿Cómo puede ser posible que luego de combatir a este Gobierno de macanudos inoperantes y corruptos, ahora esté colaborando con ellos? Al Elpenor indígena se lo ha convertido en cerdo.

El rey Luis XI, de la familia de los Valois, era un hombre chabacano, inculto, sucio y despiadado; gustaba rodearse de gente de poca estofa: mercachifles. Dentro de estos últimos, había uno que en particular congeniaba mucho con el rey, porque este tenía entre sus cualidades el arte de adular y sonreír profusamente; presumía de bufón. Un cierto día, el mentado mercader pidió solemnemente al rey que lo ennobleciera. El rey medito por un momento y accedió a tal pedido; pero resulta que desde ese día en adelante, el rey no volvió nunca más a dirigirle la palabra, y le hacía ocupar siempre el último sillón en que sesionaba con los nobles. Preocupado por tal actitud, el arribista mercader pidió audiencia con su rey y le dijo con tono humillado: -No se que pasa con vuestra excelencia, pero desde que me ennobleciste ya no escuchas mis consejos, no me pides que te informe los sucesos de tu pueblo; no requieres más mis chistes- A lo que el rey sin titubear por un instante respondió: -Antes, cuando eras el primero entre los tuyos, justo era que yo te trate con reconocida deferencia, pero ahora que eres el último de los nuestros, también es justo que te trate como lo que eres: el último entre nosotros-. Los indígenas beneficiarios de los puestos que ha ofrecido el Gobierno para comprar su conciencia, son exactamente eso: Los últimos del gobierno oligárquico de Cornelio. Pero ¡calma chicha!, la danza afrodisiaca del contubernio rompe acordes. El baile del Gobierno y los desprevenidos indígenas se consume. El más tonto baila a brincos (la CONAIE) y definitivamente quiere ser la reina del engorro. Pero para entongar más el asunto, sale Cornelio y canta; baila a sustos; quiere revolotear cual Isidora Duncan y trastabilla. En ese cojonete de risas, Cornelio es el payaso, pues todo en él es risa y

cháchara, los indígenas entusiasmados le acolitan sus desdenes (se convencen). ¡Oh amo Viracocha!, dueño de cacaotales y haciendas, a veces jochero de sus propios remordimientos y casi siempre oportunista. Si en la flaca rivera del escarnio, les pusiéramos a exhibir a esta parva de descompasados, de seguro reiría la amargura; carcajadaría el agrio Hefestos. En el mismo festín y en la misma danza, el moño de Tituaña se destrenza; entaciturnadas sus pupilas se adelgazan. Sólo nos queda el asombro.

Y decíamos que a un puñado de desconcertados indígenas (funcionarios de Cornelio), la función les queda grande. ¡Ya no les suena la bocina! Solo les suena sus acaudalados intereses personales y su triste y desviada perspectiva. No han hecho nada todavía por el verdadero indio desposeído, y ya se creen “presidenciables”. Es en este instante de amarga tontería, cuando viene a mi memoria el recuerdo del indio Hilario Sopalo, el Hilario de Larcachaca. A mi madre le gustaba contarme esta historia con lujo de detalles; paso a paso, como si se tratara de la historia más interesante que ella hubiese vivido. Ella me decía que lo vio entrar a Cayambe al indio Hilario, amarrado sus manos a la espalda, caminando sólo y compungido, con su mirada al suelo. A los costados iban a caballo varios policías, pues en verdad se le creía un reo temerario: Había asesinado al mayordomo de la Candelaria. Resulta que el Hilario era el bocinero de los indígenas de Larcachaca, un indio de mediana estatura y pómulos salientes; de manos largas y callosas; las cejas ralas. El mayordomo de la hacienda era un chagra grueso y tosco; bigotón hasta las muelas; lleno de palabras duras y malsanas para latigar a los indios. El día menos pensado, cuando los latigazos rechinaban radiantes en las espaldas anchas de los indios, Hilario lo desbarrancó del caballo al mayordomo, de un solo bocinazo. El mayordomo imprudente cayó muerto a los pies de su caballo. El día en que el valeroso Hilario entró escoltado por la carretera que daba al centro del poblado, todas las personas de Cayambe se agolparon en las calles para curiosear su triste paso. El Hilario languidecido caminaba asomagado, empujoneado; la policía montada hacía gala de humillaciones perversas. ¡El amo Viracocha no lo podía creer: un solo indio alzado se había levantado; Al entrar a la cárcel, el Hilario levantó con bravura su cara morateada; arremangó su poncho rojo y apretujó furiosamente su mochico de lana. La noticia del siglo fue que se lo llevaron a Quito. Cuando el Hilario regresó a su añorada Larcachaca, llevaba toda su cabellera blanca; la purga de su pena lo había arrugado, casi apenas podía caminar sobre sus pies ligeros con que en sus tiempos mozos había recorrido la frialdad del páramo. El valeroso Hilario, al igual que su paisana Transito Amaguaña y Dolores Cacuango, se remontó en el páramo para acabar su vida; desconocido, solitario, apenas transeúnte por el tiempo y el espacio, dejó su sombra inerte como un heroico símbolo de majestuosa rebeldía. Pero nuestros “presidenciables” líderes de la CONAIE, al parecer de esto no han aprendido nada. Parece que solamente apuestan al carro con chofer y viáticos; la función pública con sus respectivos remanentes; la endiablada comodidad del poder y todos sus preconcebidos vicios. Los indígenas han sido fragmentados por obra y gracia de los intereses personales; la troncha; la prebenda; el usufructo de la oportunidad política. Y en esto es un maestro el Plácido Cornelio. Pues en el largo pasaje de la historia, el eterno cuento de las fragmentaciones es terrible; la fragmentación casi siempre es símbolo de debilidad e incoherencia; la división lleva consigo conveniencia, falta de respeto por lo alterno, y curiosamente son los débiles los que más propensión tienen al parcelamiento. El fuerte siempre tiende a la acumulación, al conglomerado, a la fusión; el débil se contenta con la simple miseria de existir a cualquier costo. Los mejores depredadores de la tierra, saben que deben separar a la manada para cazar a su gusto; la desorganización crea desorden y en el desorden se siembra el desconcierto. Estados Unidos une

artificiosa y sesudamente a sus estados; Centro América, fracciona; La vieja Rusia Imperial va incorporando centímetro a centímetro a un cúmulo de etnias, la Arabia se divide.

EL MINISTRO INDÍGENA Y LOS CANDIDATOS PRESIDENCIALES

-¿En dónde estás Caín? - Preguntó el Señor creando un eco intenso en la llanura inmensa en donde se encontraban los dos hermanos, nacidos del amor de Adán y Eva. Pero Caín no respondió; se escondió detrás de una roca que podía tapar todo menos su remordimiento de conciencia. -¿En dónde estás Caín?- volvió a repetir y tampoco respondió (de tan solo pensar en el castigo celestial que le venía). Entonces el Señor lo maldijo, y he ahí las generaciones del futuro. Felipillo por su parte, era un indígena de mediana estatura y algo regordete; de ojos vivaces y embelesados; gustaba siempre prosternarse frente a su amo para ganar caricias frescas de perro salamero. Felipillo es el tonto consentido del encomendero; cualquier oportunidad es buena para traicionar a sus hermanos. Él vive y disfruta de su endeble papel de pordiosero. Un buen día de agosto veraniego, perdió el favor de sus amos doctrineros, y todo se fue al carajo: lisonjas, rezos, mitas y encomiendas. El cruel amo Viracocha, le declaró traicionero y le descuartizó por entero con cuatro corceles al costado. La Malincha, no solo que dedicó sus encantos al conquistador de sus amores, sino que sirvió de intérprete para avasallar a sus hermanos. Cortés que era parco por naturaleza, cayó prendado de esta sugestiva indígena que a más de darle vida a su amargura le dio prole a su existencia. La familia de los Ango, indígenas de abolengo, se creyeron el "cuento chino" de que seguirían siendo príncipes, en un reino en el cual se los tratarían como a extraños. Y nuestro querido indígena Maldonado, de pronto nos aparece de ministro de Bienestar Social, a vista y paciencia de todo el indigenado. Hombres sin causa ni filosofía de vida, son aquellos que luchan por sí mismos y por el beneficio de un cierto grupo de interesados. Pobres hombres aquellos que hacen de la política un mercado, en donde lo que no se subasta se remata. Un ministro indígena en un Gobierno plutocrático; un indígena de la CONAIE, colaborando con un Gobierno al cual, indígenas y militares combatimos por corrupto. Sin credo ni filosofía, los legendarios "condottieri" eran unos mercenarios que vendían sus conocimientos militares, porque ese era su negocio. Las luctuosas plañideras, lloraban incansablemente todo el pesado velorio en espera de una paga buena por llorar a quien no amaban (y a veces no conocían). Y el indígena Maldonado, no tiene pena ni empacho en colaborar alegremente con Cornelio "El Conjurado". Indígena de poncho y "guango", mediano de cuerpo y alma; desabrido de conciencia; sonrisa de "gil" mandado... ¡Sirviente de la gleba "huacchaurco", no nos mates con desencanto! Pues el verdadero poder de los hombres y de las instituciones, no está precisamente en el acomodo, en la rebusca servil de las prebendas. El hombre bueno tiene principios y siempre los antepone a sus intereses personales. Veo con desasosiego, que los indígenas con mucha prontitud han aprendido de los vicios de la democracia y muy poco de sus virtudes La conspiración, la puñalada por la espalda, el amarre, la falsedad; el interés que mata todo tipo de idealismo. Siendo así, el movimiento indígena está condenado al fracaso.

El otro día, entre absorto y consternado, tuve a bien escuchar a un político que hablaba desesperado. Era el ex-presidente de la Junta Monetaria de la época de Abdalá Bucaram, don Alvaro Novoa, que ofrecía al pueblo ecuatoriano meterle gato por pecunio. Sus ojos entre ingenuos y agachados no alcanzaban a mirar las finas letras del teleprompt televisivo. Su lectura, a más de lenta llevaba un cierto gangoseo que dificultaba su audiencia. En verdad, eran tan solo unas pocas palabras que él no tenía el

acierto de decirlas claro. Se dice que Luis y Anastasio Somoza, eran tan rudos, pero tan rudos para el estudio, que aprendieron a leer en sexto grado; pero ah no, su padre les dejó un imperio, comprado con Guardia Nacional y todo. A Jean Claude Duvalier, su padre le dejó otro. Claudio parecía tonto, pero engañó a todos porque resultó un erudito. ¿Y nosotros en qué quedamos? ¡Plotino mátanos, la duda nos sonroja! Pero nuevamente el Síndrome del Patrón nos engatusa. El patrón extiende la mano y el indígena lo besa; el patrón da uyanzas y el indígena agradece; el patrón rebaja el valor de la avena Quaker y todo el pueblo ecuatoriano reverencia. Los reyes holgazanes, acostumbraban a mentirle al pueblo con lisonjas; a embaucarle con limosnas, y el pueblo tonto se creía, porque a veces la necesidad es más fuerte que el orgullo. Pero los diferentes líderes, aquellos que fungen de salvadores crónicos de la patria... ¿cómo no pueden salirle al paso a tan honorable mercachifle?

En la mentada presentación televisiva, el señor Noboa habla con una voz atomizada de temor y frío. Quisiera huir del suceso pero el compromiso lo detiene; quisiera pedir auxilio pero sus asesores le hacen señas: ¡Adelante, Ecuador, adelante! dice, con una voz tan simple que ni él mismo se cree. Es que el dinero por sí sólo no es capacidad; la ausencia de ideales le convierten en un “pobre hombre rico”. El Síndrome del Patrón decíamos... el patrón. Pues le patrón nos ha hecho tanto daño y lo amamos; nos ha esclavizado y lo veneramos; nos creó un sistema político ajeno a nuestra realidad y le secundamos. ¡Maldito espíritu del esclavo! diría Federico Nietzsche. Sólo el mediocre bendice la mendicidad de sus debilidades, José Ingenieros. A los judíos no, a los arevacos tampoco. Con la piel de Pintag se creó la sonoridad oculta de una rebeldía inconclusa. Los Médicis, eran una familia florentina tan adinerada, que en Italia lo querían y lo tenían todo. Los Visconti algo menos, pero igual. En la antigua Roma, la nobleza de las familias imponía los emperadores: Que la familia Julia por aquí; que los Antoninos por acá; que los Graco por allá. Por eso Roma se degeneró en la corrupción y en el oportunismo. Por acá, los condes de Puñonrostro, los marqueses de Maenza, Miraflores, Villaflorida y Quituisaca. ¡Maldita ignorancia que pisoteo por cinco siglos el orgullo y la dignidad de los latinoamericanos! Pero como íbamos diciendo, el señor Noboa Pontón se ha tomado las de Presidente. Bucaram salta y grita de puro emperramiento...“Alvarito” le ha dejado. Cuando salía de campaña en su lid electoral contra Mahud, su pequeño cuerpecito era un fortín de raros arsenales: guardias por el frente cubrían su avanzada; guardias por el flanco y por si acaso por la retaguardia. El poder del dinero hace su derroche de opulencia; en su cerebro retumban extraños ruidos que se despelotan en profundos vacíos. Por allí, una idea vaga sola, empachada de repeticiones. No ha leído un buen libro desde que el arcipreste de Hita concluyó su último volumen, y su dominio de las ciencias del Estado es tan incompleto como pobre. Y mírenlos a los oportunistas que le siguen, hacen casa abierta de la sinvergüencería. Ese movimiento o partido político que apoya la candidatura de Noboa, no tiene rumbo cierto ni ideología; no tiene nada. Es como aquel viejo analfabeto que leía presuroso la prensa puesta de cabeza; cuando alguien le hace la observación de que tenía las letras con sus patas para arriba, entre sonrojado y careduro exclama: ¡El que sabe leer, lee como quiera! Al respecto, dicen que don Manuel de Amat, virrey de Lima, a la vejez cayó prendado de un amor irrefrenable: se enamoró locamente de una joven bailarina apodada: la Perricholi. El anciano funcionario enloqueció de amor por algo que físicamente le era privativo. La Perricholi hacía de este anciano enamorado un garabato; le mostraba todo y no le daba nada, o le daba todo y él no podía nada. Harapiento de obsesión, hizo que ella le convirtiera en un guiñapo y en el hazme reír de la prejuiciosa sociedad limeña. Amat es el símbolo de lo que un hombre potentado pudo obtener sin poseer; la fuerza del dinero caprichoso; la ridícula perseverancia por alcanzar un objeto

de valor que no le pertenece, ni por circunstancia de tiempo ni posibilidades. Así busca obsesionado el poder, Alvaro Noboa. Pero a él que los retrate Apuleyo, que le de un estrellato en sus novelas.

¿Y los demás políticos y candidatos?... ¡Vengan honorables salvapatrias, vengan! el placer sublime de contemplarles nos seduce. Llega de todo y para todo, y de tanta excelsitud desvanecemos todos. Ellos son los libertadores de la patria, sus símbolos indescifrables; no aman el poder, lo mordisquean, en un acto sepulcral tan menesteroso que hasta los bellos de Cepión titiritean. Ammait, según el prolífico panteón egipcio, devoraba los corazones tiesos de los pobres condenados; a nosotros nos han comido en partes, desnutridos, expoliados; sin derecho a una muerte digna o a una vida pronta. Salen los jurásicos por entre sus cuevas del terciario, mueven sus colas licenciosas; amotinan a sus bichos de simbiosis y dale a la deshuesadera. Habiéndole dado el pueblo romano a Dioclesiano, el calificativo de insigne, y ante su prematura ausencia de la lid política, los más preclaros hombres de su tiempo le pidieron su retorno. “Si vieran las hermosas rosas que estoy cultivando en mi huerto”, dijo este desprendido ciudadano, dando a entender que el poder terrenal (en los políticos sabios y honestos) apenas debe ser breve y transitorio, y sobre todo, hay que saber retirarse a tiempo. Pero a los nuestros no, a nuestros matusalenes candidatos hay que sacarlos a empellones, y no necesariamente porque su edad sea el ridículo pretexto, no, sino porque ellos con su ineficiencia son los causantes del desastre nacional. Clemenceu El Tigre, tenía su edad avanzada y miren que Presidente tenía Francia; Hindenburg era un Presidente anciano y respetado (un héroe nacional); De Valera, más que respetado era amado. ¿Pero los nuestros? (que son relativamente jóvenes)... ellos han envejecido el espíritu nacional.

De los dos leones que supuestamente aspiran al palacio de Carondelet (León Febres Cordero y León Roldós), el uno es chiltero, pletista y pendenciero; el otro un erudito magistrado de las viejas huestes de Saad y Pablo Iglesias; el uno es un apóstol del poder perpetuo y el otro de una sana democracia. El uno un gachupín de mala testa y el otro un versado profesor de leyes. ¿Con quién quedar entonces? Ese es el gran enigma del pueblo ecuatoriano. El pueblo no ha aprendido que el mercader es mercader en cualquier parte, y un pensador es pensador en cualquier sitio. Cuando un noble florentino disfrutaba de los chistes insalubres de un incógnito bufón (sin prestar ninguna atención a Dante), éste con una sonrisa burlona replicó: “Es fuerza que cada cual ama con preferencia a sus semejantes”. Febres Cordero no es semejante a nosotros. Hablo de nosotros el pueblo, aquella frase conque la sabiduría de Jefferson inició la redacción de la Constitución norteamericana. Este tampoco es el león de las montañas de Apesa; éste es un escuálido felino que a fuerza de las circunstancias ladra por quítame las pajas. Esperemos que la candidatura de Febres Cordero nunca se materialice.

El otro día, entre broma y broma veía el trágico sainete orquestado por la oligarquía: Febres Cordero llenando de virtudes a su enemigo Borja. ¡Ya no hay paciencia señor; decía san Benito, cómo soportar a esta plaga de bandidos? Febres Cordero no da tregua nunca a nadie; emboba, sataniza, engatusa pero nunca cede. Y nuestro querido licurguillo Rodrigo Borja, esta desbocado por tomar la vergonzosa paz de Nicias; recoge las limosnas de perdón que con insana vanidad le lanza don Leoncio. No señor, así no son las cosas. Un político correcto debe mantener su posición ideológica y el concepto de la dignidad muy claros. San Cipriano no doblega sus convicciones por el martirio de Valeriano; Buenaventura Durruti no huye de Madrid porque los realistas son más fuertes; Eulalia de Barcelona, no cede sus convicciones por temor a la cruz o al potro; a Yon Soza no le convencen las dulces proposiciones. ¡No!

no es suficiente razón las conveniencias políticas como para lanzar al tacho de basura las convicciones de una ideología.

En los hombres que manejan a su peregrina voluntad la “Taula di Canvi”, sí, en ellos todo es posible y factible; el hombre no tiene otra dimensión que el color de sus billetes. Allí los oportunistas navegan a sus anchas. Febres Cordero haciendo las veces de Eaco, uno de los tres jueces del infierno que no atina a juzgar a los hombres sino por el repugnante reflejo de sus propios defectos. Borja es utilizado para sus diabólicos designios, haciendo las veces de un ingenuo Trajanete. No señores, la patria ha decidido prescindir de estos ilustres malogreros; la patria se siente cansada de este vil manierismo político que pone serios límites a sus aspiraciones. ¿Y el insurrecto coronel Lucio Gutiérrez? En honor a la imparcialidad, dejemos para juzgarle luego de las próximas elecciones.

En el Ecuador de hoy, estamos plagados de “políticos campañeros”; oportunistas sin credo ni ideología. Aristóteles querría ahogarlos en lo más profundo de la laguna Estigia a todos aquellos que hacen de la tarima política una infeliz redada; a los sabios de la “Girona” que nos toman por incautos; a los atracadores del erario nacional; a los “abogados de Daumier” que jamás han percibido el fanático patriotismo de Arabí, ni el sueño edificante con que Abd el Krim buscó un Marruecos libre y soberano. Nuestra sociedad ha caído en un grado de descomposición tal, que ahora quién verdaderamente triunfa no es el bueno, el sincero, el honrado, el trabajador. Triunfa Pietro Aretino, el que tiene las armas de la astucia, la audacia, el contubernio, la inmoralidad; y allí sí Carlos V se mata de la risa y premia al adulador; Francisco I se contenta de quién afanosamente le engaña; el Papa se siente dueño de toda la felicidad del mundo. Triunfa Joaquín Balaguer que hace de alfombra persa frente a su grotesco general; triunfa nuestro Vladimiro que hace las de faldero de Mahuad; triunfa el León de Apesa; triunfa su cachorrín; triunfan todos los vivos que yacen sin moral. ¡Ven a nosotros Atman! necesitamos con urgencia de tu fortaleza vital, de tu aliento vivificante; de tu esencia edificante que descienda con piedad.

El pueblo latinoamericano se apresta a asistir al sepelio de sus ideologías, porque cuando hablamos del proceso democrático en América Latina, hablamos de toda una secuela de valores conculcados. Allí aflora toda la aberrante realidad de nuestra percepción política. En realidad, la ideología no interesa a muchos de nuestros concupiscentes políticos; lo que interesa es la práctica política. Pues resulta que la práctica política en nuestro medio, es la mejor empresa en que se puede embarcar un ciudadano; es la tristemente célebre ritualidad del engaño y el oportunismo. Elías también engañó para bien a su inveterado pueblo, y le dijo que Dios le había proporcionado una revelación redentorista; que enviaría a su hijo el Mesías Prometido (que hasta ahora esperan los judíos). Los famosos mazdeístas todavía continúan esperando a su bienamado Zaratustra. Esta es una impostura política transportada al mito de la eterna espera, en donde la esperanza de Pandora, hace de parapeto oculto una de las fieras intenciones del Leviatán político. Los modelos de las ideologías políticas, no coinciden con los patrones culturales del pueblo, he ahí el caos de las civilizaciones; las culturas se sublevan ante las dictaduras de las civilizaciones.

Parecería ser que la democracia no está diseñada para nuestro tipo de conducta; no calza plenamente con nuestras estructuras mentales, y más bien congeniamos mucho con los autoritarismos. Es que el razonamiento es simple: el autoritarismo fue parte esencial de nuestra forma de vida. ¡La Iglesia autoritaria; Dios en realidad, para el indígena y el mestizo no fue ningún salvador al que todos esperaban; Dios para el indígena fue su más dilecto opresor, por lo tanto, el único papel que juega en la

ideología del indígena, es como la de un sutil legitimador de la presencia de sus humilladores.

El autoritarismo monárquico, plagó de tal forma en la conducta del pueblo común, que en definitiva parece que no conocemos otra forma de actuar; que lo nuestro es la obediencia y la sumisión; que lo nuestro es la concepción vertical del derecho y el procedimiento. Autoritario es el Estado; autoritario es el poder; autoritarias son todas las formas de seguridad del Estado con sus correspondientes órganos de control y represión; autoritaria es la comunidad internacional. El mestizaje racial, no solamente conlleva para sí, la imponderable combinación de características biológicas, sino que lleva además la suma metafísica de aspectos que se relacionan con la razón y la fe; pues si Platón consideraba que la trasmigración de almas era eternamente regenerativa en los hombres, para San Agustín, el alma es algo único que nace conjuntamente con el hombre y su identidad. En pocas palabras, podemos concluir que la fe nace de la conciencia, y la razón del conocimiento. Asuntos de la filosofía escolástica que para efectos de la política se hacen bienvenidos. El concepto de autoridad, para tener un rango de legitimidad, debe nacer de la razón y de la fe, no solamente del mero consentimiento. La democracia en nuestros pueblos, solamente se ha convertido en un simple trámite de consentimiento; he ahí la equivocación. El consentimiento per-se no garantiza el acierto.

En nuestro sistema político, el problema mayor que se puede avizora, es el problema de los valores superpuestos; es decir, el conflicto de cosmovisiones que impiden la armonía político social, y lo que es peor, el cabal funcionamiento de las ideologías políticas. Los valores de honradez, verdad, patriotismo, justicia, altruismo, etc. se encuentran vilmente conculcados. El tomar indebidamente los bienes públicos para quienes ejercen el poder, es un asunto de legitimidad criolla, avalizada por la impotencia de la sociedad civil; para quien ejerce el poder, robar es lícito, como también es lícito para las clases desposeídas seguir su mal ejemplo. El español robaba a nombre de Dios y del derecho y el indígena a nombre de la resistencia y la supervivencia. De allí el perverso mestizaje de las ideologías, de la idiosincracia, de la pobre ética que alumbró nuestro insano comportamiento. A nombre de Dios y del sistema, también los españoles nos importaron el dulce paradigma de la mentira y el engaño: “sufre en esta vida terrenal, llora, en la otra encontrarás la recompensa”. Bajo este innoble precepto, el vasallaje se hizo una cómoda y resignada forma de vida y la sumisión una doctrina. En este enmarañado mundo de concupiscencias, el honor perdió su espacio; los curas evangelizadores atrofiaron este divino precepto, con una tácita teología que ni ellos mismos se creyeron. El honor era solamente un privilegio de casta, para el lánguido indígena no importaba el honor ni el derecho. En este cándido maridaje de la superposición de valores, el honor es prenda inútil en la que se visten los últimos idealistas.

En cierta ocasión en que Juan Montalvo se encontraba en París (en una de sus peores crisis económicas), le llegó una carta con una cantidad de dinero que en algo podía solucionar su situación apremiante. Montalvo entendió que ese envío era un acto de caballerosidad de uno de sus admiradores literarios. Mas al percatarse de que quien le enviaba era un antiguo adversario político, inmediatamente le respondió agradeciendo el gesto pero no el dinero. El honor para Montalvo era una sana lealtad a los preceptos morales y la estricta coherencia en los procedimientos. Para el coronel Aureliano Buendía, el honor también era una fidedigna observancia de los principios morales que gobernaban su vida. El dinero en él no tiene valor alguno en cuanto no satisface su tranquilidad espiritual; sus necesidades mínimas; su razón de vivir. Walter Scott, por su

parte, era más pragmático y realista, decía con mucha gracia que un hombre para hablar de honor y dignidad, debía tener una adecuada renta mensual.

La patria es un símbolo nacido de la abstracción colectiva; es la población unida por un mismo referente racial, histórico y religioso; es la suma infinita de la diversidad congregada en la unidad biológico cultural.

CONTRAPORTADA

FOTOGRAFÍA Y DATOS PERSONALES

Existe un sistema democrático vigente, auspiciado por una innegable realidad histórica llamada: El sujeto político, aquel hombre que según la concepción de Touraine se fundamenta en la libertad y la creatividad. Pero aquí hablamos de sistema y estructura; de un sistema concebido en muchos casos como un efecto de un mosaico de valores conculcados. -La moral- decía Nietzsche –nos ha enseñado a decir la verdad, pero ahora al tratar de decir la verdad, encontramos que los seres humanos no se rigen por esos ideales morales que le enseñaron a decir la verdad-

El prototipo de gobernante latinoamericano ha evolucionado a pequeños trancos de romero de Lhasa: “El mistagogo se las da de gran señor sin serlo y lo que viene a traer es una máscara”. La inmoralidad perversa acude a vulnerar todos los cimientos de una verdadera democracia. El pueblo confundido no sabe qué camino tomar por la ausencia de una educación aceptable y la vigencia de una relación comunitaria mezquinamente humanitaria.

Es obligación nuestra indagar y justipreciar los caminos de la historia; evaluar a sus actores y dar un veredicto imparcial e indeclinable. Los hombres públicos tienen la obligación de aceptar esos criterios para crear el escenario de un futuro posible. La sana tolerancia y la sabia permisividad deben ser la fuente inagotable del diario convivir democrático e institucional.

EL AUTOR.